

IRLANDA

1916-2016

HIBERNIA

Rebr

Robs

Regia

Lamerich



ABRIL - JUNIO
Sala Juan L. Ortiz



H
S
rolan
n
o La
mbro

Prólogo

A la muerte de W. B. Yeats, el más grande de los poetas irlandeses, W. H. Auden escribió una elegía en la que, dirigiéndose al muerto, le dice: “Irlanda la desquiciada te llevó a ser poeta”. Irlanda –inmemorial, sufrida, musicalmente inspirada tanto en su propia antigua lengua como en la de sus conquistadores ingleses– envió a la Argentina (como a tantos otros países) su gente trabajadora, buscando huir de las hambrunas y de la miseria, para imaginar mejores vidas más allá de ese mar tan presente en toda su literatura. Quizás haya algo que también justifica en la Argentina el epíteto que Auden aplicó a Irlanda: somos, como la patria de Yeats, un país de historia sangrienta, de rebeldía, de sufrimiento, de logros ejemplares, desquiciado delirio.

En la Argentina, los nombres irlandeses jalonan nuestra historia y alimentan también nuestras letras. Borges fue uno de los primeros, si no el primer lector que descubrió a Joyce en nuestra tierra y vertió algunas páginas de su obra al castellano; los poetas irlandeses influyeron en Alberto Girri, Olga Orozco, Alejandra Pizarnik (quien prefería la versión de Yeats al original de Ronsard, en el poema sobre la amada quien ya anciana, recuerda que el poeta la amó “cuando era bella”); personajes irlandeses aparecen en la obra de Benito Lynch, Eduardo Mallea, Rodolfo Walsh. Tal vez estas presencias basten para justificar esta celebración de la amistad de dos naciones cuyos aniversarios revolucionarios tan admirablemente coinciden.

Alberto Manguel



O.
egia
terio
—
a
t

Presentación

En 2016, Irlanda conmemorará el Levantamiento de Pascua que tuvo lugar en Dublín en 1916, acontecimiento decisivo que inició el proceso hacia el ejercicio de la autodeterminación nacional y consecuentemente la creación del Estado irlandés independiente en 1921. También durante 2016 la Argentina conmemorará y celebrará el bicentenario de su independencia, formalizada con la firma de la Declaración de la Independencia en Tucumán el 9 de Julio de 1816. En nombre de la Embajada de Irlanda, celebro con entusiasmo la inspirada decisión de la Biblioteca Nacional de Argentina de resaltar esta coincidencia histórica al convocar a esta notable exhibición que retrata la profundidad de los lazos literarios y culturales entre los dos países, tanto históricos como contemporáneos. Quisiera agradecer especialmente al director de la Biblioteca y a todos sus colegas, especialmente al Sr. Guillermo David, por su dedicación y entusiasmo. Quisiera felicitarlos especialmente por haber realizado un catálogo tan comprensivo.

Agradezco en particular la valiosa y exhaustiva reseña de literatura irlandesa, desde épocas históricas hasta la modernidad, a cargo de Jorge Fondebrider. Esta contribución se complementa con la exploración de la elocuencia irlandesa que realizara Sergio Kiernan, quien también ha incluido un valioso análisis histórico de los sucesos de la Semana de Pascua en Dublín en 1916 junto con sus secuelas. Juan José Delaney nos ha brindado una fascinante síntesis de la identidad y de la literatura porteño-irlandesa. Estoy en deuda con todas estas personas que han contribuido con entusiasmo a apoyar este proyecto.

La exposición contiene un resumen de la historia del Levantamiento de 1916, con secciones gráficas sobre la literatura irlandesa, clásica, moderna y contemporánea. En lo posible, se incluyen tanto las obras en inglés como las traducciones en castellano hechas en Argentina. Aparte, hay secciones sobre la historia de los irlandeses en Argentina, sobre escritores argentinos de origen irlandés y, finalmente, una sección especial sobre Borges e Irlanda.

■ El Levantamiento de 1916

El período 1912-1922 fue la década de mayor importancia en la historia moderna de Irlanda, durante la cual se sentaron las bases de dos Estados y se modificó de manera radical la relación entre la isla de Irlanda y el Reino Unido. Durante dicha época, existió un momento trascendental en el que se sembró una semilla y el antiguo orden sufrió un cambio que perduraría para siempre. Ese momento fue el Levantamiento de 1916 que, junto con la Guerra de la Independencia de 1919-1921, tuvo una enorme influencia en la construcción de la Irlanda moderna. Desde

los primeros albores del Estado independiente irlandés, este momento se ha considerado el nacimiento de nuestra nación soberana.

1916 fue el hito en el que el nacionalismo irlandés unió sus fuerzas a las de una verdadera revolución cultural y lingüística para forjar un movimiento invencible hacia la autodeterminación. Al tomar la Oficina del Correo de Dublín el lunes de Pascua de 1916, los líderes del Levantamiento proclamaron una República irlandesa libre en la cual se consagró la idea igualitaria como figura central. La Proclamación, leída en primer lugar por Pádraig Pearse, cuya estatua se erige en Plaza Irlanda en el centro de Buenos Aires, expresaba los derechos de los ciudadanos irlandeses a ser soberanos y manifestaba el anhelo de establecer un gobierno irlandés nativo elegido según los principios democráticos de autodeterminación y gobierno por consentimiento.

Si bien los signatarios de la Proclamación de 1916 pueden haber sido un grupo reducido de individuos, su visión, determinación, coraje y perspectiva los convertían en verdaderos gigantes. Los hombres y mujeres del Levantamiento tuvieron la visión de una nueva Irlanda constituida como democracia nacional; una República que (según las palabras de la Proclamación) “garantice la libertad civil y religiosa, la igualdad de derechos y la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, y que declare su decisión de ir en pos de la felicidad y prosperidad de toda la nación y de todas sus partes, valorando a todos sus miembros sobre la base de la igualdad”. Estos patriotas creían que ese objetivo sólo podía lograrse a través de una independencia total.



Los acontecimientos de 1916 deben contemplarse en el contexto del aún mayor movimiento nacionalista en Irlanda, de las convicciones de quienes se opusieron a un debilitamiento del vínculo con la Corona y de los sucesos fundamentales que tuvieron lugar en los campos de batalla de Europa durante uno de los conflictos más sangrientos que el mundo hubiese visto jamás. La amenaza de introducir la conscripción en Irlanda, a pesar del hecho de que más de 200.000 irlandeses pelearon en la Primera Guerra Mundial, de los cuales alrededor de 40.000 perdieron la vida, consolidó una creciente división en la opinión popular. La frustración en franco aumento ante la falta de progreso al asegurar la Soberanía se vio agravada por el desagrado popular ante el trato recibido por los líderes del Levantamiento.

Tras la rendición incondicional de los líderes, la opinión pública inicialmente no estuvo del lado de los insurgentes, debido a la falta de comprensión del propósito y a las muertes ocurridas. Sin embargo, esto cambiaría junto con la inmediata y enérgica supresión del Levantamiento, la proclamación de la ley marcial y el arresto de más de 3.500 personas. La ejecución de 15 insurgentes destacados a lo largo de un extenso período (Roger Casement fue ejecutado en Londres en agosto de 1916) provocó la indignación pública.

El Levantamiento fue un suceso de enorme influencia liderado por hombres y mujeres que guardaban aspiraciones respecto de una Irlanda nueva y diferente, que garantizara la libertad civil y religiosa y que fuera en pos de la felicidad y la prosperidad de toda la nación y de todos sus miembros. El centenario brinda la oportunidad de honrar el coraje, dignidad e ideales que caracterizaron a los sucesos y a las personas de 1916 –pero también nos permite recordar y reflexionar acerca de la gran riqueza de la historia irlandesa reciente, de la diversidad de personas y sucesos que son parte de lo que es hoy Irlanda. El Estado está organizando esta conmemoración de un modo que resulta respetuoso e inclusivo, con el que se puedan identificar todos los habitantes de la isla y los amigos de Irlanda en el exterior– sin perjuicio de los antecedentes políticos o familiares, ni de la interpretación personal de nuestra historia moderna. Es un momento para la reflexión, los recuerdos y la renovación.

La democracia centenaria de Irlanda ha resistido el paso del tiempo. A pesar de la violencia, la tristeza y la tragedia en nuestra isla y de la crisis financiera reciente que produjo daños sin precedentes, ha sobrevivido en cada oportunidad, y resurgió aún más

poderosa. En particular, nos hemos esforzado para lograr la paz y la reconciliación en Irlanda del Norte y continuamos haciéndolo en el contexto del Acuerdo del Viernes Santo. Nuestra intención es imaginar el futuro con medios que refuercen la paz y reconciliación y respeten todas las tradiciones desde la perspectiva de los ideales de la Proclamación.

El proceso de paz ha mejorado las vidas de todos los habitantes de la isla de Irlanda. Señalar los centenarios significativos y en particular el suceso seminal del Levantamiento de 1916 de una manera inclusiva y sensata contribuirá a apuntalar la reconciliación y un mejor entendimiento. La intención no consiste en esterilizar la conmemoración sino en asegurar que ésta no se convierta en una cuestión que origine divisiones. Las diversas tradiciones en Irlanda hacen perdurar perspectivas históricas diferentes entre sí, pero el objetivo es respetar la pluralidad de los relatos.

Los horizontes irlandeses siempre se han extendido más allá de la isla, y el Levantamiento ha sido un emblema de esta perspectiva global. Las conmemoraciones centenarias brindan la oportunidad de invitar a los ciudadanos, a la diáspora irlandesa y a los muchos amigos de Irlanda en todo el mundo a unirse para destacar aquel momento clave en el camino de Irlanda hacia la independencia y celebrar la historia del país y los logros a lo largo de los cien años que le sucedieron.

El Levantamiento de 1916 tuvo lugar dentro de un contexto global de cambio social y político. Esto incluyó el movimiento laboral internacional en el cual estuvo involucrado uno de los líderes del Levantamiento, James Connolly. La campaña a favor del voto femenino en Irlanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos atrajo la participación de la condesa Constance Markievicz y de Margaret Skinnider. Los derechos humanos, que con tanta vehemencia defendió Roger Casement en Sudamérica y África, también fueron mencionados en la Proclamación de la República. El Levantamiento también reflejó la inestabilidad del entonces orden imperial mundial, el cual se debilitaba a medida que los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial eran testigos de matanzas a escala masiva. En efecto, el Levantamiento tuvo lugar en un momento en el que, tal como expresó W. B. Yeats, “todo se se derrumba”. Asimismo, llegó a ser un punto de referencia para los movimientos independentistas más allá de esta isla, en África, India y también en Asia.

Los líderes del Levantamiento también encontraron la inspiración en sus propias experiencias en otros países. Pádraig Pearse, un defensor del idio-

ma irlandés, había pasado un tiempo en Flandes en 1905, con el objeto de investigar las lenguas minoritarias de ese territorio; y Joseph Mary Plunkett había estudiado árabe y cultivado un interés en el orientalismo. James Connolly, fundador del Ejército de Ciudadanos, nació en Escocia y era hijo de inmigrantes irlandeses; otro líder era ciudadano estadounidense, y cinco de los siete signatarios de la Proclamación habían estado en los Estados Unidos. El movimiento de personas e ideas entre Irlanda, Gran Bretaña, Europa y las Américas tuvo una profunda influencia en el Levantamiento y en aquéllos que lo lideraron. Eamon Bulfin, que había nacido en Argentina, fue el primero en izar la bandera de la nueva República en la terraza de la Oficina General del Correo (su sentencia a muerte fue conmutada debido a su nacionalidad argentina, y más tarde fue nombrado representante en Argentina por el primer Parlamento independiente). El presidente indio V. V. Giri fue estudiante de Derecho en Dublín durante el proceso de organización del Levantamiento y tenía una relación cordial con muchos de los líderes. Una vez que hubo regresado a su país, bajo la influencia de James Connolly, se convirtió en el cuarto presidente de India en 1969. Estos son ejemplos de cómo, hace un siglo, los sucesos en Irlanda fueron delineados por ideas y contactos más allá de estas orillas. Una vez que Irlanda ocupó su lugar entre las naciones del mundo, lo ocurrido en Pascua de 1916 inspiró a otras a imitarla.

■ **Argentina y la revolución irlandesa, 1916-1921**

La noticia de la publicación en Buenos Aires durante este año de la historia completa de las relaciones entre Irlanda y Argentina en el período 1916-1923, escrita por el profesor Dermot Keogh, del University College de Cork, nos llena de alegría.

En julio de 1916, los hiberno-argentinos celebraron junto con el resto de sus compatriotas el primer centenario de la República Argentina. “Ser buenos argentinos nos hará mejores irlandeses, y ser buenos irlandeses nos hará mejores argentinos”, manifestó *The Southern Cross* en un editorial del 7 de julio. En muchas iglesias irlandesas de Buenos Aires y en los pueblos irlandeses de estas pampas se celebraron misas de acción de gracias. Se colocó una corona en la tumba del almirante William Brown en el Cementerio de la Recoleta. El 9 y 10 de julio de 1916, el monasterio de Capitán Sarmiento organizó dos días de celebraciones que atrajeron a una gran cantidad de irlandeses de los partidos aledaños. Los sendos conciertos que tuvieron lugar esos días comenzaron

con la entonación del Himno Nacional Argentino, y concluyeron con “Dios salve a Irlanda”. El corresponsal de *The Southern Cross* destacó que “en las actuales circunstancias” todos se hicieron eco de un modo particular de los sentimientos “incondicionales” expresados por las estrofas:

*Sea que encontremos la muerte en lo alto del
patíbulo o en el campo de batalla.
Oh, qué importa, si caemos por la querida
Irlanda.*

El final del artículo rezaba: “Al gran pueblo Argentino salud and God Save Ireland!”.

El fervor patriótico en la época del primer centenario de la República Argentina sólo ayudó a reforzar la preocupación compartida por muchos hiberno-argentinos respecto del destino y futuro de la tierra de la que habían venido ellos mismos o sus ancestros en el siglo XIX. En las columnas de *The Southern Cross* podían seguir las novedades acerca de la supresión del Levantamiento de Pascua, de la ejecución de sus líderes y de los centenares concentrados y deportados a Inglaterra y Gales para su confinamiento por tiempo indefinido.

En las semanas posteriores, las noticias que llegaron a Buenos Aires demostraban claramente lo que había sucedido en Irlanda. La reacción ante las ejecuciones había tenido un impacto profundo en la Argentina irlandesa según lo reflejado en las columnas de *The Southern Cross*. Como era de esperar, muchos hiberno-argentinos sentían una enorme compasión por las familias de los líderes ejecutados, por quienes habían perdido la vida y por los detenidos posteriormente al levantamiento. Los sacerdotes al servicio de la comunidad irlandesa en Argentina, junto con capellanes como Michael Gearty de San Antonio de Areco y el padre John M. Sheehy de Rosario, estuvieron entre los que rezaron misas de réquiem por los líderes ejecutados y por las víctimas de la revolución irlandesa en San Antonio de Areco, Mercedes, Rosario, Rojas, Capitán Sarmiento, Suipacha, Carmen de Areco y Salto. El 4 de julio, en la Iglesia de la Santa Cruz, se congregó una enorme cantidad de miembros de la comunidad irlandesa: “La iglesia estaba plagada de estandartes, desde la entrada hasta el altar principal, y el catafalco con el mismo simbolismo lúgubre y las velas encendidas inspiraban a reflexionar sobre lo efímero de la existencia humana y la eternidad de la Verdad y la Justicia”, describía *The Southern Cross* el 7 de julio, a lo que agregaba: “la República Argentina no olvida a los mártires de la libertad irlandesa, ni tampoco los olvidará jamás”.

A principios de mayo, en Buenos Aires se organizó una caja de socorros para las víctimas irlandesas “independientemente de su fe religiosa o ideas políticas”. En los meses sucesivos se recaudaron donaciones a través de la comunidad irlandesa en la capital y en las zonas rurales. También hubo centros de recaudación en Rosario y en otras ciudades. Los fondos reunidos, que se continuaron sumando todo el resto del año, se enviaron al arzobispo de Dublín. Durante los tres años posteriores al levantamiento, y también durante la Guerra de la Independencia Irlandesa (1919-1921), muchos hiberno-argentinos siguieron apoyando con fervor la campaña para la independencia irlandesa. Se manifestaron a favor de esa causa y contribuyeron con diversas colectas para aliviar a los damnificados. Resulta importante destacar que en ese momento existían divisiones dentro de la comunidad irlandesa, y algunos sectores eran menos favorables al Levantamiento. *The Southern Cross*, por lo tanto, no representaba de manera integral la opinión de los hiberno-argentinos. Sin embargo, el compromiso de muchos miembros de la comunidad con sucesos turbulentos en Irlanda entre el Levantamiento de 1916 y 1919 siguió siendo fuerte y aliado a la nueva coalición separatista llamada Sinn Féin, dirigida por un líder del Levantamiento que pudo librarse de la ejecución, Éamon de Valera.

Como se mencionara anteriormente, Eamon Bulfin era otro líder de la revolución y fue el primero en izar la bandera de la República en la Oficina General del Correo en Dublín. El hijo de William Bulfin, autor de *Tales of the Pampas*, había regresado a Irlanda en 1902 a la edad de diez años y fue inscripto en St. Enda's, la escuela fundada y dirigida por Pádraig Pearse con quien mantuvo una gran amistad. Condenado a muerte, su sentencia fue conmutada y se lo confinó; eventualmente fue deportado a Argentina habiendo sido designado Representante de Irlanda. Si bien el gobierno argentino no lo reconoció como diplomático, muchos irlandeses tomaron en consideración su rol de enviado y por ello recibió trato preferencial en eventos de ceremonial, religiosos y políticos. Bulfin merece reconocimiento por la manera en que contribuyó a movilizar a la comunidad irlandesa. *The Southern Cross* demostró su gran capacidad para lograr que el mensaje del gobierno irlandés se leyera en comunidades, escuelas y conventos irlandeses recónditos.

La sucesión de acontecimientos de 1920 intensificó las emociones de la comunidad hiberno-argentina. La muerte de Terence MacSwiney, el alcalde de Cork de 41 años de edad, ocurrida después de

POBLACHT NA H EIREANN.
THE PROVISIONAL GOVERNMENT
OF THE
IRISH REPUBLIC
TO THE PEOPLE OF IRELAND.

IRISHMEN AND IRISHWOMEN: In the name of God and of the dead generations from which she receives her old tradition of nationhood, Ireland, through us, summons her children to her flag and strikes for her freedom.

Having organised and trained her manhood through her secret revolutionary organisation, the Irish Republican Brotherhood, and through her open military organisations, the Irish Volunteers and the Irish Citizen Army, having patiently perfected her discipline, having resolutely waited for the right moment to reveal itself, she now seizes that moment, and, supported by her exiled children in America and by gallant allies in Europe, but relying in the first on her own strength, she strikes in full confidence of victory.

We declare the right of the people of Ireland to the ownership of Ireland, and to the unfettered control of Irish destinies, to be sovereign and indefeasible. The long usurpation of that right by a foreign people and government has not extinguished the right, nor can it ever be extinguished except by the destruction of the Irish people. In every generation the Irish people have asserted their right to national freedom and sovereignty: six times during the past three hundred years they have asserted it in arms. Standing on that fundamental right and again asserting it in arms in the face of the world, we hereby proclaim the Irish Republic as a Sovereign Independent State, and we pledge our lives and the lives of our comrades-in-arms to the cause of its freedom, of its welfare, and of its exaltation among the nations.

The Irish Republic is entitled to, and hereby claims, the allegiance of every Irishman and Irishwoman. The Republic guarantees religious and civil liberty, equal rights and equal opportunities to all its citizens, and declares its resolve to pursue the happiness and prosperity of the whole nation and of all its parts, cherishing all the children of the nation equally, and oblivious of the differences carefully fostered by an alien government, which have divided a minority from the majority in the past.

Until our arms have brought the opportune moment for the establishment of a permanent National Government, representative of the whole people of Ireland and elected by the suffrages of all her men and women, the Provisional Government, hereby constituted, will administer the civil and military affairs of the Republic in trust for the people.

We place the cause of the Irish Republic under the protection of the Most High God, Whose blessing we invoke upon our arms, and we pray that no one who serves that cause will dishonour it by cowardice, inhumanity, or rapine. In this supreme hour the Irish nation must, by its valour and discipline and by the readiness of its children to sacrifice themselves for the common good, prove itself worthy of the august destiny to which it is called.

Signed on behalf of the Provisional Government,

THOMAS J. CLARKE.

SEAN Mac DIAMBADA.

THOMAS MacDONAGH.

P. H. PEARSE.

EAMONN CEANNT.

JAMES CONNOLLY.

JOSEPH PLUNKETT.

una huelga de hambre de 74 días, fue uno de los episodios que más llamaron la atención de dicha comunidad. En la capital y en todas las ciudades con conexiones irlandesas se celebraron misas de réquiem. Asimismo, se crearon organizaciones locales para brindar apoyo a las víctimas de la violencia en Irlanda. Bulfin participó de la creación de la Cruz Blanca Irlandesa en Argentina, un comité que reunió más de 40.000 pesos para socorrer a Irlanda. Los hiberno-argentinos fueron sumamente generosos en un momento en que Irlanda sufría necesidades extremas.

A comienzos de 1921, Bulfin quiso expandir las actividades de su legación en Buenos Aires, la cual había servido como centro de distribución informativa para Latinoamérica. Su intención era crear un periódico y desarrollar otras actividades mediáticas. Dublín también consideró que Buenos Aires era una ciudad en la que podría lanzarse la iniciativa del *Dáil Éireann Bond* (Bono del Parlamento Irlandés). Esto se originó a partir del éxito de la recaudación de fondos de Eamon de Valera en los Estados Unidos y en el exitoso lanzamiento de la iniciativa de bonos irlandeses –préstamos para el gobierno irlandés que podían canjearse en un futuro lejano–. Acometer un emprendimiento de este tipo en Argentina implicaba destinar más personal diplomático a Buenos Aires.

En este contexto, Laurence Ginnell, que tenía amplia experiencia trabajando en Chicago con la iniciativa del bono irlandés en los Estados Unidos, fue enviado a Buenos Aires en julio de 1921. Abogado, escritor, veterano de las guerras agrarias de los años 1880, activista social y miembro del parlamento, su nombre resultaba muy conocido para los lectores de *The Southern Cross*. Su llegada a Buenos Aires causó gran revuelo en la comunidad irlandesa, tras la que rápidamente creó una Legación y se reunió con los líderes de dicha comunidad y con argentinos distinguidos que apoyaban la causa irlandesa. La prensa nacional vernácula realizó entrevistas e informes acerca del representante y de su misión en Argentina. Munido de cartas credenciales firmadas por el presidente Éamon de Valera, Ginnell solicitó una reunión con el Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Honorio Pueyrredón. El gobierno radical del presidente Hipólito Yrigoyen no era indiferente a la causa irlandesa, pero no haría nada que pudiese alterar la buena relación que en ese momento mantenía con el gobierno británico. Sin embargo, Pueyrredón atendió con seriedad el pedido de reunión de Ginnell. Si bien no se encontraba en posición de

recibir formalmente al representante de Irlanda ni de aceptar sus cartas credenciales, estuvo de acuerdo en reunirse con el representante irlandés de manera privada e informal.

Para colaborar con la publicidad, Ginnell dispuso que Patrick J. Little, que había sido representante ante Sudáfrica, trabajara en Buenos Aires para organizar la publicación de un diario y para ayudar a intensificar la propaganda por toda Latinoamérica. Little era bueno en su trabajo, y durante el exiguo tiempo que pasó en el país, logró avances muy significativos. Little también ayudó a Ginnell a crear una federación hiberno-argentina (las tensiones dentro de la comunidad habían complicado las cosas para Bulfin). La iniciativa de Ginnell representó un gran progreso, si bien no resolvió todas las divisiones.

Ginnell fue recibido con adulación como el representante del gobierno irlandés en Argentina en las afueras de Buenos Aires, y grandes multitudes se acercaron para conocerlo. Esto ocurrió particularmente en Rosario, Venado Tuerto, Capitán Sarmiento, San Antonio de Areco y Mercedes. Laurence Ginnell constituyó una señal tangible de la cercanía entre el nuevo gobierno irlandés y los hiberno-argentinos, y así continuó siendo sin perjuicio de cuán remoto fuese el paraje que éstos habitaran. Fue un modelo excelso en el ámbito de la diplomacia pública y sembró buena voluntad dondequiera que fuese. Esto a su vez lo ayudó a prepararse para el principal motivo de su presencia en Argentina: lanzar a nivel nacional el Programa del Bono Irlandés. Además de crear un comité de líderes respetados dentro de la comunidad hiberno-argentina, imprimió los bonos y los distribuyó. Por otra parte, se publicaron avisos en la prensa y *The Southern Cross* portó un aviso semanal destacado. El lanzamiento se realizó durante una reunión pública con buena convocatoria.

Sin embargo, la iniciativa del bono no resultó muy exitosa a raíz de ciertos motivos. Los hiberno-argentinos habían realizado generosas donaciones a la Cruz Blanca Irlandesa en 1920 y 1921, lo que trajo aparejada una cierta reticencia a realizar nuevas donaciones. Pero lo que realmente impidió que la iniciativa fuese un éxito fue el conflicto posterior al Tratado de diciembre de 1921. El bono fue víctima de las divisiones que habían surgido en Irlanda.

La misma misión de Ginnell también se vio afectada por estos fraccionamientos. Una misión que había comenzado con tantas expectativas y apoyo popular terminó mancillada por las intri-

gas de las tensiones surgidas del Tratado negociado con Londres. Ginnell regresó a Irlanda en la primavera de 1922 y entregó lo que quedaba del dinero recaudado con la iniciativa del bono al líder de la facción opositora al Tratado, Éamon de Valera.

Irlanda tiene muchas historias positivas para contar a las naciones extranjeras respecto de los últimos cien años, de nuestra creatividad, de nuestro proceso de paz, de nuestra contribución para mantener la paz a nivel internacional, de la lucha contra la hambruna a escala mundial, y de los logros de nuestra gente tanto en Irlanda como en el exterior. También tenemos una buena historia que contar acerca de nuestra recuperación económica, la cual actualmente se está potenciando y que tanto esfuerzo ha costado construir. Estamos orgullosos del patrimonio literario y cultural de Irlanda y es un gran honor para nosotros que la icónica Biblioteca Nacional de Buenos Aires albergue esta exhibición.

Justin Harman
Embajador de Irlanda



Presentation

In 2016, Ireland commemorates the centenary of the Rising in Dublin in 1916 which was the defining event in a process leading to the exercise of national self-determination and the emergence in 1921 of the independent Irish state. Also in 2016, Argentina commemorates and celebrates the bicentenary of its independence which was formalised with signature of the Declaration of Tucuman on 9 July 1816. I warmly applaud the inspired decision by the National Library of Argentina to mark this historical coincidence by assembling a stimulating exhibition portraying the depth of literary and cultural links between the two countries, historical and contemporary. I am grateful to the Director of the Library and his colleagues, notably Guillermo David, for their enthusiasm and congratulate them on producing such a magnificent catalogue to which I am honoured to contribute this introduction.

Owing to the significant presence of Irish immigrants in Argentina, and the existence at the time of a well-organised Irish-Argentine community, the Rising in Dublin in 1916 and events over the subsequent years in Ireland evoked strong interest and emotions in Buenos Aires and elsewhere, particularly through the news carried by the main English-language newspapers. The text of the Proclamation of 'The Provisional Government of the Irish Republic to the Irish People', which was read out at the General Post Office in Dublin at Easter 1916, referred to support '... *from its exiled children in America* ...', a reference which is understood to include the large Irish community in Argentina.

Given this historical background, there is undoubted interest in Argentina in the commemoration events planned in the course of 2016, with a particular focus on the period between Easter Monday and 9 July, the date of the signature in 1816 of the Argentine Declaration of Independence. The programme of events includes Irish film festivals, a major street commemoration and celebration in central Buenos Aires with the presence of Irish and Irish-Argentine musicians and a re-creation of the Rising in Dublin with a reading of the Proclamation, an international conference to analyse bilateral relations, an academic symposium held by the new Chair of Irish Studies in the University Del Salvador in Buenos Aires, a theatre festival and many other activities.

A flagship event of the commemoration is this major exhibition on Ireland and Irish literary and cultural connections in the Argentine National Library. The exhibition contains a section on the history of the Easter Rising, with different parts given over to displays on Irish literature, classic, modern and contemporary. There is a display on the history of the Irish in Argentina, on Irish-Argentine writers and a special section devoted to Borges and Ireland.

I particularly appreciate the valuable comprehensive overview of Irish literature, from historical times to the modern day, by Jorge Fontebrider. This contribution is complemented by the exploration of Irish eloquence by Sergio Kiernan who has also included a valuable historical analysis of the events of Easter Week in Dublin in 1916 together with their aftermath. Juan José Delaney has provided an absorbing overview of

Irish Porteño literature containing unique insights on the origins of the Irish Argentine identity and its literary and cultural impact. I am indebted to these contributors for their enthusiasm in supporting this project.

■ The 1916 Rising

The period 1912-1922 was the single most important decade in modern Irish history, laying the foundation of two States and radically altering the relationship between the island of Ireland and the United Kingdom. Within that epoch, the pivotal moment when a seed was sown and the old order changed forever was the Rising of 1916 which, together with the War of Independence in 1919-21, had a seminal effect on the shaping of modern Ireland. From the very early days of the Irish independent State, this moment was chosen to mark the birth of our sovereign Nation.

1916 was the point when Irish nationalism joined forces with a revolutionary cultural and language movement to forge an irresistible movement towards self-determination. When they seized the Dublin Post Office on Easter Monday 1916, the leaders of the Rising proclaimed a free Irish Republic in which the egalitarian idea was centrally enshrined. The Proclamation, first read out by Patrick Pearse, whose statue stands in *Plaza Irlanda* in central Buenos Aires, declared the rights of the people of Ireland to be sovereign. It looked forward to the establishment of a native Irish Government elected on the democratic principles of self-determination and government by consent.

The 1916 signatories of the Proclamation may have been a small body of individuals, but they were giants in their outlook, determination, courage and perspective. The men and women of the Rising envisaged a new Ireland as a national democracy; a Republic that (in the words of the Proclamation)

guarantees religious and civil liberty, equal rights and equal opportunities to all its citizens, and declares its resolve to pursue the happiness and prosperity of the whole nation and of all its parts, cherishing all of the children of the nation equally.

They believed that this could only be achieved through complete independence.

The Rising was a seminal event led by men and women who held aspirations of a different type of Ireland, one that would guarantee religious and civil liberty and would pursue the happiness and



prosperity of the whole nation, and all of its parts. The centenary affords the opportunity to honour the courage, dignity and ideals that characterised the events and people of 1916, but also to remember and reflect on the full richness of recent Irish history, and the diversity of people and events that are part of what Ireland is today.

■ **Argentina and the Irish Revolution, 1916-1921**

We are fortunate that a complete history of the relations between Ireland and Argentina of the period from 1916 to 1923 by Professor Dermot Keogh of University College Cork will be published this year in Buenos Aires.

In July 1916, Irish-Argentines joined with the rest of their countrymen and women in celebrating the first centenary of the Argentine Republic. ‘By being good Argentines we shall be better Irish, and by being good Irish we shall be better Argentines,’ wrote *The Southern Cross* in an editorial on 7 July. The patriotic fervour at the time of the first centenary of the Argentine Republic only helped reinforce the concern among many Irish-Argentines for the fate and future of the land from which they or their ancestors had come in the nineteenth century. Not surprisingly, many Irish-Argentines had great sympathy for the families of the executed leaders and for those who died and for those who were caught up in the aftermath of the rising. A relief fund was set up in Buenos Aires in early May for Irish victims ‘irrespective of religious faith or political views.’ Donations were collected in the following months throughout the Irish community in the capital and in the countryside. In the three years that followed the Rising, many Irish-Argentines continued to support strongly the campaign for Irish independence, demonstrated in favour of that cause, and contributed to various collections for the relief of suffering. The engagement of many members of the community in turbulent Irish affairs between the 1916 Rising and 1919 remained strong and supportive of the new separatist coalition called Sinn Féin led by a leader of the rising who escaped execution, Eamon de Valera.

Eamon Bulfin was another leader of the revolution and the first to raise the flag of the Republic at the General Post Office in Dublin. The son of William Bulfin, author of *Tales of the Pampas*, he had returned to Ireland in 1902 at the age of ten and was enrolled in St. Enda’s, the school founded and run by Patrick Pearse with whom he

developed a close friendship. Condemned to death, his sentence was commuted and he was interned; he was eventually deported to Argentina having already been appointed as Ireland’s Envoy. Bulfin deserves credit for the manner in which he helped mobilise the Irish community. *The Southern Cross* proved very helpful in getting the message of Irish Government read in far flung Irish communities, schools and convents.

The march of Irish events in 1920 stirred the emotions of the local Irish-Argentine community. The death of Terence MacSwiney, the 41-year-old Lord Mayor of Cork, after 74 days on hunger strike, was one of the episodes which most captured local imagination. A Special Envoy, Laurence Ginnell, was sent to Buenos Aires in July 1921. While the Radical Government at the time was not in a position to receive him formally nor to accept his letters of credence, the Argentine Foreign Minister, Honorio Pueyrredó, did agree to meet the Irish envoy privately and informally. Ginnell was received with adulation as the envoy of the Irish government to Argentina outside Buenos Aires, with large crowds turning out to meet him. That was particularly the case in Rosario, Venado Tuerto, Capitán Sarmiento, San Antonio de Areco and Mercedes. Ginnell was a tangible sign of the closeness of the new Irish government and Irish-Argentines, and that remained the case no matter how remote the farm holding. He excelled in public diplomacy and spread goodwill wherever he went. That in turn helped him to prepare the main purpose of his being in Argentina to float nationally the Irish Bond Scheme to assist the new Republic.

Ireland has many positive stories to tell abroad in terms of the past one hundred years, of our creativity, our peace process, our contribution to international peace-keeping and to the fight against global hunger, and the achievements of our people at home and abroad. We also have a good story to tell about our economic recovery which is now taking hold and which has been hard won. And we take pride in the achievements of many talented Irish people who have left our shores. We are proud of our literary and cultural heritage and are particularly honoured by the holding of this exhibition in the iconic building of the Argentine National Library in Buenos Aires.

Justin Harman
Ambassador of Ireland



1916

Hace exactamente un siglo, en el domingo de Pascua de 1916, las principales organizaciones “sediciosas y subversivas” de Irlanda se unieron para liberar el país. Eran la Hermandad Republicana, los Voluntarios, el Ejército Ciudadano de los sindicatos socialistas, la Liga Gaélica, gente suelta de fusil y de traje, y hasta las señoras de Cumann na mBan, la Unión de Mujeres. Seguían órdenes del Consejo Militar revolucionario, preparando armas y bombas caseras para el alzamiento del lunes. Algunos creían sinceramente que el país se levantaría y podrían terminar con setecientos años de dominio inglés, ahora que Londres estaba hasta el cuello en la Primera Guerra Mundial. Otros, más realistas o pesimistas, sabían que la rebelión estaba perdida pero pensaban dar testimonio, con sus vidas, de la vitalidad de la causa. Iban a proclamar la República de Irlanda.

La situación política de la más antigua colonia inglesa era para entonces simplemente ridícula. Irlanda se rebelaba cada medio siglo con puntualidad ferroviaria: 1798, 1803, 1848, para hablar apenas de las que tuvieron entidad. Cada refriega terminaba en martirio, con líderes irlandeses ejecutados de mala manera y cuyos nombres pasaban al panteón simbólico, desesperado, del nacionalismo irredento. Los británicos, que manejaban su imperio con una muy precisa mezcla de palo y zanahoria que sólo les falló con Estados Unidos, parecían sordos y mudos cuando se hablaba de Irlanda. En Canadá, Australia y Nueva Zelanda se vivía en libertad y con paridad de derechos con cualquier británico. En cambio, los irlandeses eran tratados como un pueblo tributario, con una tosudez extrema que no dejaba más que tres caminos a las mayorías: morir, emigrar o rebelarse. En el terrible siglo XIX, la pequeña isla había perdido más de la mitad de su población, que se fue a EE. UU., al imperio o a la Argentina, o se murió de hambre.

Sin embargo, el activismo político había logrado mucho, entre otras cosas que ya hubiera pasado el reloj de la siguiente rebelión, que tocaba hacia 1900. Mal que mal, líderes como O’Connell y Parnell habían creado partidos políticos modernos y resignado a Londres a conceder el estatus de dominio, como el de Canadá, con lo que Irlanda volvería a tener su propio Parlamento. El problema era que los protestantes del Norte hicieron las cuentas y entendieron que una Irlanda autónoma los dejaba en minoría, porque todavía los católicos eran más. Y entonces juraron rebelarse ellos contra la Corona para evitar los cambios. En 1914 estalló la Primera Guerra Mundial y Londres congeló la situación. La autonomía quedaba para la posguerra.

Como los unionistas del Norte comenzaron a armarse abiertamente y crearon organizaciones paramilitares, “leales” y de uniforme, los

nacionalistas del Sur hicieron lo mismo, reclutando muchos más protestantes de los que se piensa hoy en día. A Londres no le preocupaban en particular los protestantes, ni tampoco los nacionalistas parlamentarios que trabajan con el gobierno de Asquith para lograr la autonomía. Lo que sí era un tema de seguridad nacional eran los Voluntarios y la Hermandad, republicanos que no querían ni oír hablar de seguir “conectados” a Gran Bretaña, y el Ejército Ciudadano, las formaciones armadas sindicales que habían jurado que nunca más los iban a reprimir impunemente, como en la gran huelga de 1913. Estos grupos pasaron a ser oficialmente considerados “subversivos”, primera vez que la curiosa palabrita, que tanta carrera haría en Argentina, era usada en documentos públicos. Los agentes secretos y los informantes del Castillo de Dublín, la sede tradicional del poder británico en Irlanda, se concentraban en estos grupos.

Lo que resulta llamativo era que todos estos grupos organizaban desfiles de bandera, tambor y uniforme, hacían guardias de honor en sedes partidarias, alquilaban chacras para hacer tiro al blanco y prácticas de combate, y compraban armas de guerra abiertamente. La trampa era, claro, que si el gobierno desarmaba a un bando tenía que desarmar también al otro o resignarse a quedar pegado con un bando. En concreto: si se desarmaba y encarcelaba a los republicanos, Londres pasaba a ser mentor de los paramilitares unionistas, por lo que la isla se haría ingobernable.

La rebelión de 1916 estaba programada para 1914, pero la guerra la pospuso, aparentemente para las calendas griegas. Los republicanos eran un bando muy pequeño y dividido, con diferencias entre el campo y la ciudad, socialistas y católicos, integrados e irreductibles. Había gente que pensaba que el trabajo cultural –restaurar el agónico idioma irlandés, por ejemplo– y la paciencia política, eran el camino a la autonomía. Había otros que pensaban que la libertad, como el poder, mana de la boca del fusil. Y otros que no eran tan intensos respecto a la independencia porque afirmaban que no había mucha diferencia en que el explotador fuera extranjero o compatriota. Los británicos, con las pequeñas y no tan pequeñas humillaciones diarias de la vida colonial, y con la constante amenaza de aplastar toda oposición, dieron argumentos para una unidad de fines que no fue completa pero alcanzó.

Los alemanes fueron otro factor. Ya habían vendido algunas armas a los republicanos, por aquello de que el enemigo de tu enemigo es tu amigo, y así es que los rebeldes andaban desfilando con mausers. También terminaron mandando un barco cargado de fusiles, el Aud, disfrazado de carguero noruego, que fue acorralado por la Marina Real y terminó hundido por su capitán en una bahía de Cork. Y hasta aceptaron una de las ideas más absurdas de la historia política mundial, la de que sir Roger Casement, diplomático británico pero irlandés y una celebridad mundial, entrara a Alemania de contrabando para reclutar una brigada

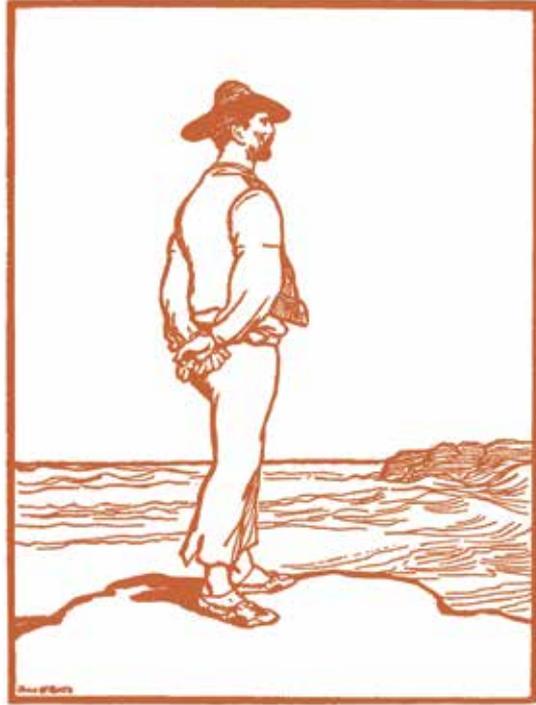


republicana entre los prisioneros de guerra irlandeses. Casement era famoso por ser quien denunció los crímenes belgas en el Congo, que inspiraron *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, y fueron el primer caso internacional de derechos humanos. Pero pocas veces se vio un reclutador peor: apenas un irlandés se prendió a la aventura y desertó en cuanto pisó suelo propio.

Aun así, la revolución procedía. James Connolly, el líder sindical socialista, había finalmente aceptado. Todo estaba listo. Hasta tenían gobierno propio, ya que en la madrugada del lunes de la Semana Santa el Consejo Militar se había reunido y se había proclamado como gobierno de la República de Irlanda, con el escritor y maestro Padraigh Pearse como presidente. El flamante gabinete había firmado la Proclama de Independencia –y con eso había firmado su sentencia de muerte por traición– y había mandado a imprimir 2500 copias tamaño poster en el taller gráfico de Connolly. El domingo de Pascua de 1916, los republicanos comenzaron a concentrarse en sus cuarteles, de uniforme y con armas, cargando canastos de bombas caseras, repartiendo carteles, asignando posiciones, llenando bolsillos con balas y preparando el cuerpo médico, compuesto de unos pocos profesionales y varias mujeres con mayor o menor entrenamiento.

Eran un grupo variopinto que incluía nobles como Joe Plunkett, hijo del conde Plunkett, o la condesa Markiewicz, feminista y librepensadora que traicionaba clase y país para luchar por Irlanda. Estaba el profesor de matemáticas Éamon de Valera, nacido en Nueva York de padre español pero irlandés hasta los huesos, que tendría una vida larga y agitada y sería presidente de la Irlanda independiente. Había personajes como Michael O'Reilly, que había tomado el título de Jefe de Clan y se presentaba como "El O'Rahilly". Había pibes como Sean Macloughlain, que en cosa de días terminaría de comandante de la división Dublín, con 15 años apenas cumplidos. Y había revolucionarios de tiempo completo y con muchos años de cárcel y castigos en el lomo, como el ínfimo Thomas Clarke, pequeño como un gnomo, y Charles Burgess, que se rebautizó en irlandés como Cathal Brugha, recibiría 25 heridas en el alzamiento y viviría para contarlo. Hasta había un argentino, Eamon Bulfin, hijo del dueño del periódico irlandés de Buenos Aires, que izaría la bandera republicana por primera vez, sería capturado y condenado a muerte, y salvaría su vida por su partida de nacimiento.

Lo que no había, ni por asomo, era un militar profesional, lo que se nota en el plan aprobado por el presidente Pearse. En la mañana del lunes, los re-



beldes comenzaron a tomar posiciones en lugares y edificios simbólicos de Dublín, lugares como el parque de Stephen's Green, varias fábricas con torres altas, los alrededores del Castillo, el Real Colegio de Cirugía y el Correo Central, ubicado en pleno centro de la capital y designado cuartel general. Para el mediodía, los objetivos estaban tomados, pero la desorganización y la división política hicieron que las brigadas que tenían que volar trenes y puentes para demorar la llegada de refuerzos ingleses nunca aparecieran y apenas unos puñados de republicanos tomaron posiciones en los accesos de la ciudad. Nadie había pensado que un ejército inmóvil es un ejército a la defensiva, que espera que una fuerza superior lo aplaste.

Lo primero que hicieron los rebeldes fue proclamar la República. Pearse salió del Correo Central, caminó hasta el centro de la avenida O'Connell y leyó la bella proclama que él había escrito, la que afirma que su mandato viene "De Dios y las generaciones muertas", ante rebeldes entusiasmados y dublineses comunes que, con la típica ironía irrespetuosa de esa ciudad tan porteña, se reían abiertamente. Al mismo tiempo, en el techo del enorme Correo –un verdadero palacio– se izaba la tricolor republicana y otra verde con la frase "República Irlandesa". Por suerte el techo estaba alto y no daba para ver que esa bandera era un cubrecama de la condesa Markiewicz, pintado a mano y con una esquina masticada por su perrito.

La comedia pronto se transformó en tragedia. Los ingleses mostraron qué rápido podían enviar refuerzos del interior y de Gran Bretaña, y también que no tenían problema en bombardear la ciudad con artillería y con el buque Helga desde el río Liffey, que cruza Dublín. En el primer día de la rebelión hubo un alegre saqueo de las tiendas del centro, con el poboerío angustioso de la ciudad dándose el gusto de robar de todo, incluyendo ese artefacto tan extraño llamado pijamas. Pero con el pasar de los días comenzó a faltar comida, los incendios fueron destruyendo barriadas enteras y bombas, cañonazos y balas mataron a cientos de civiles. La población entera de Dublín maldecía a los rebeldes, que parecían dispuestos a ver arder la bella ciudad, y a los británicos que parecían listos a quemarla.

Los rebeldes pelearon con el heroísmo de un grupo de gente que se sabe valiente y que se sabe un ejemplo para el futuro. Cada momento de la rebelión es un caso de fuerzas muy superiores en número, en equipo y en entrenamiento atacando posiciones imposibles y, sin embargo, teniendo que pelear por días para tomarlas y sufriendo bajas enormes. En muchos casos, tomar una posición significó demolerla a cañonazos y ver salir de los escombros a pibes de veinte años sin experiencia militar, que habían frenado por días a tropas profesionales. Las posiciones rebeldes fueron cayendo una a una y el Correo era una pira donde los combatientes medio ahogados por el humo seguían tirando, bajando piso por piso a medida que se incendiaban. Los británicos habían abierto un metódico fuego de artillería que demolió toda la calle comercial, dejando nada más que incendios y escombros, y hasta llevaron un tanque. Finalmente, el sábado, Pearse ordenó la rendición. Fue un momento tremendamente emotivo: había quien lloraba porque prefería morir con las armas en la mano, había quien lo hacía porque sabía que se venían fusilamientos y años de cárcel. Pero Pearse y el gobierno en pleno ya no querían más bajas civiles, y se multiplicaban los reportes de masacres. El domingo siguiente, después de exactamente siete días de pelea –la rebelión más larga en la historia del país– se rendía la última trinchera.

Cuando los ingleses marcharon a los republicanos capturados rumbo a sus prisiones, tuvieron la satisfacción de ver en los barrios más pobres al pueblo llano insultar y hasta apedrear a los insurrectos. No notaron que también había gente que los miraba con un respeto nuevo, un toque de orgullo por estos compatriotas que habían combatido. Para los británicos, todo parecía en orden, los fenianos

eran unos locos en un país básicamente leal. Fue entonces que cometieron un error enorme, histórico, que prácticamente garantizó que perdieran Irlanda. De la mano feroz del general Sir John Maxwell, el muy fumador y chinchudo comandante militar de Irlanda, comenzaron los fusilamientos de los líderes. Los siete miembros del gobierno provisional –“esa banda ridícula de subversivos”– y todos los comandantes de brigada (menos De Valera, que era norteamericano y se salvó para no enconar a EE.UU. en medio de una guerra) fueron fusilados. Para peor, Maxwell pensó que sería mejor ejecutarlos en tandas durante nueve días, para que los irlandeses tuvieran tiempo de aprender la lección. Lo que el general no entendía era que así se fabrican mártires y que los irlandeses tienen una larga y desesperada tradición de mártires. En los pubs y las calles se empezó a hablar de otro modo: tal vez esos locos no eran tan locos, o tal vez eran locos pero locos nuestros, y los ingleses no tenían por qué fusilarlos. En cosa de días, el torpe Maxwell había dado vuelta completamente la opinión pública. El colmo fue que James Connolly, herido en un pie, el último fusilado, murió atado a una silla porque no se podía ni parar. El país entero se conmovió por la cruel farse y más cuando escuchó la frase del padre Flanagan, que confesó a los ejecutados y contó que “todos murieron como príncipes”.

El resto de los rebeldes fue a parar a prisión con largas condenas, pero para 1918 ya estaban todos afuera gracias a la amnistía general del final de la primera guerra mundial. Poco después, con el nombre mítico de Sinn Fein –traducible como “Nosotros solos”– arrasaban en las elecciones para el Parlamento inglés, al que la Irlanda colonial tenía derecho a votar. La condesa Markiewicz, que no había sido fusilada porque se razonó que si se podía fusilar mujeres había que concederles el voto, fue la primera mujer elegida en la historia del Parlamento inglés. Pero esos diputados irlandeses jamás pisaron Londres: se reunieron en Dublín, proclamaron el Parlamento de la República de Irlanda, eligieron presidente a De Valera y declararon abierta la guerra de independencia. Esta vez estaban a cargo dos muchachos que se habían mordido los codos de frustración en el Correo Central, furiosos ante la inmovilidad militar de la rebelión. Eran Michael Collins y su íntimo amigo Harry Bolland, que inventaron sin libreto la guerrilla urbana y en dos años de alta movilidad y fuerte apoyo popular forzaron a los ingleses a negociar y conceder.

Sergio Kiernan





roncl

C. lig

Abra

orma

La literatura irlandesa y su tradición dual

Trazar un brevísimo y seguramente muy incompleto esquema sobre la literatura irlandesa en el espacio aquí asignado es poco menos que imposible. Son tantas las alternativas por las que ha transcurrido la literatura de Irlanda y tantos los autores que podrían mencionarse, que no hay más remedio que incurrir en todo tipo de omisiones, algunas seguramente odiosas. En consecuencia, lo que sigue es un resumen hecho con un lápiz muy grueso, cuyo único fin es acompañar la muestra del acervo irlandés en la Biblioteca Nacional argentina y acaso interesar al lector para que se encuentre con alguno de los autores mencionados, investigue sobre los omitidos y, en ambos casos, se apropie de ellos.

Tal vez convenga comenzar diciendo que, en los papeles, Irlanda es un estado bilingüe, cuya constitución reconoce dos lenguas oficiales. La primera es el gaélico –al que muchos nativos llaman irlandés sin más–, lengua principal de la isla antes de la conquista británica. La segunda es el inglés, que fue impuesto por los invasores. Los irlandeses han sabido servirse de esa lengua obligada hasta lograr con ella un altísimo grado de expresividad. Oscar Wilde y William Butler Yeats constituyen pruebas palmarias de esto. También James Joyce, quien escribió: “A pesar de todo, Irlanda sigue siendo el cerebro del Reino Unido. Los ingleses, juiciosamente prácticos y pesados, alimentan el estómago repleto de la humanidad con un invento perfecto, el inodoro. Los irlandeses, condenados a expresarse en una lengua que no es la suya, han estampado en ella la marca de su propio genio y compiten por la gloria con las naciones civilizadas. El resultado se llama entonces literatura inglesa”. Quien lo dude, no tiene más que recurrir a una historia de esa literatura para descubrir que Jonathan Swift, Lawrence Sterne, Oliver Goldsmith, Maria Edgeworth, George Moore, George Bernard Shaw, Lady Gregory, Sheridan LeFanu, Bram Stoker, John Millington Synge, Sean O’Casey, Liam O’Flaherty, Frank O’Connor, Patrick Kavanagh, Louis MacNeice, Samuel Beckett, Elizabeth Bowen, Flann O’Brien, Iris Murdoch, Brendan Behan, Mary Lavin, John B. Keane, Thomas Kinsella y Brian Friel, son efectivamente irlandeses.

Así planteadas las cosas, habría que distinguir entre dos literaturas para un mismo país. Por un lado, la gaélica, que algunos remontan a los siglos IV y V de nuestra era, mientras que otros la adscriben al siglo VI, ubicándola así, con las literaturas griega y latina, entre las más antiguas de Occidente. Su mayor monumento tal vez sea la *Tain*, epopeya fragmentaria escrita entre los siglos VII y XII, que refiere las hazañas del héroe Cuchulainn. Pero también existe una enorme cantidad de textos de muy diversa índole –épicos, líricos, narrativos, históricos, mitológicos,

etc.– correspondientes a autores que florecieron entre los siglos VIII y XVIII. Algunos de ellos fueron Dallán Forgaill, Muireadhach Albanach O’Dalaigh, Donchad Mor O’Dalaigh, Owen Roe O’Sullivan, Egan O’Rahilly, Brian Merriman, Francis Molloy, Antoine Ó Reachtabhra o Raiftearaí, entre muchos otros. El colapso definitivo de la civilización gaélica tuvo lugar en 1601, cuando una gran coalición de caudillos irlandeses rebelados contra las autoridades inglesas fueron aplastados en la Batalla de Kinsale. A partir de entonces, las políticas, las leyes, las costumbres y la lengua inglesa fueron impuestas a sangre y fuego por los conquistadores. El espacio dejado por la literatura irlandesa fue ocupado por otra literatura, ahora escrita en inglés.

La tímida recuperación del irlandés comenzó a finales del siglo XIX, cuando los nacionalistas hicieron ingentes esfuerzos para promocionar el aprendizaje y el uso de la antigua lengua de Irlanda. Luego, en la segunda década del siglo XX, con la conformación del Estado Libre, el irlandés se constituyó en primera lengua. Con todo, si bien está presente en todos los documentos públicos y se enseña en las escuelas y universidades, sólo subsiste con verdadera fuerza en la región del Gaeltacht; vale decir, en las áreas de habla gaélica, circunscriptas a los condados de Waterford, Cork, Kerry, Galway, Mayo y Donegal. A lo largo del siglo XX, hubo no obstante un puñado de autores que para escribir privilegió el irlandés por sobre el inglés. Se menciona aquí a Tomás Ó Criomhthain (1856-1937), Peig Sayers (1873-1958), Pádraic Ó Conaire (1882-1928), Séamus Ó Grianna (1889-1969), Seosamh Mac Grianna (1900-1990), Muiris Ó Súilleabháin (1904-1950), Máirtín Ó Cadhain (1906-1970), Seán Ó Ríordáin (1916-1977), Eoghan Ó Tuairisc (1919-1982), Máire Mhac an tSaoi (1922), Caitlín Maude (1941-1982), Gabriel Rosenstock (1949), Nuala Ní Dhomhnaill (1952), Louis De Paor (1961), entre otros. Y hubo también quienes alternaron entre irlandés e inglés, como es el caso del novelista Flann O’Brien (1911-1966), Brendan Behan (1923-1964) y el poeta Michael Hartnett (1941-1999), para mencionar a dos de los más ilustres.

El inglés, claro, tuvo mejor suerte y conquistó todo el resto de la isla. Sin embargo, hablar de un inglés uniforme sería impropio, ya que existen al menos tres variedades de inglés en Irlanda: 1) el *Anglo-Irish* (anglo-irlandés), que es la lengua traída por los ingleses implantados en el siglo XVII, muy modificada por sus contactos con el irlandés y las otras formas de inglés de Irlanda, 2) el llamado *Hiberno-English*, que es el que hablan con flagrantes

huellas del gaélico los descendientes poco educados de los irlandeses nativos, y 3) el *Scottish English* (inglés de Escocia), que es el que se habla en los condados de Antrim, Donegal y Down.

Llegados a este punto, conviene entonces puntualizar de qué se habla cuando se habla de literatura irlandesa. En las primeras décadas del siglo XX, el escritor y crítico Daniel Corkery (1878-1964) definió como “literatura irlandesa” a aquella escrita en irlandés o gaélico. Para este influyente crítico, la literatura escrita en inglés por irlandeses no debe nombrarse igual, sino que debemos referirnos a ella como anglo-irlandesa. Y esta aclaración nos pone de lleno en el que quizás sea uno de los mayores problemas identitario de la tradición irlandesa, ya que, como observó el poeta Seán Lucy (1931-2001), la historia de la literatura anglo-irlandesa es, por un lado, la historia de una relación compleja y prolongada entre dos tradiciones, dos culturas, dos lenguajes; y, por otro lado, la historia de una búsqueda: la de la identidad de los irlandeses de habla inglesa y su reformulación del idioma inglés para expresar la experiencia irlandesa. Con acierto, Lucy manifiesta que no debe sorprender que la tensión de ese diálogo haya producido y siga produciendo escritura significativa y, a menudo, excelente. Dicho lo cual, resulta claro que lo primero que debe hacer todo extranjero que quiera conocer la literatura de la isla es determinar si está interesado en la literatura irlandesa, o en la literatura anglo-irlandesa, o si está interesado en ambas especies. Así desbrozado el terreno, tenemos varias alternativas para acercarnos a ese cúmulo de textos escritos por irlandeses a lo largo de la historia.

Una de las más interesantes es la que propone una tradición dual, a la que se han referido numerosos autores, entre los que destacan Thomas Kinsella y Seamus Heaney, dos de los más importantes poetas irlandeses del siglo XX. El primero en su artículo “The Irish Writer”, publicado en 1970, señalaba: “Un escritor a quien le preocupe quién es y de dónde proviene puede mirar a su alrededor y comenzar por examinar a sus colegas [...] En Irlanda un escritor tiene que hacer una elección básica: ¿incluye escritores en irlandés o no? En mi caso me inclino sólo por los que escriben en inglés, y la palabra ‘colega’ se desvanece cuando observo la realidad: unas pocas vidas incoherentes, unos pocos locos y ermitaños. Nada pueden enseñarme, excepto que estoy aislado”. Y continúa: “Para un poeta inglés yo creo que la trayectoria es clara. Cualesquiera que sean sus inquietudes, encontrará a sus antepasados en la poesía inglesa y, como representante de la lengua paterna, es

libre de ‘repatriar’ un gran poeta americano o irlandés. Los primeros objetivos de importancia en la corriente de la tradición serían W. B. Yeats, T. S. Eliot, Matthew Arnold, Wordsworth, Keats y Pope, y así sucesivamente. Un poeta irlandés tendría solamente el primer punto en común o, por lo menos, ese es mi caso cuando trato de identificar a mis antepasados. ¿Quiénes son aquellos cuyas vidas de alguna manera me pertenecen y cuya fuerza está ahí para que yo la utilice si puedo, si soy suficientemente bueno, cuando trato de escribir mi propia poesía?”. Kinsella entonces se responde: “La línea comienza con Yeats, pero, antes que él y durante más de cien años, hay un silencio casi total. Creo que el silencio es la condición real de la literatura irlandesa en el siglo XIX. No hay nada que se aproxime a los logros literarios normales de una época. Todo es provisional o está fuera de lugar. Si, en la necesidad de identificarme con algo, profundizo todavía más, lo que encuentro detrás del siglo XIX es un gran aliento cultural y debo cambiar una lengua por otra, mi lengua madre, el inglés, por el gaélico del siglo XVIII. Tras la monotonía del siglo XIX, la poesía gaélica del siglo XVIII surge de repente llena de vida”. La conclusión no puede ser más dramática: “Reconozco que me sostengo al borde de una gran fisura y que siento en mí mismo la falta de continuidad. Es una cuestión tanto de personas y lugares como de obras: de pertenecer, por decirlo de algún modo, a una familia truncada y desarraigada, de estar unido a aquellos con los que comparto mis orígenes y sin embargo descubrir que no podemos compartir nuestras vidas”.

En cambio Seamus Heaney, en *Belfast*, ensayo de 1972, anota: “Hablo y escribo en inglés, pero no comparto totalmente las preocupaciones y perspectivas de un inglés. Enseño literatura inglesa, publico en Londres, pero la tradición inglesa no es el último reducto de mi hogar. Vivo también gracias a otra fuente. [...] La mitad de nuestra sensibilidad tiene una estructura mental que deriva del hecho de pertenecer a un lugar, de tener unos antepasados, una historia, una cultura, como quieran llamarlo. Pero la conciencia y las luchas con uno mismo son resultado de lo que Lawrence denominó ‘las voces de mi educación’. Y dichas voces tiran de uno en dos direcciones distintas, atrás hacia los traumas políticos y culturales de Irlanda y adelante hacia las experiencias apremiantes del mundo que queda más allá. En la escuela, además de la literatura inglesa, estudié la literatura gaélica de Irlanda, y desde entonces mantengo una idea de mí mismo: soy un irlandés en una

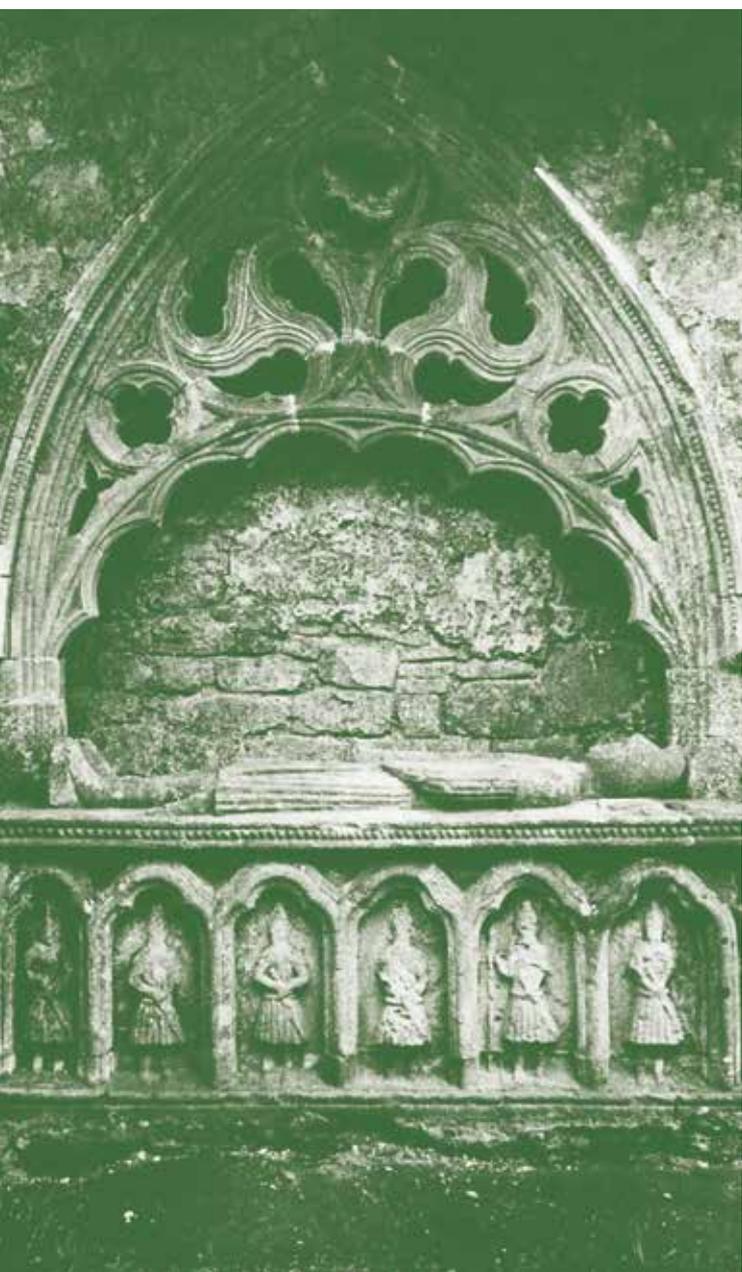
provincia que sostiene que es británica. Más tarde comprendí que la complejidad de estas devociones y dilemas se halla implícita en la mismísima tierra en que nací”.

El problema que en su momento se plantearon Kinsella y Heaney ya estaba presente en otros autores anteriores. Fue, en cierto modo, el de Oscar Wilde y William Butler Yeats, quienes –sin recurrir



a esa tradición dual de la que habla Kinsella– en el seno de la sociedad anglo-irlandesa tuvieron que transformarse a sí mismos en mejores autores que la mayoría de sus contemporáneos ingleses, para que finalmente tanto ingleses como irlandeses les prestaran atención. No se trataba exactamente de vanidad, sino de una necesidad de superar lo que bien podría denominarse como etapa colonial de la

literatura irlandesa. De hecho, antes que ellos, casi todo el siglo XIX irlandés presenta autores que, salvo por lo estrictamente temático, prácticamente no podrían diferenciarse de sus pares británicos. Thomas Moore (1779-1852), fundamentalmente recordado como compositor de canciones, ofreció una versión sentimental y distorsionada de Irlanda, enormemente popular entre sus compatriotas. Asimismo, obedeciendo a la moda decimonónica de recopilar “antigüedades”, hay una larga lista de coleccionistas, entre los cuales se cuentan Thomas Crofton Croker (1798-1854) que compiló leyendas y tradiciones del sur de Irlanda; el novelista William Carleton (1794-1860) que escribió sobre la vida de los campesinos; Patrick Kennedy (1801-1873), autor de cuentos populares; Francis Sylvester Mahony (1804-1866), jesuita que compuso las historias del Padre Prout, y



luego, haciendo el trabajo más fino, George Petrie (1786-1866) quien, además de sus tareas como arqueólogo y escritor, coleccionó canciones populares que el mismo recogió de labios de los campesinos. Por su parte, Eugene O'Curry (1796-1882) dictó conferencias sobre los documentos manuscritos de la historia antigua de Irlanda. Otros nombres igualmente meritorios son los de William Stokes (1804-1878), su hija Margaret Stokes (1832-1900) y Patrick Weston Joyce (1827-1914), dedicados, respectivamente, a la arquitectura, la música antigua de Irlanda y las leyendas celtas. Asimismo, tenemos que recordar a Thomas Davis, quien venía de una familia unionista con poca sangre auténticamente irlandesa. Asociado con Charles Gavan Duffy (1816-1903), católico y director de uno de los principales diarios nacionales, fundó *The Nation*, que fue el periódico en el que cobró vida el movimiento de la Young Ireland, que reclamó la inmediata libertad de los irlandeses sin importar su origen o religión. Allí Davis publicó sus versos nacionalistas y sus baladas históricas junto con sus arengas políticas. En el diario también colaboraron poetas como Thomas D'Arcy McGee (1825-1868). Por sus méritos, corresponde mencionar aquí al poeta James Clarence Mangan (1803-1849) que, si bien no conocía el gaélico, trabajó sobre versiones en prosa traducidas por sus amigos, a partir de las cuales escribió versiones de antiguos poemas gaélicos. También a Sir Samuel Ferguson (1810-1886), un poeta y abogado de Belfast a quien se considera como uno de los primeros y más importantes investigadores de la literatura gaélica, y a Aubrey de Vere (1814-1902), quien escribió una crónica lírica de Irlanda, las leyendas que giran alrededor de San Patricio y sobre el saqueo de la reina Maeve así como sobre otras muchas leyendas. Nuestra breve lista sigue con Standish James O'Grady (1846-1928), también abogado, pero fundamentalmente dedicado a la literatura. O'Grady dio a conocer una gran cantidad de material histórico y legendario de la Irlanda arcaica. En 1879 publicó *Early Bardic Literature of Ireland* y un año más tarde los dos volúmenes de su *History of Ireland* (el primero dedicado al Período Heroico y el segundo, a Cuchulainn y a sus contemporáneos). Su concepto de la historia era épico y, por lo tanto, servía perfectamente bien a los propósitos de los nacionalistas irlandeses. Se lo considera como el padre del Renacimiento literario. Corresponde asimismo mencionar incidentalmente aquí a Joseph Thomas Sheridan LeFanu (1814-1873), a Bram Stoker (1847-1912) y a Edward John Moreton Drax Plunkett, 18 Barón de Dunsany (o como se lo suele conocer, Lord

Dunsany, 1878-1957), tres representantes mayores del genio irlandés aplicado al misterio y el terror. También a Standish Hayes O'Grady (1832-1915), filólogo y autor de una *Silva Gadelica* considerada como una finísima obra de la traducción, quien no debe confundirse con el otro O'Grady, y a George Sigerson (1839-1925), cuya tarea como traductor fue encomiable. Los nombres de Douglas Hyde (1860-1949) y Thomas McDonagh (1878-1916) resultan igualmente imprescindibles. El primero, además de escribir sus propios poemas y de traducir una gran cantidad de antiguos textos, en 1893, junto con Eoin MacNeill (1867-1945), fundó la Liga Gaélica, cuyo objetivo era la restauración de la lengua y la cultura irlandesas en la isla. Fue justamente él quien escribió la primera obra teatral en gaélico que se presentó en el Abbey Theatre. En 1897 –luego de haber dedicado todos sus empeños a publicar la poesía religiosa y profana en versiones bilingües gaélico-inglés–, Hyde publicó una *Irish Literary History*, donde se presentan ordenadamente y por primera vez a la mayoría de los poemas y poetas más importantes de la Irlanda gaélica. Por su parte, McDonagh (1878-1916), profesor de inglés del University College de Dublin y fusilado a consecuencia de su participación en el levantamiento de Pascua de 1916, fue uno de los primeros en estudiar sistemáticamente la prosodia gaélica, la cual luego sistematizó. “Según McDonagh –señala Seamus Heaney–, logramos llegar a la nota diferencial de la poesía irlandesa cuando los ritmos y asonancias de la poesía gaélica asoman a través de la textura del verso inglés”. La labor de cada uno de estos hombres hizo posible el llamado Renacimiento literario irlandés, que tuvo como principal protagonista a William Butler Yeats.

En los últimos años del siglo XIX, Yeats –literariamente, formado en Londres, aunque frecuente visitante de su Irlanda natal– apareció asociado con otros dos escritores irlandeses: Augusta Persse (conocida como Lady Gregory; 1852-1894) y John Millington Synge (1871-1909). Según Louis MacNeice: “Ambos lo ayudaron a recuperar la imagen de la Irlanda de su infancia. Lady Gregory revivió su admiración por los terratenientes anglo-irlandeses [...] Paralelamente a esto, adquirió un desprecio por las clases medias. Synge, por su parte, supo fortalecer la vieja admiración que Yeats sentía por los campesinos irlandeses, y le hizo vislumbrar nuevos aspectos. En su infancia Yeats se sintió fascinado por los campesinos irlandeses, debido a su afición por los cuentos de hadas y de gnomos. Synge hizo que se percatara de otros aspectos de los campesinos: su vitalidad natural y –en palabras de Yeats– toda esa

gracia, toda esa sal en su boca, toda la rudeza de sus manos, toda esa emoción desbordada, todo el sentido de la tragedia que empapa sus vidas”. Juntos, los tres fundaron la National Literary Society (1891) y, algo más tarde, la Irish National Theatre Society (1899), que todavía funciona en el Abbey Theatre de Dublín. Como grupo fueron responsables del más promocionado de los muchos renacimientos literarios de su país, cuyas notas distintivas están dadas por la imagen de una idealizada Irlanda melancólica y rural en la que creyeron ver la esencia nacional por excelencia. Sin embargo, Yeats, Lady Gregory y Synge poco tenían que ver con el campo, al que cantaron desde el seno de la clase acomodada. Por estas circunstancias, se los acusó de desconocer al pueblo irlandés. Oscar Wilde, por ejemplo, dijo que el grupo provenía “de una clase que –principalmente por razones políticas– no toma en serio al populacho y no sabe nada de su pasión, su tristeza y su tragedia”. Asimismo, calificó a la Irlanda de Yeats como “la Arcadia de un humorista”. Con el rigor que permite la distancia, quisiera citar aquí al crítico Declan Kiberd, quien señaló que el amor a los paisajes irlandeses era en realidad una estrategia del imaginario protestante: “Mientras los escritores católicos del período del Renacimiento parecían obsesionados por la historia de su tierra, para los escritores protestantes esa historia sólo podía ser –como insistía Lady Gregory– una penosa acusación contra su propia gente, y por eso se inclinaron por la geografía en un intento de volverse patrióticos”. Desde esta perspectiva, no pocos críticos han acusado a los miembros del Renacimiento literario de “turistas” en su propio país.

Por adhesión o rechazo a sus postulados, Yeats fue una referencia obligada para los poetas. James Joyce (1882-1941), en cambio, lo fue para todos los escritores de Irlanda. Sus libros, aunque traducidos a todas las lenguas, importan fundamentalmente en inglés, en el inglés de Joyce, una entidad del todo independiente que llevó a Borges a sostener que “si se hubiese limitado a escribir poemas habría sido, sin duda, uno de los mayores poetas de la lengua inglesa; pero el expresarlo en prosa, adquirió otro valor”. En el otro extremo están Samuel Beckett –acaso la segunda pata de lo que se llamó “modernismo irlandés”– y sus esfuerzos por dotar al silencio de sentido. Tanto uno como el otro fueron traducidos al castellano hasta la saciedad y, por lo tanto, son viejos conocidos para la mayoría de los lectores de nuestra lengua medianamente cultos, y para muchas otras personas que al menos los conocen de nombre. Sin embargo, no son los únicos narradores irlandeses

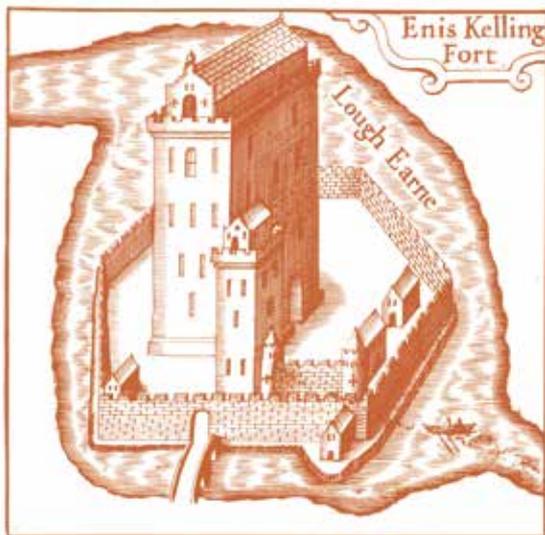
de este siglo. Se destacan del resto por sus propios méritos, pero también por gozar del privilegio de las traducciones.

Contemporáneo de Joyce y de Beckett es, por ejemplo, Liam O'Flaherty, autor de novelas tan importantes como *Skerrett, El delator e Insurrección*. El fuerte de O'Flaherty (1896-1984) es la historia irlandesa de los siglos XIX y XX, así como los problemas colaterales a la revolución, la independencia y la institución del nuevo Estado. En castellano también pueden leerse *Dos años*, una suerte de autobiografía que incluye sus andanzas por Montevideo y Santos, y *Cómo está Rusia*, donde hace una crónica –ahora muy atrasada– sobre el estado del socialismo, al cual adhirió. Por su parte, Frank O'Connor (seudónimo de Michael O'Donovan; 1903-1966) tiene, hasta el día de hoy, una reputación abrumadora entre la mayoría de sus lectores, pero sus narraciones, salvo casos aislados, todavía no han sido difundidas entre nosotros. Otro tanto ocurre con la obra de Seán O'Faolain (1900-1991), un nacionalista devenido en crítico de su nación, cuyas novelas y narraciones históricas y satíricas le han valido fama y renombre en todas partes, menos en Irlanda. Finalmente, corresponde aquí mencionar al extraordinario Flann O'Brien (uno de los seudónimos de Brian O'Nolan). Admirado por los propios Joyce, T. S. Eliot, Dylan Thomas, Graham Greene, Borges (¿cuando no?) y Guillermo Cabrera Infante, Flann O'Brien constituye, junto con Joyce y Beckett, la tercera pata del vanguardismo irlandés y un motivo de adoración para sus connacionales. Acaso perjudicado por las particulares condiciones políticas, sociales y económicas de la Irlanda de su tiempo, sólo en las tres últimas décadas ha comenzado a recibir el crédito que merece. Para probarlo, basta con leer *El tercer policía*, *La boca pobre* y *La vida dura* o *El archivo de Dalkey*, entre otros de sus memorables títulos recientemente traducidos. En su obra se conjugan el absurdo, la crítica más despiadada a las condiciones de vida en su país y un humor sombrío que francamente maravilla.

Casi en la misma generación hay que mencionar igualmente a Somerville y Ross (Edith Somerville, 1858 y 1949, y Violet Florence Martin, 1862-1915, quienes escribieron a cuatro manos populares novelas desde la perspectiva de la clase protestante), a Elizabeth Bowen (1899-1973), a Michael McLaverty (1904-1992), a Patrick Boyle (1905-1982), a Mary Lavin (1912-1996), y a Walter Macken (1915-1965).

Mientras todo esto ocurría en la prosa, la poesía producía nombres tan importantes como los de

Padraic Colum (1881-1972), Austin Clarke (1896-1974), Padraic Fallon (1905-1974), Thomas McGreevy (1893-1967), F. R. Higgins (1896-1941), Denis Devlin (1908-1959), Brian Coffey (1905-1995), John Hewitt (1907-1987) y, fundamentalmente, Patrick Kavanagh (1904-1967) y Louis MacNeice (1907-1963). Sobre el primero escribió Seamus Heaney: “Su lenguaje propio no posee ninguna de las cadencias de los poetas del Renacimiento irlandés. Su imaginación no ha estado dirigida a ‘endulzar los errores de Irlanda’, su oído no ha sido programado para restaurar en inglés la desaparecida música del verso irlandés. La ‘cuestión irlandesa’, mítica, histórica o literaria, no constituye una parte significativa de sus materiales [...]. Lo que Kavanagh nos proporciona es algo nuevo, auténtico y liberador, porque, por primera vez desde la poesía en irlandés de Brian Merriman, a finales del siglo XVIII, y de las novelas de William Carleton en el siglo XIX, encuentra su expresión una vida ruda y soterrada que subsistió más allá de las intuiciones de los novelistas de clase media y de los poetas nacionalistas románticos, una vida totalmente despojada de elementos ‘populares’ y pintorescos. Al expresar esa vida en *The Great Hunger* y en *Tarry Flynn*, Kavanagh tal vez forjó para la gran mayoría de sus compatriotas, no tanto un ideal, sino una conciencia, mezcló las creencias de la sensibilidad católica rural con el *non serviam* de su personalidad original y potenció las energías inhibidas de una subcultura hasta darles categoría de verdadera fuente cultural”. En las antípodas de Kavanagh, Louis MacNeice gozó de la prédica internacional que, por las particulares circunstancias políticas y económicas irlandesas, sus otros colegas no tuvieron. MacNeice fue un “irlandés de Londres”; de allí, en cierta forma, la melancolía, el pesimismo y el ensimismamiento –apuntado por los críticos– que recorre muchos de sus textos. Su condición de exiliado voluntario en alguna medida lo eximió de las frecuentes discusiones sobre la identidad nacional –debate del que, no obstante, no rehusó, como se advierte en su magnífico poema “Valediction”– y lo ubicó en un curioso lugar dentro de la literatura irlandesa contemporánea. Su poesía, caracterizada por un singular equilibrio entre lo lírico y lo filosófico, alcanza algunos de los más altos picos de la poesía contemporánea en lengua inglesa. Después de su muerte fue adoptado como “progenitor” por algunos de los nuevos poetas surgidos en Irlanda del Norte en los años sesenta; entre otros, James Simmons (1933-2001), Michael Longley (1939), Derek Mahon (1941) y Paul Muldoon (1951).



La poesía norirlandesa, que tiene a uno de sus fundadores en la figura del ya nombrado John Hewitt, incluye también, además de los nombrados, a Seamus Heaney (1939-2013) y a Seamus Deane (1940). Unos años más tarde, se agregaron a esa lista Frank Ormsby (1947), Ciaran Carson (1948), Tom Paulin (1949), Medbh McGuckian (1950) y Paul Muldoon (1951), entre otros. Con todo, la figura central –y verdadera institución irlandesa– es Heaney. Nacido en Mossbawn, un poblado del condado de Derry, en el seno de una familia de granjeros católicos, sobre su infancia, escribió un hermoso ensayo que lleva el mismo nombre que su pueblo. Allí traza un mapa de su experiencia vital que, cruzada por sus lecturas, terminará por darle una voz poética propia que, según sus palabras, es como una “huella dactilar, única e intransferible, y que de inmediato nos identifica y nos plasma”. De acuerdo con lo que cuenta, su casa estaba rodeada de ciénagas –“un suelo embarrado y la vegetación de la tundra que ejerce sobre mí una atracción inmediata y profundamente apacible”–, y agrega: “Más allá de las ciénagas se extendían las superficies estrechas del lago, Lough Beg, y en el centro de Lough Beg se encontraba Church Island, un lugar de peregrinación local, con el campanario destacando entre los tejos. [...] Si Lough Beg marcaba uno de los límites en que anidaba la imaginación, Slieve Gallon era otro. Slieve Gallon es un monte que se alza en dirección opuesta, mirando por encima de las tierras de pastos y cultivos, más allá de los bosques de Moyola Park, y de Grove Hill, Back Park y Castledawson. Ese era el lado poblado y comunitario del país, tierras de pajares y trenales, de vallados y portonas,

de lecheras a la entrada de los senderos y avisos de subastas clavados a los postes. [...] Cuando vuelvo a recordar todo aquello tengo una sensación etérea de elevación y luminosidad. Luz cabrileando en las aguas poco profundas del río Moyola, formando meandros con remolinos de un verde claro. Luz cambiante del monte mismo, que se erguía como barómetro de los cambios, tan pronto azulado y neblinoso como verde y cercano. Heaney señala que era una región mixta, de católicos y protestantes: “En los nombres de sus campos y aldeas, en la mezcla de etimologías escocesas, irlandesas e inglesas, esta parte del país estaba impregnada de la historia de sus propietarios. Broagh, The Long Rigs, Bell’s Hill, Brian’s Field, el Round Meadow, el Demesne; cada nombre era una especie de relación amorosa con cada acre de tierra. Y cuando uno pronuncia los nombres así, los lugares se alejan, se convierten en aquello que Wordsworth llamó un horizonte de la mente. En realidad permanecen muy hondos, como una escritura grabada de modo indeleble en el sistema nervioso”. Heaney estudió primero en la escuela comunal de Anahorish, y después de que su familia se mudó, fue interno en el Saint Columb’s College. Por cuestiones parroquiales había aprendido diversas versiones del catecismo que no coincidían con sus diferentes parroquias y credos; lo mismo le ocurrió con los equipos de fútbol. Así, en una entrevista posterior, señaló: “Siempre tuve la sensación de estar un poco desplazado, de estar ‘en el medio’, lo que pareció ser siempre mi condición desde el principio”. De allí pasó a Belfast, en cuyo Queen’s College estudió literatura inglesa. Entre 1962 y 1963 fue profesor de escuela secundaria. En 1972, para escándalo de los norirlandeses que, por su fama en Londres, lo consideraban “inglés”, se radicó en la República –más exactamente, en Glanmore (County Wicklow)– y “adquirió” el pasaporte verde. Allí permanecerá hasta 1976. Después se dedicó a enseñar poesía y literatura contemporánea en universidades de Irlanda, Gran Bretaña y Estados Unidos.

Simplificando mucho, la poesía de Heaney se relaciona con el breve resumen que hemos hecho: la relación del poeta con la tierra, los elementos distintivos del paisaje, la condición familiar y la importancia de la figura paterna cruzadas con la retórica –a veces, literalmente– nos revelan la poesía.

“La historia de la poesía irlandesa después de los años cincuenta –escribe Declan Kiberd– es el relato de cómo una nueva generación de hombres y mujeres buscó otra vez –tal como Yeats había hecho a principios de siglo– liberar a Irlanda de su

provincianismo mediante una crítica minuciosa y una actitud europea”. Es el momento de la aparición de autores como Anthony Cronin (1925), Richard Murphy (1927), Pearse Hutchinson (1927-2012) y, fundamentalmente, Thomas Kinsella (1928) y John Montague (1929). Todos ellos comenzaron a asumir la escritura como una carrera profesional, recibiendo el apoyo de becas gubernamentales y premios que fueron el resultado de una creciente institucionalización de la poesía. Sus textos –que comenzaron a ser publicados en Irlanda por la pionera Dolmen Press, fundada por Liam Miller en 1951 para revertir la tendencia de publicación en Londres– reflejan el final del aislamiento republicano durante los años de la guerra, así como las experiencias vividas en el extranjero por los autores que, de ese modo, recuperaron una nueva dimensión para la poesía irlandesa. A los mencionados deben sumarse los nombres de Brendan Kennelly (1936), Michael Coady (1939), el ya mencionado Michael Hartnett, Eamon Grennan (1941), Eiléan Ní Chuilleanáin (1942), Macdara Woods (1942), John F. Deane (1943), Pádraig Daly (1943), John Ennis (1944), Eavan Boland (1944) y Paul Durcan (1944).

Hacia la década de 1960, Irlanda empezó a ejercer la vocación de modernidad que años de luchas y de censura religiosa, que van desde la guerra anglo-irlandesa hasta la entrada del país a las Naciones Unidas, le habían impedido. Entre sus narradores –mucho menos conocidos en el extranjero que sus poetas y dramaturgos– despuntaron, entre otros, Brian Moore (1921), Aidan Higgins (1927), John Broderick (1927), William Trevor (1928), John Jordan (1930), Julia O’Faoláin (1932), el enormemente influyente John McGahern (1935-2006), Edna O’Brien (1936) y John Banville (1946). Todos ellos, en mayor o menor grado, comenzaron a hacer explícitos sus dramas personales en términos que anteriormente no había sido posible porque la historia nacional ocupaba todo el espacio disponible. La virtud de muchos de sus relatos fue permitir que una a una fueron cayendo las distintas máscaras con las que era necesario vivir dentro de la sociedad irlandesa. Sin embargo, las referencias a la sexualidad seguían siendo escandalosas; a tal punto que Colm Tóibín, en un reciente artículo, anota: “Las obras de juventud de John McGahern y Edna O’Brien alcanzaron una enorme relevancia política a principios de los años sesenta en Irlanda. La Iglesia católica aún era un monolito; ningún partido político había osado oponersele.

Controlaba, como todavía lo hace, las escuelas y los hospitales. También ejercía un eficiente control sobre la Liga de la Censura. Las primeras voces

que se opusieron al poder de la Iglesia no fueron las de los defensores de los derechos civiles, las de los periodistas o las de los políticos, sino las de los novelistas. *The Dark*, de John McGahern se prohibió en 1966; las primeras novelas de Edna O’Brien tuvieron el mismo destino. McGahern fue despedido y perdió su plaza de maestro; los libros de Edna O’Brien se quemaron públicamente en su pueblo, en Irlanda occidental. Pero los libros de ambos se conseguían fácilmente, y la prohibición sólo los hizo famosos: por primera vez se proyectaba una luz sobre los oscuros y ensombrecidos terrenos de la sexualidad en Irlanda”. Entre los nombres de la generación de narradores surgida entre los años ochenta y el 2000 debe mencionarse a Hugo Hamilton (1953), Sebastian Barry (1955), Patrick McCabe (1955), Aidan Mathews (1956), Roddy Doyle (1958), Dermot Bolger (1959), Gerard Donovan (1959), Deirdre Madden (1960), Eoin McNamee (1961), Anne Enright (1962), Jamie O’Neill (1962), Joseph O’Connor (1963), Colum McCann (1965), Julian Gough (1966), Clare Keegan (1968), Kevin Barry (1969), John Boyne (1971), Tana French (1973), Claire Kilroy (1973), Paul Murray (1975), Eimear McBride (1976), Donal Ryan (1977), Lisa McInerney (1981), Colin Barrett (1982), Sara Baume (1984), para citar sólo a algunos.

En cuanto a los poetas, algunos de los nombres más importantes de la actualidad son los de Peter Fallon (1951), Gerard Smyth (1951), Harry Clifton (1952), Gerald, Dawe, (1952) Matthew Sweeney (1952), Gerry Murphy (1952), Theo Dorgan (1953), Thomas McCarthy (1954), Paula Meehan (1954), Dennis O’Discroll (1954-2013), Mary O’Malley (1954), Rita Ann Higgins (1955), Tony Curtis (1955), Moya Cannon (1956), Greg Delanty (1958), Michael O’Loughlin (1958), Peter Sirr (1960), Pat Boran (1963), Vona Groarke (1964), Joseph Woods (1964), Patrick Chapman (1968), Sinéad Morrissey (1972), Caitriona O’Reilly (1973), etc.

La literatura dramática, por su parte, también ocupa un lugar importantísimo en la vida literaria irlandesa. A los ya citados Yeats, Synge y Lady Gregory, podrían sumarse los nombres de Sean O’Casey (1880-1964), Samuel Beckett, Brendan Behan, Denis Johnston (1901-1984), Hugh Leonard (1926-1989), el también cuentista John B. Keane (1928-2002), Brian Friel (1929-2015), Thomas Kilroy (1934) y Tom Murphy (1935). Peter Sheridan (1952), Frank McGuinness (1953), Jimmy Murphy (1962), Marina Carr (1964), Enda Walsh (1967), Martin McDonagh (1970) y Conor McPherson (1971).

Jorge Fondebrider





Una nación de palabras

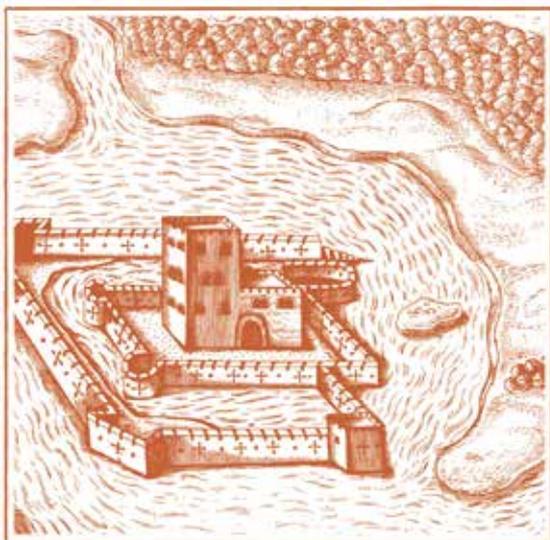
Irlanda es una nación elocuente. Siempre fue una tierra de escritores notables, un repositorio de libros y un tesoro de literatura oral en el que la palabra es un don y una herencia. Esta nación colonizada al fin de la Edad Media no pudo desarrollar una pintura nacional, o una arquitectura, pero se negó a integrarse, se mantuvo como nación y finalmente se rehusó a ser colonia a través de la palabra, la palabra contada, la palabra recitada, la palabra recordada. Los irlandeses tejieron un muro íntimo de palabras para seguir siendo irlandeses, una memoria de sagas y leyendas de los reyes propios, de baladas dolidas sobre héroes, mártires y sufrimientos, de canciones y oraciones que definían a su Eire como un lugar único y especial. Es un capital espectacular que sostuvo al país y su gente a través de horrores, humillaciones, masacres y un exilio y pocos pueblos tuvieron que sufrir. Se puede decir, sin exageraciones, que los irlandeses “hablaron” su identidad y sostuvieron su nación en palabras.

Para cuando Irlanda comienza a salir de su oscuro siglo XIX, para cuando la política hace eclosión y se moderniza, ya hay pocas dudas de qué significa ser irlandés. Quien nace en esa isla, hasta tantos de la clase dominante, no puede ejercer de extranjero más que con un enorme esfuerzo o en un aislamiento difícil de imaginar. Cada nacido en esta isla es formado por una red de palabras, de leyendas y sagas que reflejan la vida independiente, surgen de una visión del mundo y se expresan en un inglés íntimamente formado por la vieja lengua irlandesa. Por atrás de la simplificación de católicos y protestantes hay una clara y fuerte división cultural entre los que se definen como irlandeses y los que protestan su lealtad a la corona. Que la mayoría de los católicos –lejos de una totalidad– opte por una y la mayoría de los protestantes –también lejos de la unanimidad– elija la otra, simplemente no es explicable en términos religiosos. Pocos irlandeses de un tipo u otro serían capaces de expresar este conflicto en términos teológicos, porque es fundamentalmente cultural y por lo tanto político.

Esta política estalla hacia fines del siglo XIX en una isla que, paradójicamente, está mostrando signos de estabilidad y tal vez viabilidad imperial. La cuestión religiosa ya hace años que no es más una discriminación legal y feroz, gracias a Daniel O’Connell, el Emancipador, y los fuertes movimientos políticos de dos generaciones anteriores. La tenencia de la tierra, el gran reclamo histórico de un país agrario, está siendo mediada por reformas parciales y graduales que descomprimen el tema. La Gran Hambruna de la década de 1840, que mató a centenares de miles y expulsó al exilio y la emigración a otros cientos de miles, había reducido la población a tal punto que ciertos conflictos sociales

se moderaron malthusianamente, por la sencilla razón de que había más lugar para menos pobladores. Para los victorianos tardíos, la Cuestión Irlandesa parece solucionable por medios parlamentarios, devolviendo a la isla su parlamento y transformándola en un Dominio, como Canadá o Australia. Ni siquiera la cerrada oposición de los protestantes y los conservadores británicos pueden invalidar la idea, apenas bloquearla y demorarla. En este escenario aparentemente claro y definido, se produce el Renacimiento irlandés, la batalla cultural que cambia la historia de Irlanda.

La nación irlandesa moderna se construye de una manera que invierte el proceso que nos resulta familiar a los americanos, que primero creamos nuestros estados y sostuvimos largas guerras de independencia, y forjamos una identidad cultural sólo a partir de tener un patronímico, una bandera y un gobierno propios. Como regla, tomó un par de generaciones para que surgiera una verdadera literatura nacional no derivativa, alejada de la imitación o la variación, capaz de expresar a un Melville, un Nabuco o un Sarmiento. Este proceso, por supuesto, se nutre y crece sobre las estructuras educativas y culturales coloniales, varía de acuerdo a la prosperidad de las viejas capitales y es muy influido por el accidente de la emigración desde la metrópoli. Pero toma décadas obtener una expresión nacional profunda que supere lo declarativo y sea originalmente americana. Irlanda, en cambio, mantiene una cultura forjada en siglos de tensión con su metrópoli, en una interminable acción de retaguardia para preservar su identidad cultural. El proyecto de conquista inglés en la isla es anómalo e internamente incoherente, en parte por su muy temprano origen en el siglo XIII,



con el resultado de que se puede leer como una serie de reemplazos de la población por colonos, como en América o Australia, con esfuerzos de integración política, como en Escocia, y negociaciones fluidas, como en India. Son siglos de rebeliones y masacres, robo de tierras y propiedades, destrucción de la vida política y los canales de mediación, mezclados con intentos de “normalización” y prohibiciones de un autoritarismo absurdo, como la ilegalidad de la religión católica como tal y la penalización de uso de la lengua irlandesa.

Este conflicto secular crea un extraordinario conservadurismo cultural y religioso, y una notable equivalencia entre catolicismo y nacionalismo, simple de entender y difícil de cambiar. La transculturación de Irlanda nunca terminó de funcionar y hasta los emigrantes, doblemente aculturados por su nueva nacionalidad y el pase completo al inglés –o al español, en nuestro caso– mantienen un idioma muy propio, una manera de hablar peculiar, con parte del vocabulario en irlandés sobreviviendo en sus casas. La flexibilidad y adaptabilidad de la lengua irlandesa viene de antaño y tiene momentos de extraña gloria, como el comienzo del siglo XVII, cuando la última nobleza del país es destruida por los ingleses. Entre otras consecuencias, como el exilio de los Gansos Salvajes y la primera emigración a escala, esta derrota militar y política deja sin un lugar claro a los celebrados bardos de las cortes. Estos poetas, duchos en la improvisación y entrenados para ser verdaderas “memorias” culturales, eran mimados y mantenidos por sus mecenas nobles, que consideraban su fama un ornamento impar para su prestigio. Luego de la batalla de Kinsale, en 1601, los bardos quedan efectivamente desempleados y desamparados, y tienen que buscar otro público entre el pueblo llano. El resultado es un siglo terrible en lo político y económico, y un florecimiento notable de la poesía, la balada y la música del país. La riqueza de esta herencia es tal, que la música y la lírica de este siglo, y la que los bardos conservaron de siglos anteriores sigue siendo parte central del repertorio vivo de Irlanda, algo que puede escucharse con toda normalidad en un pub.

También es una muy pesada historia de humillaciones mezcladas con glorias. La tensión cultural eclosiona políticamente en 1893 con la fundación de la Liga Gaélica, un grupo intelectual, artístico y docente creado para difundir, prestigiar y enseñar la lengua irlandesa, objetivo que se iría inmediatamente por las ramas. En ese año fundacional hay exactamente seis libros editados en la lengua irlandesa, que parece reducida al rol de dialecto de campesinos

aislados en el oeste del país, con su calidad literaria limitada al interés de anticuarios, traductores de documentos antiguos y baladistas profesionales. La Liga, siendo explícita en su búsqueda de transformar la cultura en una herramienta de identidad política, logra una explosión inesperada de interés: para 1900 se imprimieron y vendieron medio millón de copias de libros en la vieja lengua, la mayoría manuales de enseñanza. Este número masivo indica que prácticamente ninguna familia del país dejó de comprar al menos una copia y lograr aprender algún rudimento del idioma. Que esta explosión de interés fue una expresión de nacionalismo se demuestra por la historia posterior del irlandés como lengua viva. Con noventa años de enseñanza obligatoria en las escuelas y de uso común en documentos y publicaciones, más medios exclusivamente escritos y transmitidos en irlandés, el idioma no pudo desplazar al inglés como real lengua de comunicación del país.

Esto no desmerece en absoluto el real objetivo del Renacimiento irlandés, que no fue un movimiento conservador y tiene desde su origen un muy fuerte lado modernista. Entre los miembros de la Liga Gaélica y los muchos grupos patriotas que surgieron en ese final de siglo hubo conservadores que propusieron una vuelta al idioma y las formas preinvasión, una reconstrucción imaginaria de una Irlanda “pura”. Esta minoría fracasó, como suelen fracasar los que exigen purismos, pero aportó a un rescate de lo propio, a un entusiasmo y una revaloración del carácter y la tradición de Irlanda. El contexto no era propicio, con la historia del país contada como una serie de fracasos sucesivos y de grandes vergüenzas, como la Hambruna, producidas por una incapacidad para organizarse como país. El hecho es que Irlanda nunca tuvo un rey propio sino muchos “reyes”, nunca tuvo un Estado unificado hasta la actual república, nunca una vida política coherente hasta fines del siglo XIX. La primera autoridad que se extiende a toda la isla es la británica, algo explicado ya hace cinco siglos con la frase “Eigceart na nEireannach féin do threascair iad do aoibéim” (“Fueron los males de los mismos irlandeses lo que los derribó en un solo instante”). No asombra que la única salida para las tremendas crisis del país parecieran ser las regulares rebeliones perdidas de antemano, creadoras de más mártires, base para el carácter irredentista del pensamiento político irlandés. Es el espíritu que los emigrantes llevan y que expresan en una bandera única en su forma, el harpa de oro sobre el campo verde, con las palabras “Erin achuisle, Erin go bragh” (“Irlanda amada, Irlanda por siempre”).

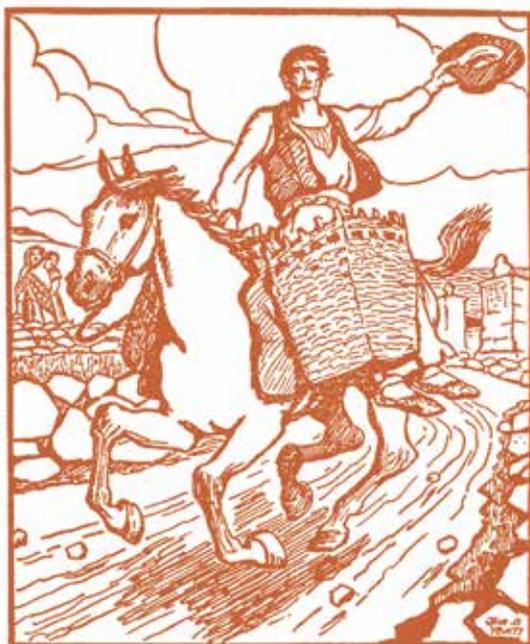


El Renacimiento irlandés se para en revertir esta idea pesada, buscar modelos vanguardistas para reescribir la nación más desde París que desde Londres, construir una autoconfianza cultural, un sentimiento nacional y de comunidad, y recuperar la legitimidad de una manera irlandesa de ver las cosas. Este riquísimo proyecto no sólo es el cimiento de la revolución política de 1916, sino que es el suelo donde crecen figuras como James Joyce o Samuel Beckett, para citar dos nombres conocidos. Lo que dispara la Liga Gaélica y arranca tal vez como un folklorismo rígido, vulnerable a la burla, termina siendo un despertar nacional y una expresión de algo medio olvidado y oculto en esta nación. Cuando Irlanda recupera su palabra, se recupera como país. El estudioso Declan Kiberd, un especialista en este proceso, recuerda que ya en 1596 el poeta inglés Edmund Spenser, llegado a Irlanda con espada en mano y mando militar, recomienda a la corona decapitar a los poetas del país “porque son muy buenos poetas”. Spenser se dedica a saquear bibliotecas y quemarlas, y propone en un memorando oficial cambiarle a los irlandeses la ropa, hacerles cortar el pelo y prohibirles hablar su idioma, porque “si la lengua es irlandesa, el corazón termina siéndolo”. El

Renacimiento irlandés toma esta ajustada definición al pie de la letra, e invierte su intención.

Así, Irlanda primero se imagina libre y luego se libera, por medio de un movimiento político que lleva el extraño y resonante nombre de Sinn Fein, traducible como “nosotros solos” o “nosotros mismos”. Este proceso trasciende por mucho la esperable retórica de barricada porque es la construcción deliberada y pensada de un horizonte cultural, de una herramienta que recoge la tradición y la actualidad de los irlandeses para resignificarlas como cimiento de una nacionalidad. Irlanda, dice el Renacimiento irlandés, es una nación preexistente a la invasión inglesa, una nación diferente de la británica, una nación con sus propias ideas, sus mañas y su genio. El deber de los irlandeses es recuperarla y liberarla, no crearla.

Todo esto, a un siglo de la Rebelión de la Pascua de 1916, de la subsiguiente guerra de independencia y de la proclamación de la República, parece un resultado natural, destinado a ocurrir. El telescopio de la distancia en el tiempo borra la contingencia, la delicada secuencia de aciertos que la hicieron posible. Por eso es necesario recordar que el contexto del Renacimiento irlandés es casi un aviso de que esta patriada cultural se iba a perder. Irlanda es una colonia británica absorbida formalmente por su metrópoli, con lo que las dos islas son oficialmente un país. No hay distancia, literalmente, porque Irlanda está pegada a su dominadora, a minutos de navegación.



Un jinete de las islas

No hay ese hiato, esa lejanía que permite que crezcan cosas diferentes en la colonia, ni una real diferencia racial o económica, como la que puede existir dentro del Imperio con India o África. La presión cultural e identitaria que reciben los irlandeses es única y no tiene parangón en la historia del colonialismo: la posibilidad real, en serio real, de pasar a ser ellos mismos el colonizador. Masas enteras de irlandeses, por razones diversas, poblaron el Imperio y las colonias, sirvieron en las instituciones militares y civiles británicas, y se transformaron efectivamente en británicos, con acceso al estatus de *bwana* o *sahib*. Millones de británicos actuales tienen apellidos irlandeses sin ningún ruido cultural o étnico, y todavía existe la figura del West Briton, el “británico del oeste”, el nombre irónico del irlandés que habla y funciona como un británico en su propia isla.

Cuando el Renacimiento irlandés comienza a cuestionar todo este aparato cultural, Gran Bretaña está en la cúspide de su poder político y militar. Despertar el orgullo por lo propio parece provinciano y limitado, parte del repertorio de los cómicos de la lengua que en los escenarios de la emigración caricaturizaban su propia gente y la llevaban a la risa y la nostalgia sensiblera. Ser irlandés en ese fin de siglo estaba para la caricatura o para la desesperación, con lo que resulta astuto el recurso de relativizar la supremacía de Londres tomando como modelos a París o Nueva York. Lejos del tradicionalismo, el movimiento cultural subraya los derechos políticos de la mujer, tiene un fuerte contenido obrerista, explícitamente habla de modernizar la sociedad y se ve como un movimiento de masas. Por Irlanda y para los irlandeses se discute cómo reformar las escuelas, cómo distribuir libros, cómo fundar periódicos para llegar a todos. Se abren teatros, se escriben obras notables, se aceptan con abandono las tendencias más modernas, se cae en constantes conflictos con la censura, se escribe con belleza y complicación. El resultado es proclamar, en palabras de Joyce, a Dublín como una capital cultural y a Irlanda como el omphalos, el ombligo del mundo. Es una guapeada de las mejores, y resultó ser pregnante.

Estos irlandeses consideran, como escribió George Moore en 1900, que su lengua “es una herencia misteriosa”. Son los primeros en siglos en cambiar sus nombres y traducirlos de nuevo al irlandés, transformándose en Seamas, Padraigh y Eoinn, en Diarmada y en Sean, trabalenguas que deliberadamente “cierran” la identidad al de afuera. Es un momento de pasión por memorizar poemas interminables, recitativos que se instalan como

normales en cualquier fiesta y reunión, y también de poder para la música folklórica. Esta generación siente el deber de escribir como nadie, de potenciar la dicha de hablar y usar la lengua como propia. Lo que se escribe en política es de una belleza y una altura emotiva rara en una actividad que suele abundar en abogados, pero que en el caso irlandés encuentra lo excepcional, como que la misma declaración de independencia haya sido básicamente escrita por un poeta, Padraigh Pearse, y sea un llamado al alma. Este movimiento de buenos habladores y escritores, de lectores voraces, convoca a sus compatriotas “en el nombre de Dios y de las generaciones muertas” a un combate con olor a gesta. Tampoco es casual que a la bandera tricolor de la flamante República le unieran una verde con palabras: Irish Republic.

La rebelión de 1916 fue, en cierto modo, una patriada perdida, lo que Jauretche llamaría una chirinada, un gesto poético y una feroz forma de dar la vida por la patria. Fue también un anacronismo a la manera de los levantamientos de 1798, pensada para conmover y para despertar a los irlandeses. Funcio-

nó en eso, pero la generación que tomó la posta y ganó la guerra de independencia ya tenía otra formación, otro horizonte y otras palabras. Sobre todo, tenían la voluntad y la imaginación de ganar, podían concebir una Irlanda que no cayera en el dolor del fracaso sino que tuviera su día y su retorno a la nacionalidad. Un país así fundado es un país que tiene la literatura y la palabra muy cerca de su centro. Irlanda es un país pequeño, nunca fue ni será una potencia mundial –conchabo para el que no tiene ni la escala ni la vocación– y no puede imponerse a otros más que por la atracción de lo suyo. Y es un país que pega fuerte en los escenarios culturales, un récord de premios literarios, un generador de música sin barreras, una tierra embebida de palabras. Los libros que forman esta exhibición son apenas un fragmento de lo que guarda y produce Irlanda, un atisbo del garbo verbal de esa nación donde hasta los malos escritores son buenísimos. Y es justo que a un siglo de su rebelión rumbo a la libertad, sean libros los que forman este homenaje.

Sergio Kiernan





o.
gia
verit
—
—

La literatura de los Irish-Porteños

Aunque precedidos por compatriotas que vinieron vía España en épocas de la conquista y de la colonia, y aun con los invasores ingleses de 1806 y 1807, amén de ocasionales clérigos, viajeros, comerciantes e inversores, entre 1840 y 1870, oleadas más o menos importantes de hombres y mujeres provenientes de la Verde Erin llegaron a una Argentina próspera y magnánima, de lengua y cultura remotas, con el propósito de dar forma a sus sueños.¹ Se trató de una inmigración de proporciones minoritarias que, reduciéndose, persistió hasta las primeras décadas del siglo XX.

Los hijos de Irlanda –país que ha dado una rica literatura– registraron su experiencia migrante a través de la escritura, un corpus que registra el encuentro de dos culturas, desde relatos incluidos en diarios personales, cartas o historias publicadas por el semanario *The Southern Cross*, hasta la singular y trunca obra de Rodolfo J. Walsh, pasando por poetas, cuentistas y novelistas que incluyen a William Bulfin, Kathleen Nevin, Enrique Anderson Imbert y María Elena Walsh, entre otros.

Fue una literatura que empezó en lengua inglesa y, gradualmente, se expresó en castellano, revelando un camino de integración, adaptación y asimilación.

La Gran Hambruna (Great Famine) que castigó a Irlanda entre 1845 y 1852 no fue el principal resorte que provocó el desplazamiento de irlandeses a la Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta principios del XX. Constituyó, sí, un componente insoslayable, ya que, directa o indirectamente, muchos llegaron por esa causa, pero las zonas de las que provenía la mayoría no fueron las más afectadas por esa crisis: los condados de Longford, Westmeath y Wexford, en la provincia de Leinster. Las grandes posibilidades que ofrecía el país habían sido difundidas por los integrantes de la pequeña comunidad original, por la prensa a través del diario *The Standard*, por la publicidad del gobierno argentino en *The Times*, y por los religiosos que, como capellanes, asistían espiritual y materialmente a los Irish-Porteños. De entre ellos, el dominico Anthony Fahy fue el indiscutible líder. Testimonios orales,

cartas, muestras irrefutables de progreso, y ayuda financiera por parte del gobierno y de los primeros inmigrantes para que parientes y amigos los imitaran fueron, en efecto, los motores de la inmigración irlandesa en la Argentina, originada desde 1840.

Según estimaciones de la época, habría habido, en la década de 1890, unas 75.000 almas irlandesas concentradas en la provincia de Buenos Aires que, más tarde, aunque en menor proporción, se expandieron por el sur de la provincia de Santa Fe y también en Córdoba.

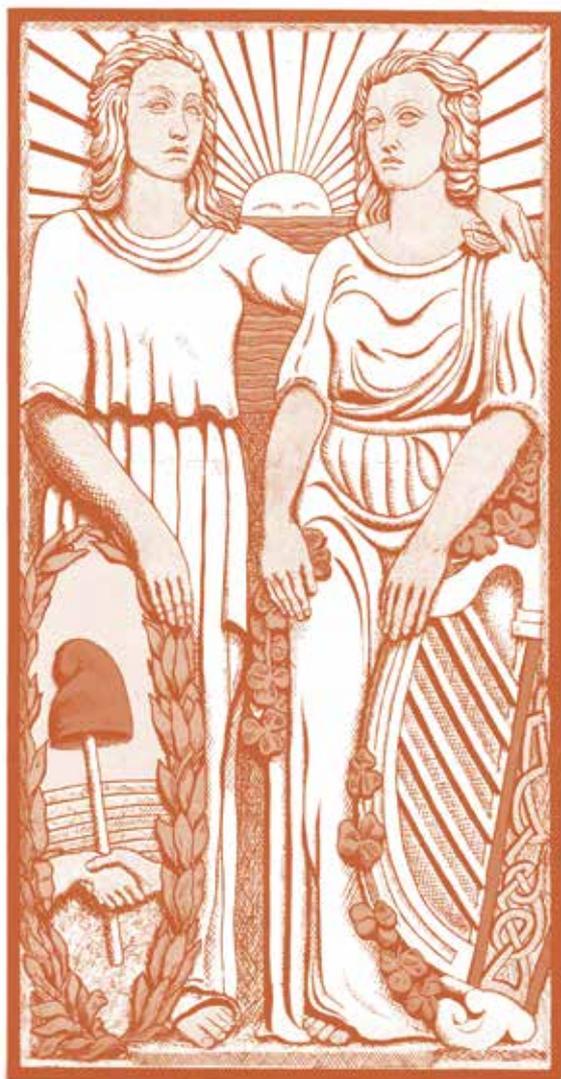
En su mayoría, los inmigrantes irlandeses de pocos recursos y carentes de especialización tendieron a los trabajos del campo, incorporándose poco a poco a la producción ovina, conveniente debido a la demanda europea de lana, encendida por la Revolución Industrial. Uno de los oficios primeros a los que podía acceder un recién venido era el de

“zanjeador”; aunque muy bien pago, este trabajo era despreciado por el criollo. Consistía en la construcción de fosas que controlaran las haciendas y brindarían cierta seguridad. El trabajador evocado en la primera parte del *Martín Fierro*, del poeta José Hernández (cuya bisabuela, Rita O'Dogham, era de ascendencia irlandesa), muy probablemente haya sido irlandés y no inglés.

Más allá de la paradoja de que los irlandeses argentinos se unieron y se sintieron protegidos mediante el uso y el sostenimiento de un idioma que, en rigor, no era el propio, ya que la lengua madre de los irlandeses no es el inglés sino el gaélico o irlandés, el habla del país anfitrión constituyó para ellos un problema medular. Tras siete siglos de ocupación británica, el gaélico fue mortalmente herido al punto de que, pese a su obligatoriedad escolar, en Irlanda menos de un 5% de la población actual lo habla. Ese carácter moribundo del gaélico irlandés se expandió con la Diáspora. Por otra parte, el inglés era ya la lengua comercial imperante en el mundo de los negocios porteños y las relaciones comerciales con Inglaterra, importantes y crecientes. Pero lo que es central aquí es que la lengua inglesa que trajeron los inmigrantes irlandeses estaba atravesada, de un modo subliminal, por la gaélica irlandesa, lo que la convertía en algo distinto: neologismos, sintaxis y, muy especialmente, el carácter oblicuo o elíptico están en la esencia de lo que se conoce como Irish-English. Esto lo percibían las clases ilustradas; no por nada en el *Standard*, encontramos avisos solicitando niñeras que hablaran “inglés” pero se advertía que las irlandesas debían abstenerse de concursar.

Es en este contexto que cobra importancia el libro de cuentos titulado *Tales of the Pampas*, de William Bulfin (1863-1910).

El inglés hablado por los inmigrantes irlandeses era, naturalmente, el de sus lugares de proveniencia, con sus giros, jergas y entonaciones: principalmente los de las provincias de Leinster (condados de Longford, Westmeath, Wexford y Wicklow) y de Munster (condados de Clare y Cork). Las peculiaridades lingüísticas de cada una de esas regiones confluirían en la pampa sudamericana y, conjugándose con el castellano, el gauchesco y aun el fragmentario irlandés, producirían una miscelánea de curiosas características. Este fenómeno debe verse como reflejo de lo ocurrido con sus hablantes quienes al integrarse lentamente con criollos y miembros de otras colectividades, contribuyeron a la formación de ese dialecto español que es el idioma de los argentinos. Las fluctuaciones idiomáticas de los inmigrantes irlandeses reflejan los vaivenes y contingencias de



su lenta integración, adaptación y asimilación. La colección de relatos escritos por William Bulfin da cuenta, precisamente, de eso.

Durante el último período del proceso inmigratorio irlandés en la Argentina, las publicaciones *The Irish Argentine* y *The Southern Cross* fueron difundiendo una serie de historias que finalmente, bajo el título de *Tales of the Pampas*, fue publicada en formato libro en 1900. Su autor, Bulfin, era un irlandés oriundo de Offaly que emigró al país en 1884 donde, junto con su hermano, se inició laboralmente en el campo porteño. William trabajó como capataz en Carmen de Areco donde conoció a Anne O'Rourke con quien se casó.

Lo notorio (y valioso) de este libro que contiene ocho cuentos es que registra el inglés hablado por los hiberno-argentinos, con algunas interpolaciones de gaélico irlandés y numerosas expresiones en castellano. Los textos no están anotados ni ofrecen introducción alguna, ya que el narrador sabe que está dirigiéndose a una audiencia que lo entenderá. Más allá de los irlandeses, los otros personajes son algunos de los que integran el "melting pot" sudamericano: italianos, españoles, vascos, ingleses. El contexto histórico en el que se desarrollan las peripecias es el de la modernización de la Argentina, promovida por la Generación del 80.

Con *Tales of the Pampas*, y probablemente sin saberlo, William Bulfin ofreció una versión verosímil y elocuente de la vida de los irlandeses argentinos a principios del siglo XX.

Lejos de la ficción, las memorias dejadas por John Brabazon bajo el título *The Customs and Habits of the Country of Buenos Aires from the Year 1845*, traducidas al español y anotadas por Eduardo Coghlan como *Andanzas de un irlandés en el campo porteño (1845-1864)*, constituyen un primer documento importante de la inmigración irlandesa en la Argentina.

No es estrictamente una obra literaria y seguramente su autor no previó su publicación ni mucho menos su traducción y posterior interés por parte de estudiosos. No obstante, todo lo que Brabazon cuenta interesa, hay ritmo en la narración y momentos de gran intensidad. Pervivía ciertamente en él el narrador de historias propio de la naturaleza celta.

Brabazon, nacido en Westmeath en 1826 y muerto en Buenos Aires en 1913, empezó a contar su vida, que fue la de muchos, a los dieciocho y, lamentablemente, la abandonó diecinueve años después. Pese a la sucesión de adversidades, el optimismo campea en el texto. Todo el libro sostiene el interés por medio de la acción o de las reflexiones vincula-

das a la historia y a la relación entre grupos humanos de extracción racial diversa. Cuenta así cómo en una de sus primeras transacciones adquiere lana de la viuda de un tal Colman, nativa, cuyo marido había venido con la invasión del general Whitelocke; en 1849 medita sobre la situación porteña que estaba mejorando porque Rosas no era, entonces, tan malo y la población era más culta; revela que en 1847 los campos porteños valían poco y nada; describe la actividad de las casamenteras; testimonia el descenso de la popularidad de Rosas luego del fusilamiento de Camila O'Gorman; narra el asesinato de su propia esposa y de su cuñada y, casi al final, se detiene en una fiesta en la estancia que administraba, donde convivían trabajadores de distintas nacionalidades por lo que en el comedor se escuchaba hablar en francés, alemán, inglés, dialectos y diversas lenguas indígenas. Aunque distingue a los criollos de los inmigrantes, la memoria de Brabazon no es maniquea.

La adquisición de la lengua es el principal escollo. En un momento el narrador negocia con un tal Luciano la enseñanza del idioma inglés a cambio de clases de lengua española.

Otro texto central para comprender cómo los inmigrantes irlandeses se integraron a su nueva realidad es la novela *You'll Never Go Back* que empezó a escribir Catalina (Kathleen) Nevin y que habiendo muerto sin completarla, concluyó su hermana Winifreda (Winnie). Ellas y su hermano Brendan eran hijos de Kathleen Smyth y Thomas Nevin, irlandeses que se conocieron y casaron en la Argentina. El libro apareció en 1949, en Boston, bajo la exclusiva autoría de Kathleen.



El relato –que excede la propuesta aparente de dar cuenta de la travesía de la madre de las narradoras desde Europa a Sudamérica y sus primeras experiencias en Buenos Aires, tanto en la ciudad como en el campo– muestra cómo las barreras lingüísticas pueden empañar nuestra visión de la realidad. La lenta transición que va de la extrañeza y el desdén a la curiosidad y la integración tiene, según la novela de las Nevin, un correlato lingüístico. En este sentido la historia de la lengua y la literatura de los irlandeses en la Argentina es la historia de los irlandeses en la Argentina.

Un año después de la publicación de *You'll Never Go Back*, una joven y talentosa escritora publicaba su primer libro de versos. Famosa por sus canciones e historias para chicos, María Elena Walsh (1930-2011) descende de los inmigrantes convocados por el Proyecto del 80: sangre irlandesa, inglesa y española corren por sus venas. En 1990 publicó *Novios de antaño*, sus memorias. La última sección –“La abuela Agnes”– consiste en una colección de cartas familiares relativas a la vida de los inmigrantes irlandeses e ingleses en Buenos Aires durante la década de 1880, el mismo período que cubre la novela de las Nevin. Agnes cuenta que muchos pastores irlandeses rústicos, entonces llenos de dinero, vivían como aristócratas y se sentían libres de explotar a sus compatriotas. Considera al alcohol como una maldición para los irlandeses e ingleses; *The Standard* y *The Southern Cross*, en fin, parecen haber sido las principales fuentes de consuelo para esta inmigrante.

La educación era un asunto importante para los inmigrantes y sus descendientes, por eso el crecimiento y la expansión de la comunidad forzaron la creación de instituciones debidamente organizadas, siempre bajo el control de la Iglesia católica. Los pupilajes, tanto para niños como para niñas, eran destinos frecuentes de los hijos de la inmigración. ¿Cómo vivían aquellos chicos la experiencia del pupilaje, lejos de sus familias y bajo regímenes habitualmente muy severos? ¿Qué sentían? ¿Qué pensaban?

Cuatro cuentos escritos por Rodolfo J. Walsh, Irish-Porteño nacido en 1927 y desaparecido en 1977, responden, hasta cierto punto, a esas cuestiones. Ambientados en el Fahy Farm, los textos son: “El 37”, que narra la visita del padre del narrador a la institución en la que estaba internado junto con un hermano y donde aprendía lo que ya le habían inculcado en casa: que la vida es sufrimiento y dolor y que hemos venido a sufrir, sentencia contra la que las letras y las acciones de Rudy Walsh habrían de rebelarse; “Irlandeses detrás de un gato”, “Los oficios terrestres” y “Un oscuro día de justicia” son

los títulos de los otros relatos por los que desfilan individuos reconocibles como los rígidos celadores Dillon y O'Durnin, el loco de Gielly, el padre Gormally, condiscípulos como el inolvidable futbolista Gunning y tantos otros como los apellidados Ross, Scally, Delaney, Geraghty, Mullaly, Kiernan, Mulligan, Carmody, Dashwood, Murtagh, Ryan o “Pata Santa” Walker que “no era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha [...]”. Por sobre el interés de las peripecias evocadas por Walsh, lo llamativo, realmente valioso y original de estos y otros textos del mismo autor es la calidad de su escritura que acusa ecos del Irish-English del que se nutrió en su casa y en el mismísimo Fahy: están ahí el humor, la ironía, la sintaxis a veces insólita, la preocupación por el adjetivo certero y, por sobre todo, el carácter elíptico, sugerente y oblicuo que, como señalé, está en la esencia de la vieja lengua ancestral.

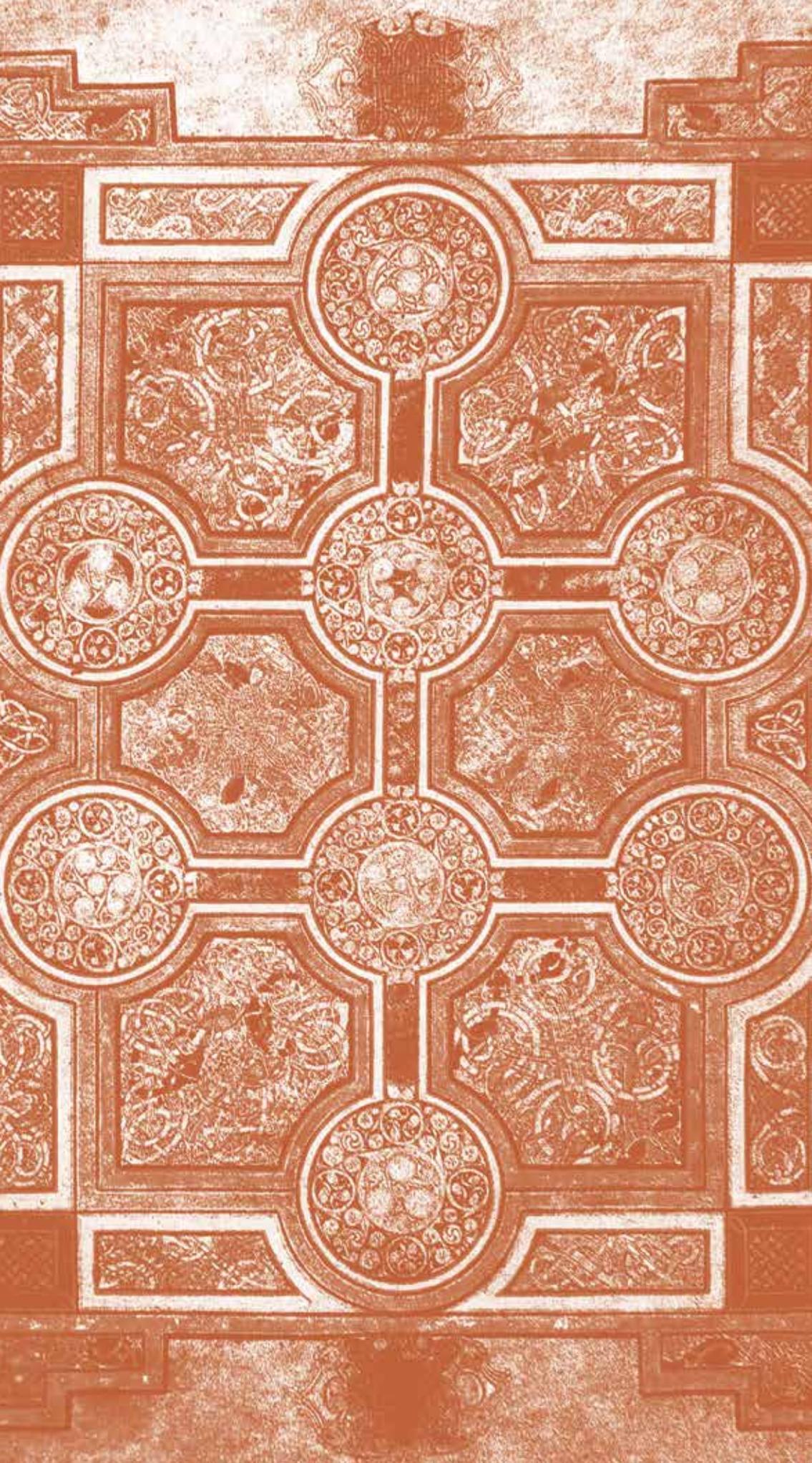
Académico y ex profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Harvard, el interés de Enrique Anderson Imbert (1910-2000) por los irlandeses de los que descendía obedece a cuestiones puramente estéticas. Sus cuentos “irlandeses” se inscriben dentro de la literatura fantástica: “Mi prima May” (en el que se apersona un Leprechaun); “Patrick O'Hara, el libertador”, donde compara la mitología celta con la nativa y, finalmente, “Mi hermana Rita”, en el que el folclore irlandés es funcional a un formidable relato. De alguna manera estos trabajos de Anderson anuncian la desaparición de los irlandeses argentinos como colectividad aislada, su comunión con esa curiosa y rica miscelánea que es la cultura argentina.

Una lista de escritores nuestros de ascendencia irlandesa debería incluir, además, los nombres de Bernardo Carey, dramaturgo; Eduardo Carroll, poeta y novelista; Alfredo Casey, poeta, dramaturgo y traductor de la obra de Pádraic Pearse; Ana O'Neill, Teresa Deane Reddy y Alicia Plante, narradoras; Eduardo Cormick, que noveló la vida del Almirante William Brown; Guillermo Furlong, jesuita y académico que estudió aspectos soslayados de nuestra historia cultural como la vida de Thomas Fields, el primer irlandés en pisar suelo sudamericano; los poetas Luis Alberto Murray y Esteban Moore; Graciela Cabal, conocida por sus historias de inmigración, y los ensayistas Ramón Doll y Aníbal Ford.

Más allá de sus valores estéticos, la literatura de los inmigrantes irlandeses en la Argentina y sus descendientes constituye el registro de un proceso comunitario de integración, adaptación y asimilación.

Juan José Delaney





Exposición bibliográfica

- Historia de Irlanda
- Autores irlandeses en Argentina
- Literatura irlandesa

tronel

para
Saint

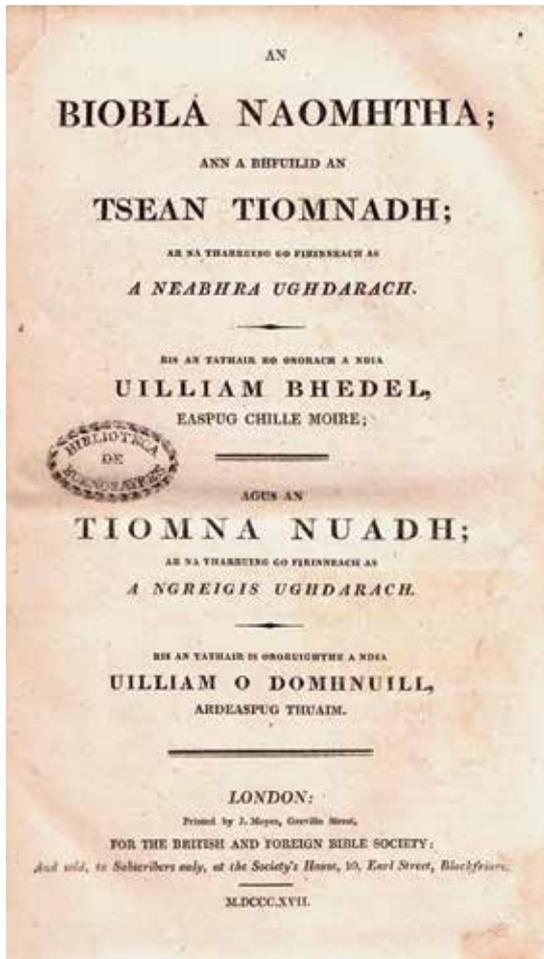
C. ligra

Abtram

Cormadella

HIBB

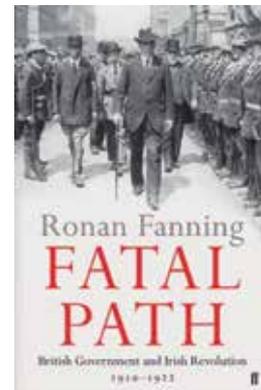
■ Historia de Irlanda



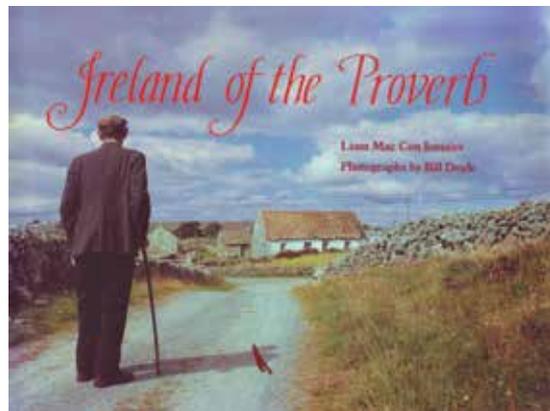
■ *An Biobla Naomhtha, ann a bhfuilid an Tsean Tiomnadh* [Antiguo Testamento en gaélico]. London, printed by J. Moys, Greville Street, for the British and Foreign Bible Society, 1817.



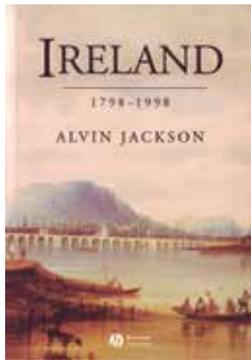
■ **Pakenham, Thomas.** *The year of Liberty. The great irish rebellion of 1916.* London, Weidenfeld and Nicholson, 1997.



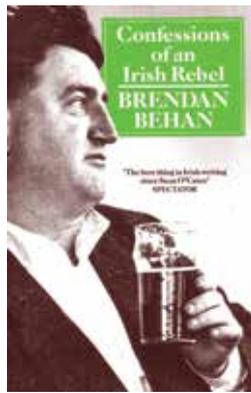
■ **Fanning, Ronan.** *Fatal Path. British Government and Irish Revolution. 1910-1922.* London, Faber & Faber, 2013.



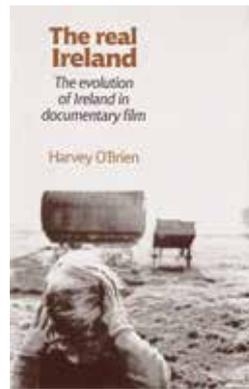
■ **Mac Con Iomaire, Liam.** *Ireland of the Proverb.* Michigan, Master Press, 1993.



■ Jackson, Alvin. *Ireland 1798-1998*. Oxford, Blackwell, 1999.



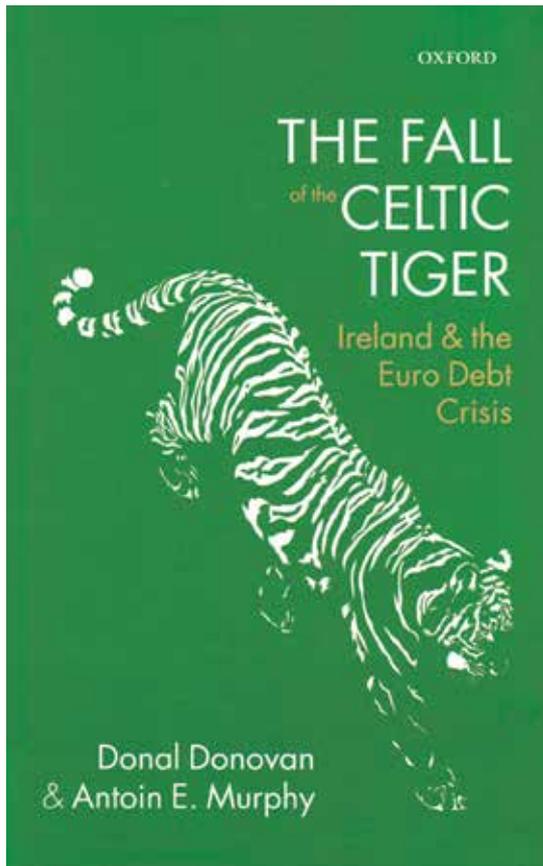
■ Behan, Brendan. *Confessions of an Irish Rebel*. UK, Arrow Books, 1991.



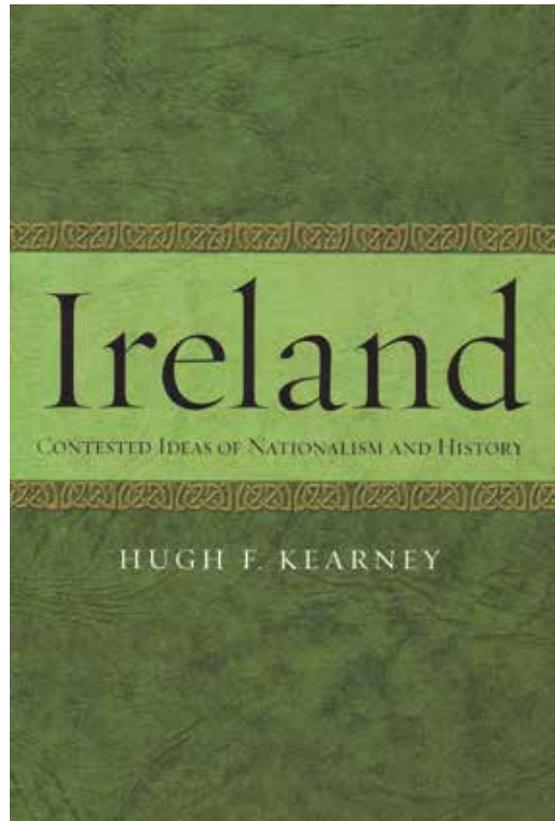
■ O'Brien, Harvey. *The real Ireland. The evolution of Ireland in documentary film*. New York, Manchester University Press, 2004.



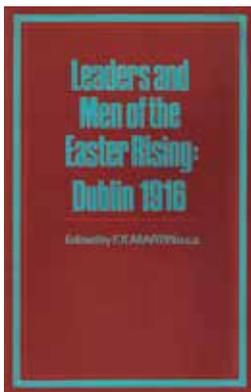
■ *An Tíomna Nuadh ar Dtighearna agus ar Slanúightheora Iosa Críost* [Nuevo Testamento en gaélico]. London, printed by Richard Watts for the British and Foreign Bible Society, 1818.



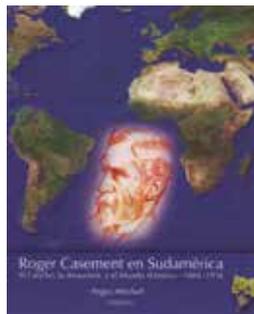
■ Donovan, Donal; Murphy, Antoin E. *The Fall of the Celtic Tiger. Ireland & the Euro Debt Crisis*. Oxford, Oxford University Press, 2013.



■ Kearney, Hugh. *Ireland. Contested Ideas of Nationalism and History*. Cork, Cork University Press, 2007.



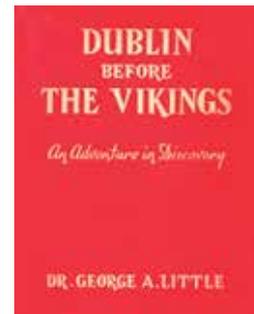
▪ **Martin, F. X. (ed.).** *Leaders and men of East Rising: Dublin 1916.* Great Britain, Methuen and Co., 1967.



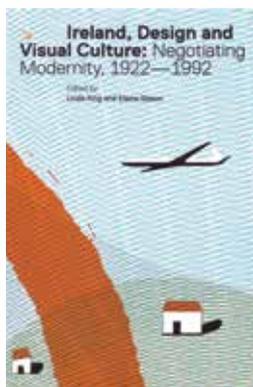
▪ **Mitchell, Angus.** *Roger Casement en Sudamérica. El gacho, la Amazonia y el Mundo Atlántico. 1844-1916.* Santa Rosa, Universidad Nacional de La Pampa, 2012.



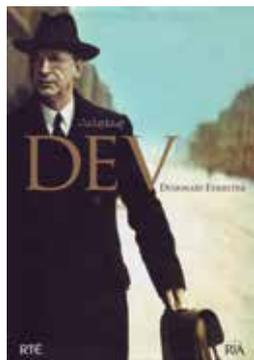
▪ **O'Brien, Paul.** *Practical Grammar of the Irish Language.* Dublin, H. Fitzpatrick, 1809.



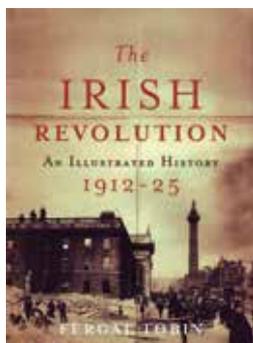
▪ **Dr. George A. Little.** *Dublin before the Vikings. An Adventure in Discovery.* Dublin, M. H. Gill and son Ltd, 1957.



▪ **King, Linda; Sisson, Elaine (eds.).** *Ireland. Design and visual culture: Negotiating Modernity 1922-1992.* Cork, Cork University Press, 1998.



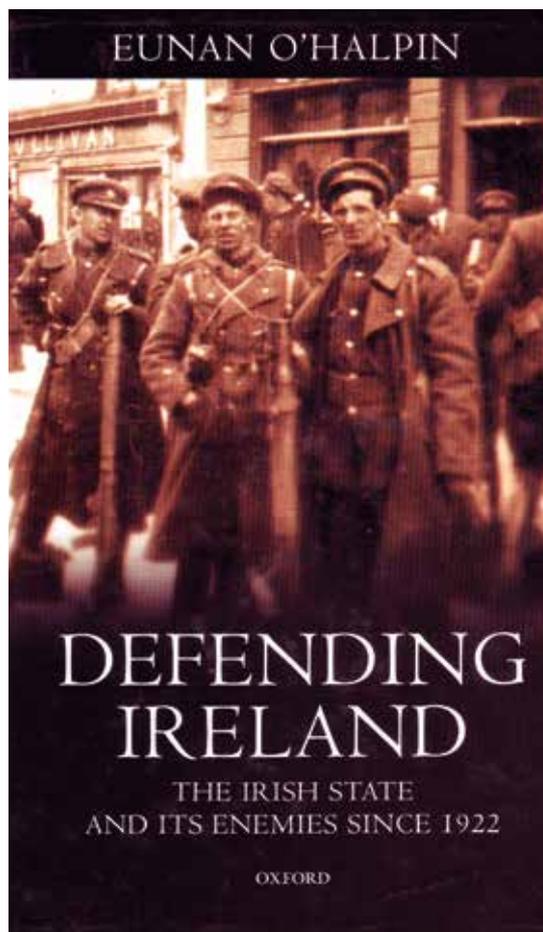
▪ **Ferriter, Diarmaid.** *Judging Dev.* Dublin, Royal Irish Academy, 2007.



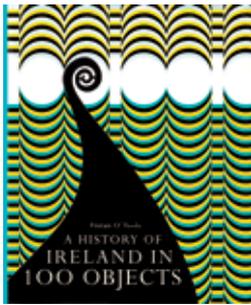
▪ **Tobin, Fergal.** *The Irish Revolution. An Illustrated History 1912-1925.* Dublin, Gill & MacMillan, 2013.



▪ **Bowman, John.** *De Valera and the Ulster Question 1917-1973.* Oxford, Oxford University Press, 1982.



▪ **O'Halpin, Eunan.** *Defending Ireland. The Irish State and its Enemies Since 1922.* Oxford, Oxford University Press, 1999.



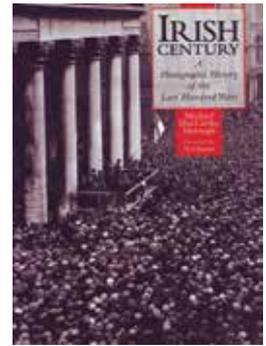
■ **O'Toole, Fintan.** *A History of Ireland in 100 objects.* Dublin, Royal Irish Academy, 2013.



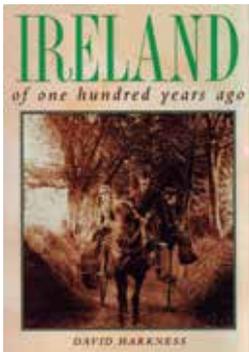
■ **Finck, Franz Nicolaus.** *Wörterbuch der auf den Araninseln gesprochenen westirischen mundart.* Marburg, Universitäts-Buchdruckerei (R. Friedrich), 1896.



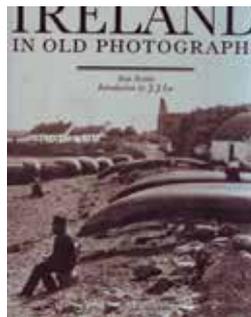
■ **Mac An Ghoill, M. H.** *Graiméar Gaeilge na nArdáidíre Chroístaí* [Gramática del gaélico]. S. d., 1960.



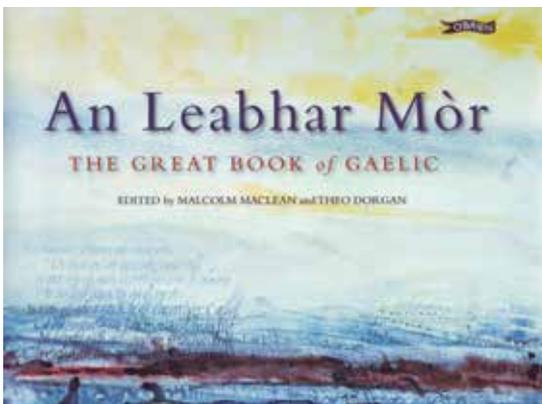
■ **Mac Carthy, Michael Morrogh.** *Irish Century. A Photographic History of the Last Hundred Years.* Lanham, Roberts Rinehart Publishers, 1998.



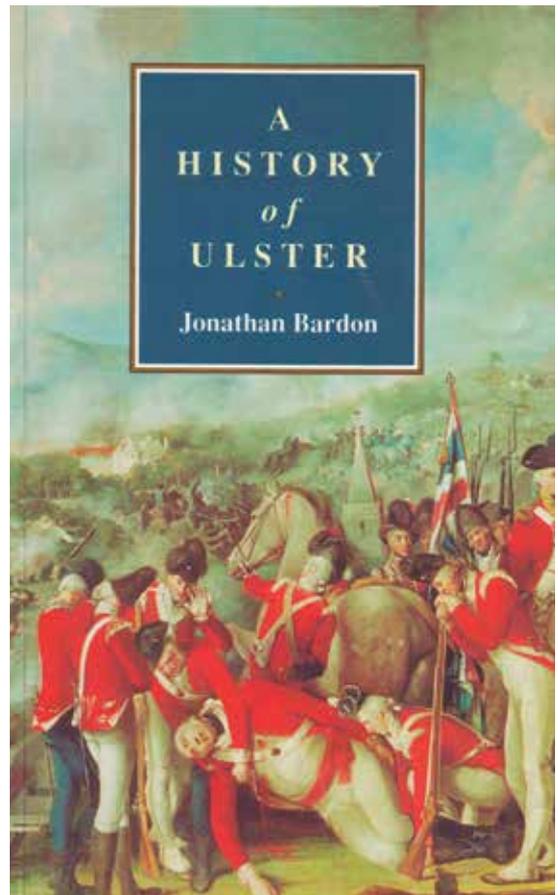
■ **Harkness, David.** *Ireland of One Hundred Years Ago.* Gloucestershire, Sutton Pub, 1999.



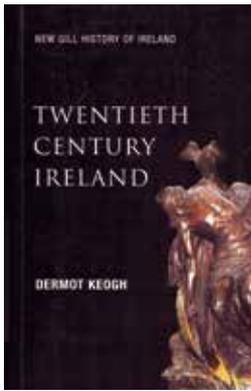
■ **Sexton, Sean.** *Ireland in Old Photographs.* Slovenia, Bulfinch Press, 1994.



■ **MacLean, Malcolm; Dorgan, Theo (eds.).** *An Leabhar Mòr. The Great Book of Gaelic.* Dublin, The O'Brien Press, 2002.



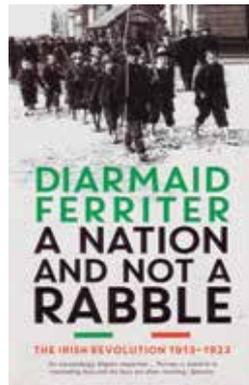
■ **Bardon, Jonathan.** *A History of Ulster.* Belfast, The Blackstaff Press Limited, 1993.



■ **Keogh, Dermot.** *Twentieth Century Ireland. Revolution and State Building.* Dublin, Gill and Mc Millan, 2005.



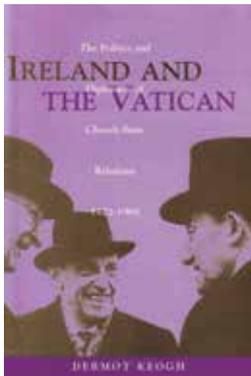
■ **De Paor, Liam.** *The Peoples of Ireland. From Prehistory to Modern Times.* Hutchinson, Melbourne, 1986.



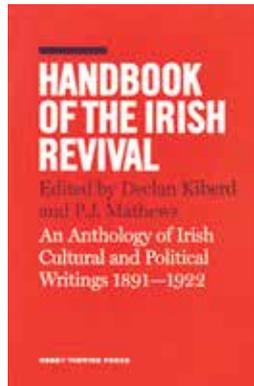
■ **Ferriter, Diarmaid.** *A Nation and Not a Rabble.* London, Profile Books, 2015.



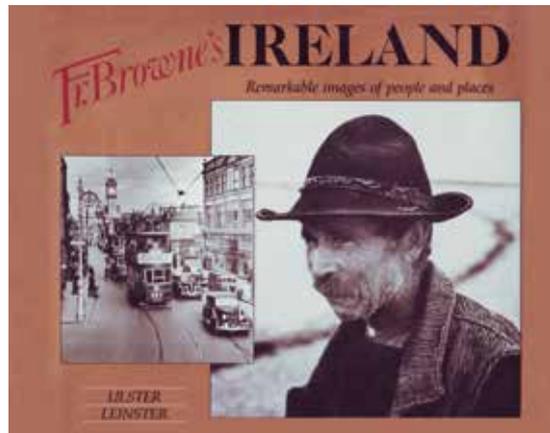
■ **Keogh, Dermot.** *Ireland & Europe 1919-1948.* Dublin, Gill and Macmillan, 1988.



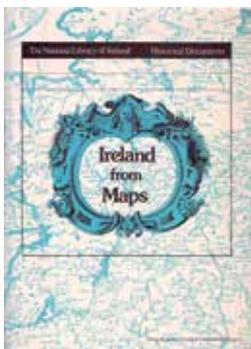
■ **Keogh, Dermot.** *Ireland and the Vatican. The Politics and Diplomacy of Church-State Relations, 1922-1960.* Cork, Cork University Press, 2005.



■ **Kiberd, Declan; P. J. Mathews (eds.).** *Handbook of the Irish Revival. An Anthology of Irish Cultural and Political Writings 1891-1922.* Dublin, Abbey Theatre Press, 2012.



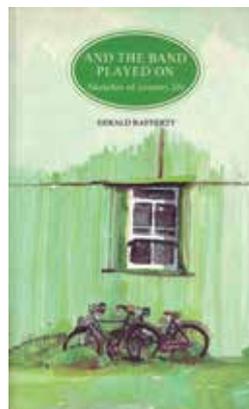
■ **O'Donnell, E. E.; Browne, F. Fr.** *Browne's Ireland. Remarkable Images of People and Places.* Dublin, Wolfhound Press, 1989.



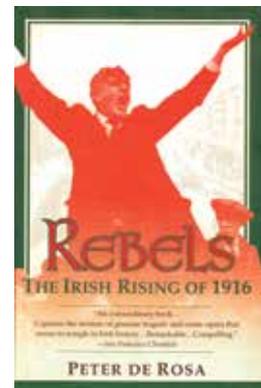
■ **Ireland from Maps.** The National Library of Ireland, 1980.



■ **Treasures of Early Irish Art. 1500 B. C.-1500 A. C.** New York, The Metropolitan Museum of Art, 1977.



■ **Rafferty, Gerald.** *And the band played on. Sketches of Ulster lifes.* Belfast, s. e., 1990.



■ **De Rosa, Peter.** *Rebels. The Irish Rising of 1916.* New York, Ballantine Books, 1990.

III DE

R

Laratis

Confrenolam

orotim

oram

Regia

o Lameric

C. alstrombre

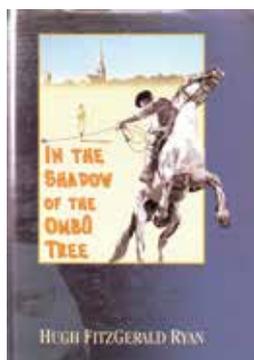
Sanbrandam

(E

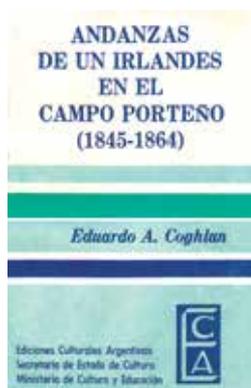
■ Autores irlandeses en Argentina



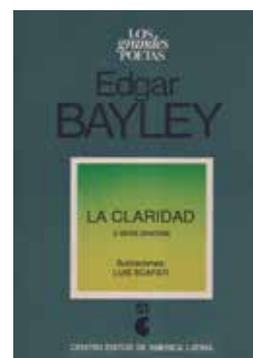
■ **Bulfin, William.** *El fanatismo sinfinista. A propósito del problema irlandés.* Buenos Aires, s. e., 1920.



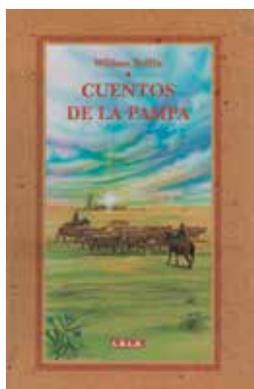
■ **Fitzgerald Ryan, Hugh.** *In the Shadow of the Ombu Tree.* Enniscorthy, Chaos Press, 2005.



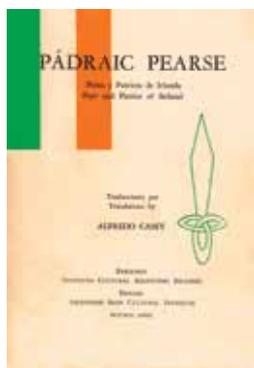
■ **Coghlan, Eduardo A.** *Andanzas de un irlandés en el campo porteño (1845-1864).* Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981.



■ **Bayley, Edgar.** *La claridad y otros poemas.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1989.



■ **Bulfin, William.** *Cuentos de La Pampa.* Buenos Aires, L. O. L. A., 1997.



■ **Pearse, Pádraic.** *Pádraic Pearse. Poeta y Patriota de Irlanda.* Buenos Aires, Instituto Cultural, 1979.



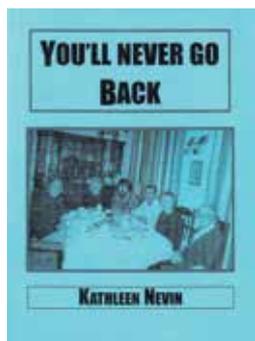
■ **Coghlan, Eduardo A.** *Fundadores de la segunda época: los irlandeses.* Buenos Aires, s. e., 1967.



■ **Carroll, Eduardo.** *El ángel demorado.* Buenos Aires, Rialpa, 1966.



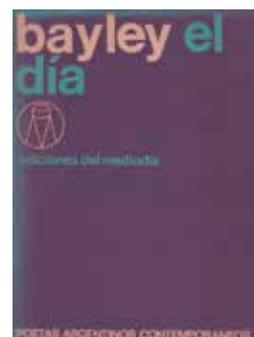
▪ **Zuntini de Izarra, Laura Patricia.** *Narrativas de la diáspora irlandesa bajo la Cruz del Sur.* Buenos Aires, Corregidor, 2011.



▪ **Nevin, Kathleen.** *You'll Never Go Back.* Maynooth, The Cardinal Press, 1999.



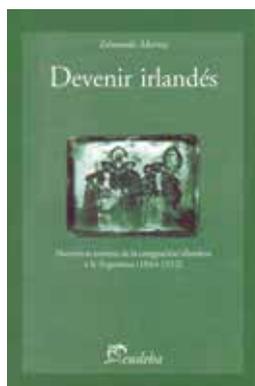
▪ **Korol, Juan; Sabato, Hilda.** *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1981.



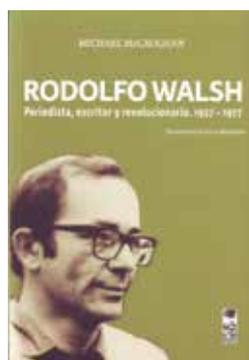
▪ **Bayley, Edgar.** *El día.* Buenos Aires, Ediciones del Mediodía, 1968.



▪ **Bayley, Edgar.** *Realidad interna y función de la poesía.* Buenos Aires, Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, 1952.



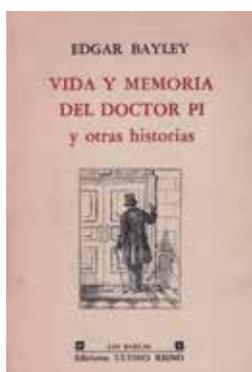
▪ **Murray, Edmundo.** *Devenir irlandés. Narrativas íntimas de la emigración irlandesa a la Argentina, 1844-1912.* Buenos Aires, Eudeba, 2004.



▪ **McCaughan, Michael.** *Rodolfo Walsh. Periodista, escritor y revolucionario, 1927-1977.* Traducido por Julia Benseñor. Buenos Aires, Lom, 2015.



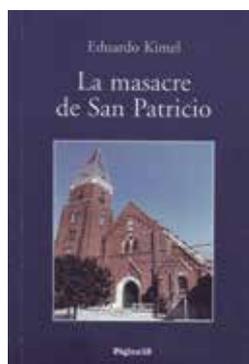
▪ **Cooke, John William.** *La lucha por la liberación nacional.* Buenos Aires, Granica editor, 1973.



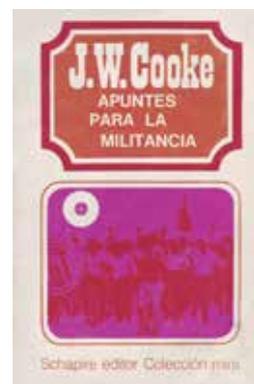
▪ **Bayley, Edgar.** *Vida y memoria del doctor Pi y otras historias.* Buenos Aires, Último Reino, 1983.



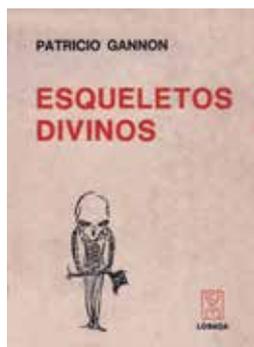
▪ **Bayley, Edgar.** *Todo el viento del mundo.* Buenos Aires, Mondadori, 2000.



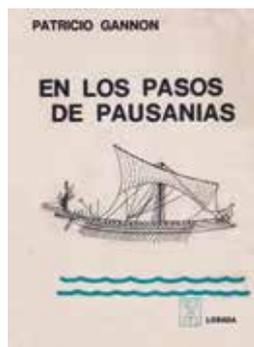
▪ **Kimel, Eduardo.** *La masacre de San Patricio.* Buenos Aires, Lohle-Lumen-Página 12, 1995.



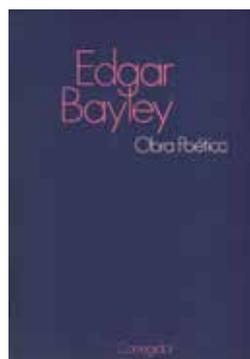
▪ **Cooke, John William.** *Apuntes para la militancia.* Buenos Aires, Schapire, 1972.



▪ **Gannon, Patricio.** *Esqueletos divinos.* Buenos Aires, Losada, 1971.



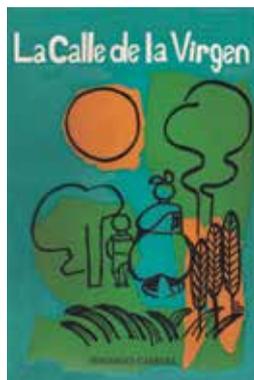
▪ **Gannon, Patricio.** *En los pasos de Pausanias.* Buenos Aires, Losada, 1967.



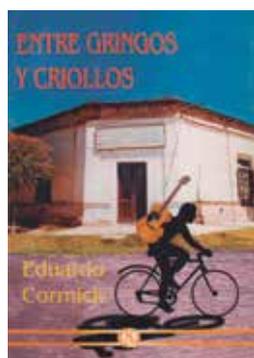
▪ **Bayley, Edgar.** *Obra Poética.* Buenos Aires, Corregidor, 1976.



▪ **Carroll, Eduardo.** *El patio. Motivos del amor y la noche enamorada.* Buenos Aires, Ismael B. Colombo, 1965.



▪ **Carroll, Eduardo.** *La calle de la virgen.* Buenos Aires, Editorial Médico Quirúrgica, 1976.



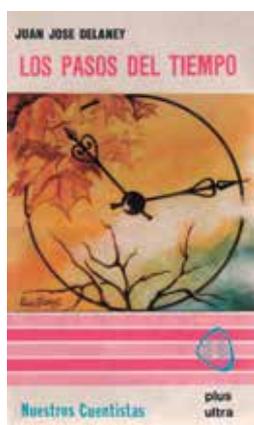
▪ **Cormick, Eduardo.** *Entre gringos y criollos.* Junín, De las Tres Lagunas, 2006.



▪ **Casey, Alfredo.** *Dos siglos de poesía norteamericana. Poetas blancos y negros de los Estados Unidos.* Buenos Aires, Claridad, 1944.



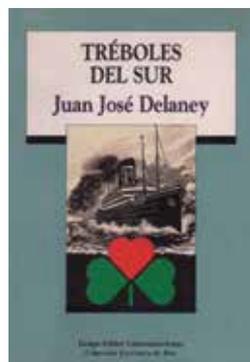
▪ **Fondebrider, Jorge; Gambolini, Gerardo (eds.).** *Poesía irlandesa contemporánea.* Buenos Aires, Tierra Firme, 1999.



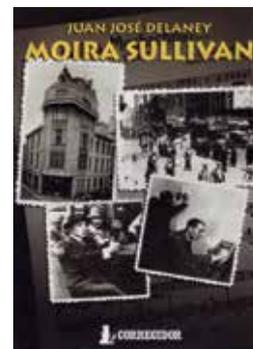
▪ **Delaney, Juan José.** *Los pasos del tiempo.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1978



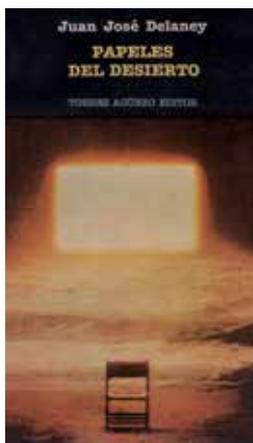
▪ **Anderson Imbert, Enrique.** *Obras completas. Cuentos VI.* Buenos Aires, Corregidor, 1995.



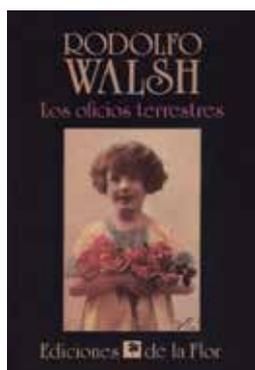
▪ **Delaney, Juan José.** *Tréboles del sur.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.



▪ **Delaney, Juan José.** *Moira Sullivan.* Buenos Aires, Corregidor, 1999.



■ **Delaney, Juan José.** *Papeles del desierto.* Buenos Aires, Torres Agüero, 1991.



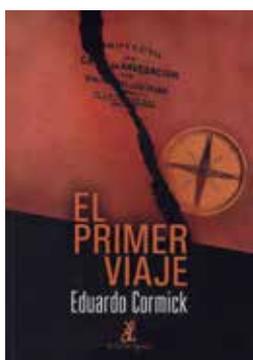
■ **Walsh, Rodolfo.** *Los oficios terrestres.* Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1965.



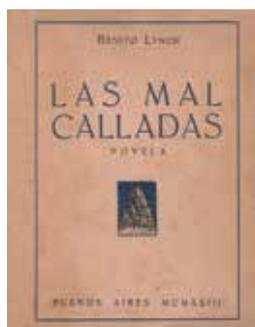
■ **Walsh, Rodolfo.** *Un oscuro día de justicia.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.



■ **Moore, Esteban.** *Tiempos que van.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1994.



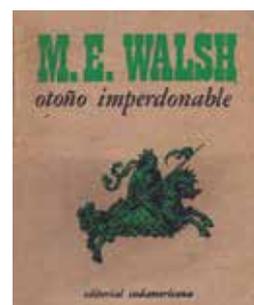
■ **Cormick, Eduardo.** *El primer viaje.* Junín, Ediciones de las Tres Lagunas, 2010.



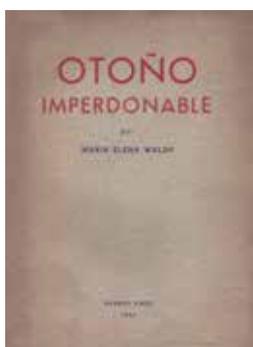
■ **Lynch, Benito.** *Las mal llamadas.* Buenos Aires, Babel, 1923.



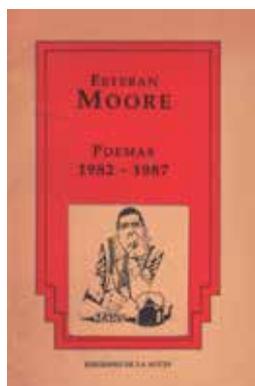
■ **Delaney, Juan José.** *La carcajada.* Buenos Aires, Plus Ultra, 1974.



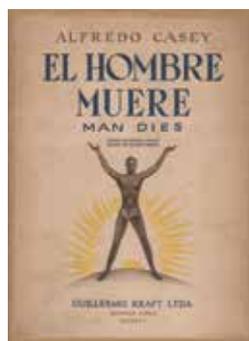
■ **Walsh, María Elena.** *Otoño imperdonable.* Buenos Aires, Sudamericana, 1970.



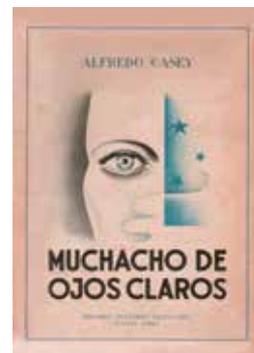
■ **Walsh, María Elena.** *Otoño imperdonable.* Buenos Aires, s. d., 1947.



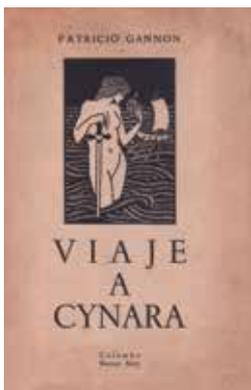
■ **Moore, Esteban.** *Poemas, 1982-1987.* Buenos Aires, Ediciones de la Aguja, 1994.



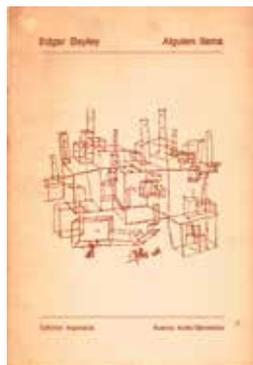
■ **Casey, Alfredo.** *El hombre muere. Man Dies.* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1945.



■ **Casey, Alfredo.** *Muchacho de ojos claros.* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1942.



▪ **Gannon, Patricio.** *Viaje a Cynara.* Buenos Aires, Colombo, 1957.



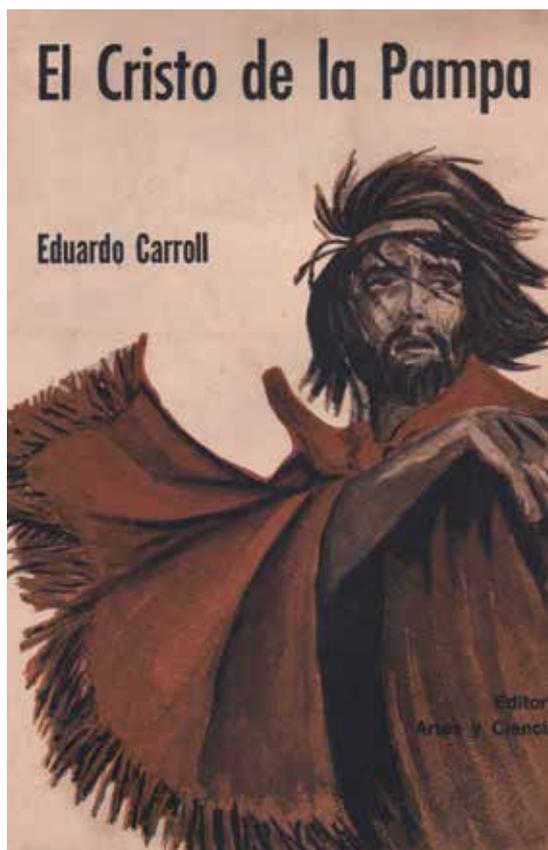
▪ **Bayley, Edgar.** *Alguien llama.* Buenos Aires, Argonauta, 1983.



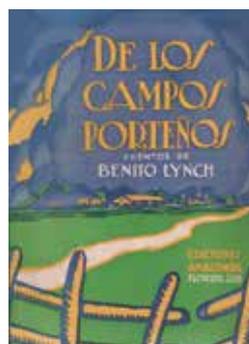
▪ **Carroll, Eduardo.** *Cuentos de suspenso en veinte estancias argentinas.* Buenos Aires, Vinciguerra, 1994.



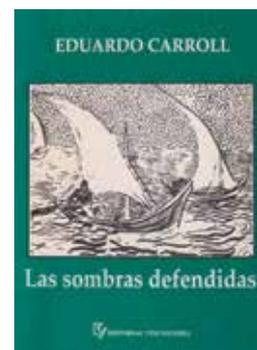
▪ **Lynch, Benito.** *El inglés de los güesos.* Buenos Aires, Troquel, 1959.



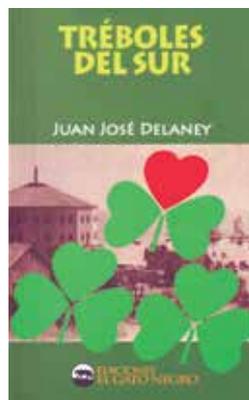
▪ **Carroll, Eduardo.** *El Cristo de la Pampa.* Buenos Aires, Artes y Ciencias, 1969.



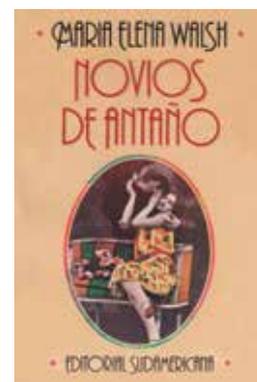
▪ **Lynch, Benito.** *De los campos porteños.* Buenos Aires, Librerías Anaconda, 1931.



▪ **Carroll, Eduardo.** *Las sombras defendidas.* Buenos Aires, Vinciguerra, 1991.



▪ **Delaney, Juan José.** *Tréboles del sur.* Buenos Aires, El gato negro, 1994.



▪ **Walsh, María Elena.** *Novios de antaño.* Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Droze

Rebn

irlanda

donvelim

Robs

Bie

ardroim

vitello

arcello

tenas

a
ich

orforda

risalt

elebam

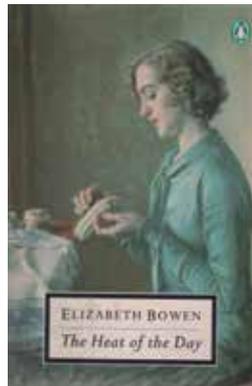
fredit

Gana

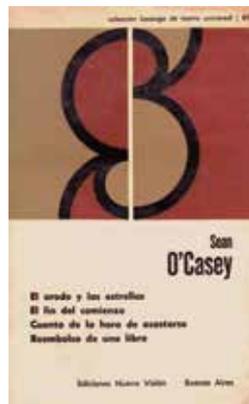
■ Literatura irlandesa



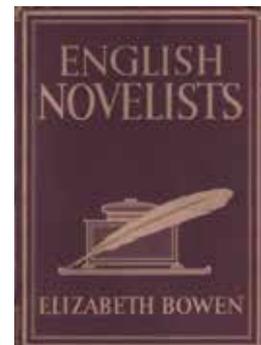
■ Ó Conghaile, Micheál. *Leabhar Mór Na Namhrán*. S. L., Brunswick Press, 2012.



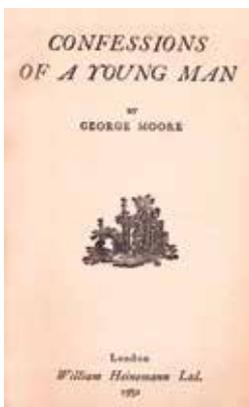
■ Bowen, Elizabeth. *The Heat of the Day*. London, Penguin Books, 1976.



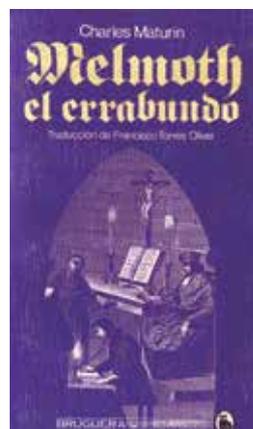
■ O'Casey, Sean. *El arado y las estrellas; El fin del comienzo; Cuento de la hora de acostarse; Reembolso de una libra*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1961.



■ Bowen, Elizabeth. *English Novelists*. London, William Collins, 1942.



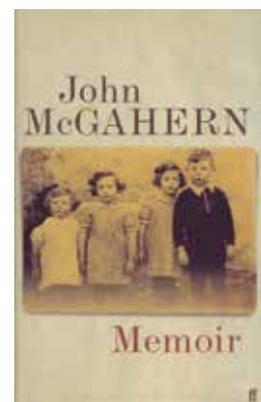
■ Moore, George. *Confessions of a Young Man*. London, William Heinemann, 1952.



■ Maturin, Charles. *Melmoth el errabundo*. Barcelona, Bruguera, 1976.



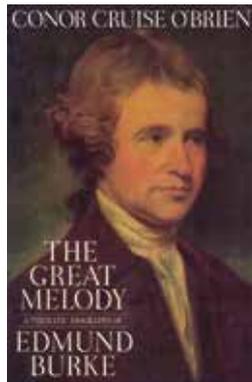
■ Swift, Jonathan. *Gulliver en el país de los enanos*. Buenos Aires, Biblioteca infantil La Abeja, 1941.



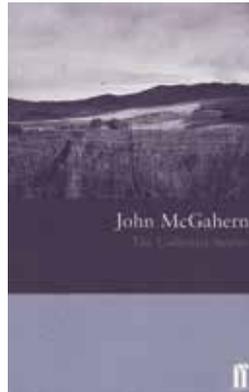
■ McGahern, John. *Memoir*. England, Faber and Faber, 2005.



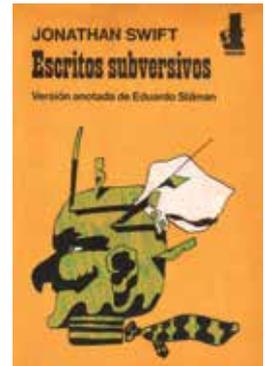
▪ **Le Fanù, Sheridan.** *El Familiar*. Buenos Aires, López Crespo, 1977.



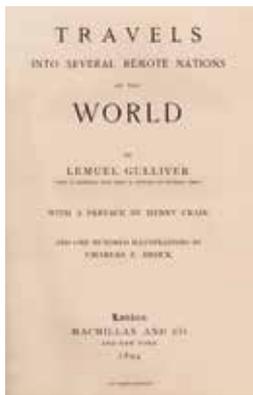
▪ **O'Brien, Conor Cruise.** *The Great Melody. A Thematic Biography of Edmund Burke*. London, Sinclair-Stevenson, 1992.



▪ **McGahern, John.** *The Collected Stories*. London, Faber & Faber, 1993.



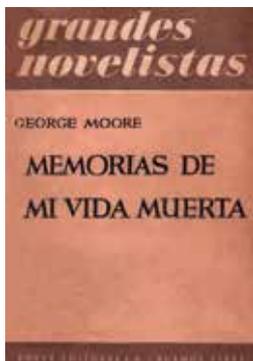
▪ **Swift, Jonathan.** *Escritos subversivos*. Buenos Aires, Corregidor, 1974.



▪ **Swift, Jonathan.** *Travels Into Several Remote Nations of the World by Lemuel Gulliver*. London, Macmillan, 1894.



▪ **O'Flaherty, Liam.** *Insurrección*. Buenos Aires, Emecé, 1972.



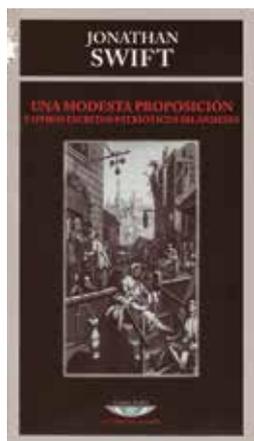
▪ **Moore, George.** *Memorias de mi vida muerta*. Buenos Aires, Emecé, 1949.



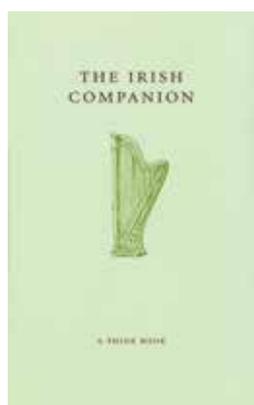
▪ **Kiberd, Declan.** *Irish Classics*. London, Granta Books, 2001.



▪ **O'Brien, Kate.** *Esa dama*. Buenos Aires, Edhasa, 1987.



▪ **Swift, Jonathan.** *Una modesta proposición y otros escritos patrióticos irlandeses.* Buenos Aires, El cuenco de plata, 2010.



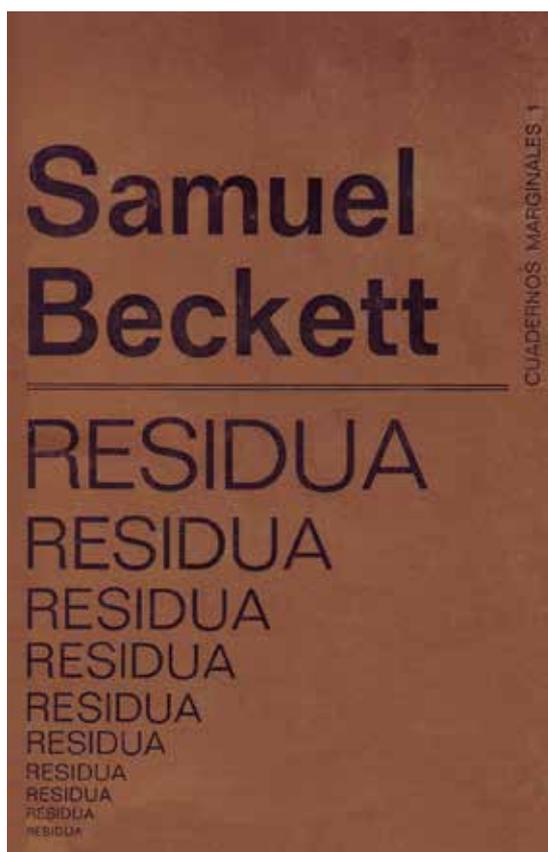
▪ **Nolan, Brendan.** *The Irish Companion.* London, s. e., 2006.



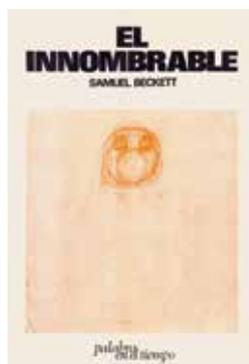
▪ **Beckett, Samuel.** *Esperando a Godot.* Buenos Aires, Ediciones del mediodía, 1973.



▪ **Beckett, Samuel.** *The Complete Dramatic Works.* London, Faber & Faber, 1990.



▪ **Beckett, Samuel.** *Residua. De una obra abandonada. Basta. Imaginación muerta imagina. Bing.* Barcelona, Tusquets, 1969.



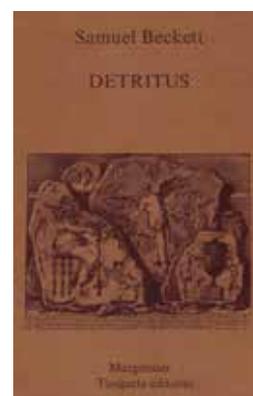
▪ **Beckett, Samuel.** *El innombrable.* Barcelona, Lumen, 1966.



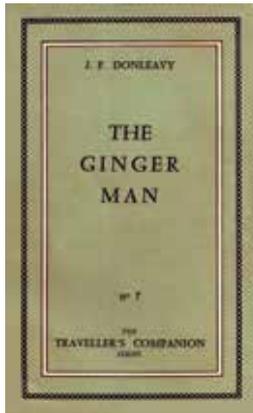
▪ **Dubatti, Jorge (comp.).** *Samuel Beckett en la Argentina.* Buenos Aires, Eudeba, 1998.



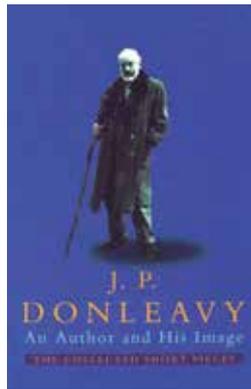
▪ **Beckett, Samuel.** *Esperando a Godot.* Barcelona, Tusquets, 1982.



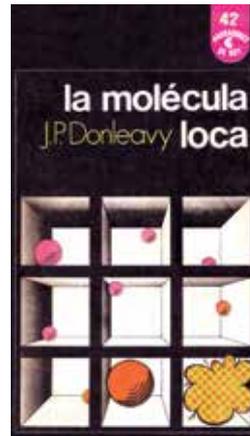
▪ **Beckett, Samuel.** *Detritus.* Barcelona, Tusquets, 1977.



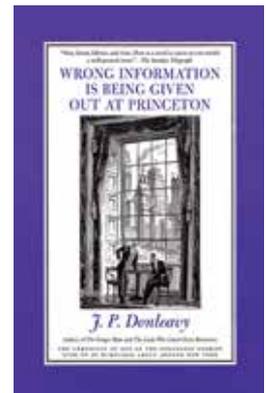
■ Donleavy, J. P. *The Ginger Man*. France, Traveller's Companion, 1955.



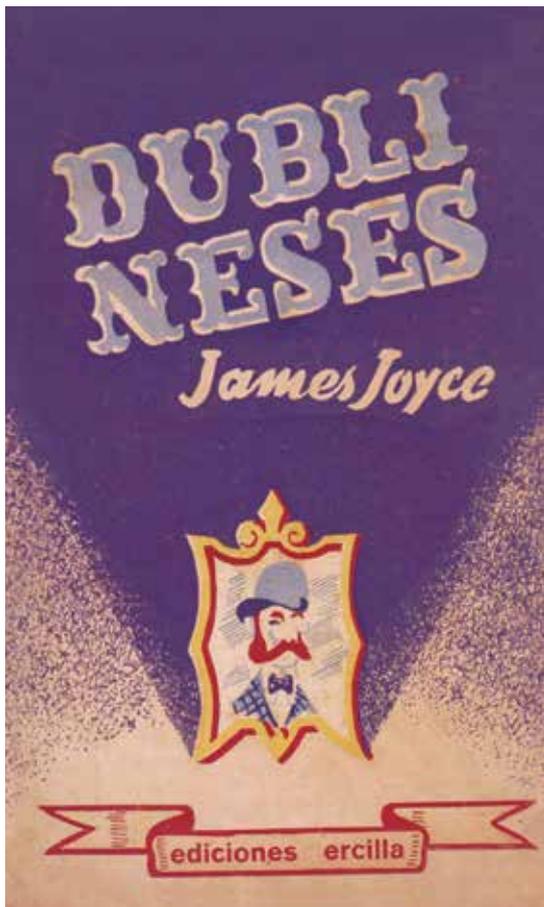
■ Donleavy, J. P. *An Author and His Image. The Collected Short Pieces*. England, Vinking press, 1997.



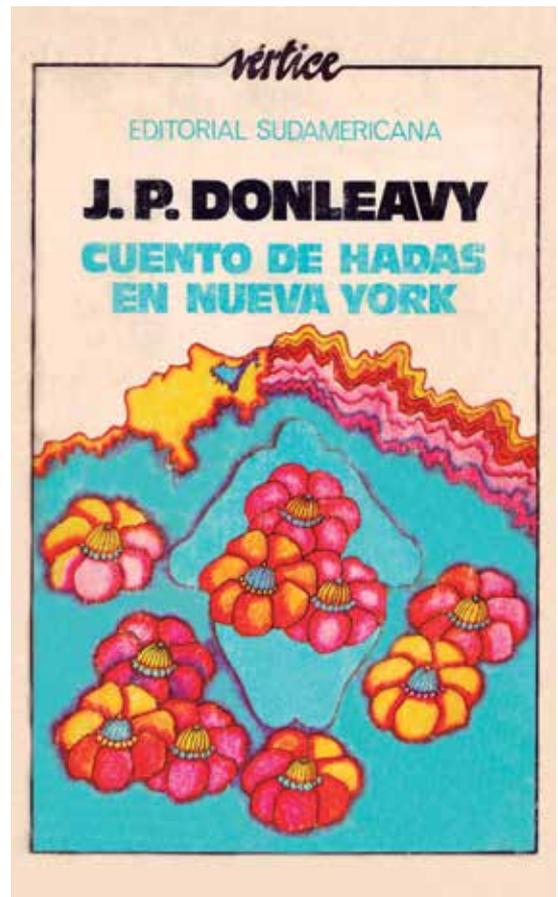
■ Donleavy, J. P. *La molécula loca*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.



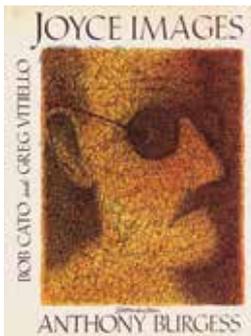
■ Donleavy, J. P. *Wrong Information is Being Given out at Princeton*. New York, St. Martin Press, 1998.



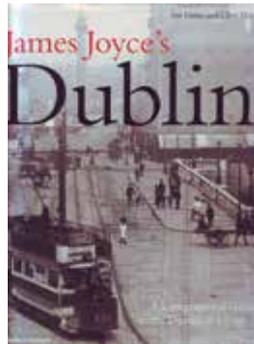
■ Joyce, James. *Dublineses*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941.



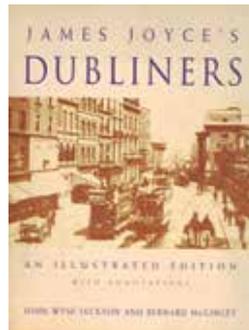
■ Donleavy, J. P. *Cuento de hadas en Nueva York*. Buenos Aires, Sudamericana, 1973.



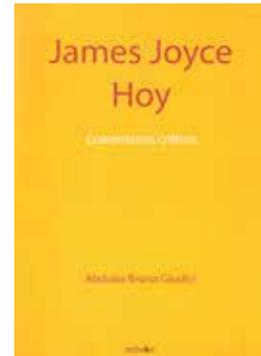
▪ Cato, Bob; Vitiello, Greg. *Joyce Images*. Italy, s. e., 1994.



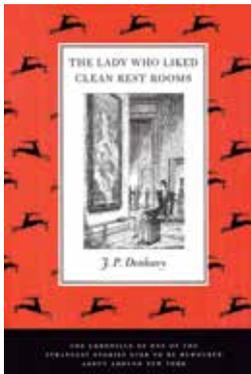
▪ Iann, Gunn; Hart, Clive. *James Joyce's Dublin. A Topographical Guide to the Dublin of Ulysses*. London, Thames & Hudson, 2004.



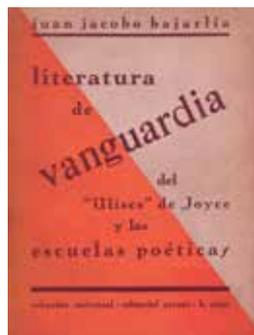
▪ Joyce, James. *Dubliners*. Great Britain, Sinclair Stevenson, 1993.



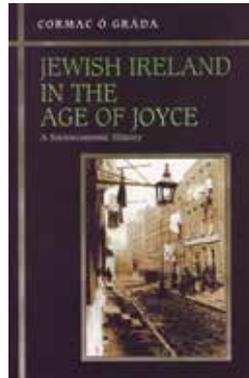
▪ Giudice, Abdulio Bruno. *James Joyce Hoy*. Buenos Aires, Nobuko, 2005.



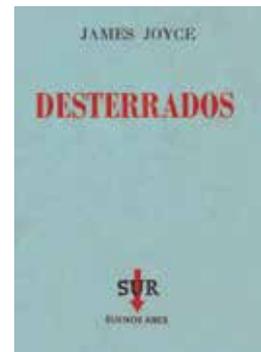
▪ Donleavy, J. P. *The lady Who Liked Clean Rest Rooms*. New York, St. Martin Press, 1997.



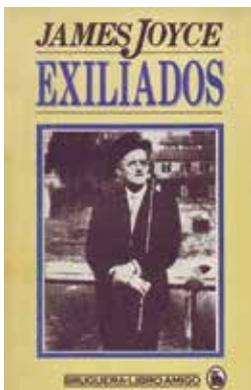
▪ Bajarlia, Juan Jacobo. *Literatura de vanguardia. Del "Ulises" de Joyce y las escuelas poéticas*. Buenos Aires, Araujo, 1946.



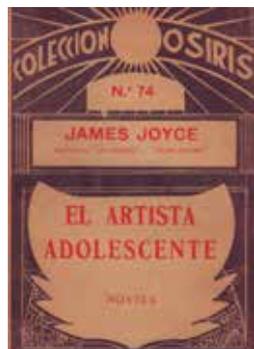
▪ O Gráda, Cormac. *Jewish Ireland in the Age of Joyce. A Socioeconomic History*. New Jersey, Princeton University Press, 2006.



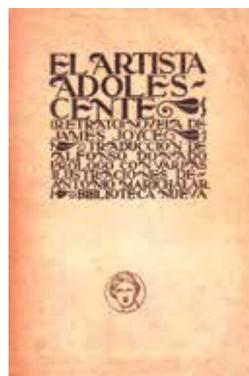
▪ Joyce, James. *Desterrados*. Buenos Aires, Sur, 1957.



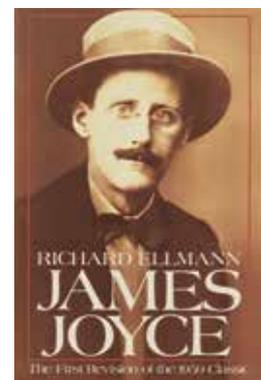
▪ Joyce, James. *Exiliados*. Barcelona, Bruguera, 1981.



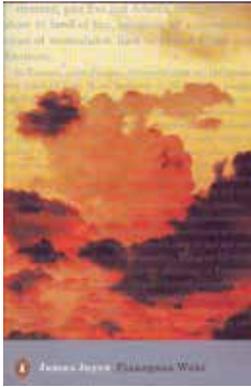
▪ Joyce, James. *El artista adolescente*. Santiago de Chile, Osiris, 1935.



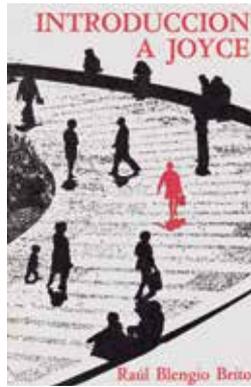
▪ Joyce, James. *El artista adolescente (Retrato)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1926.



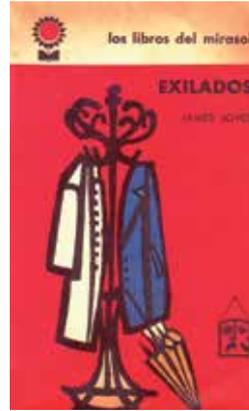
▪ Ellmann, Richard. *James Joyce*. Oxford, Oxford University Press, 1998.



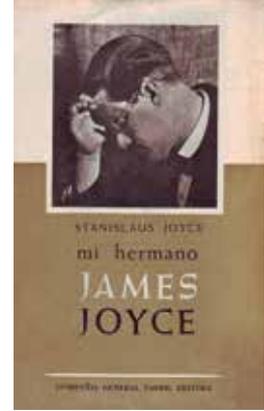
▪ Joyce, James. *Finnegans Wake*. London, Penguin, 2000.



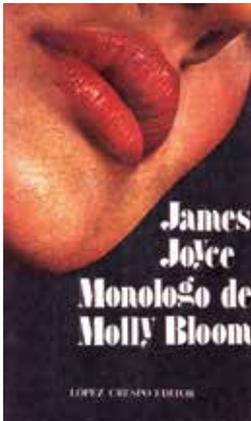
▪ Brito Blengio, Raúl. *Introducción a Joyce*. Montevideo, Biblioteca Nacional, 1972.



▪ Joyce, James. *Exilados*. Buenos Aires, Fabril editora, 1961.



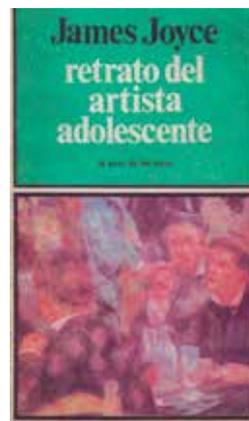
▪ Joyce, Stanislaus. *Mi hermano James Joyce*. Buenos Aires, Compañía Fabril Editora, 1961.



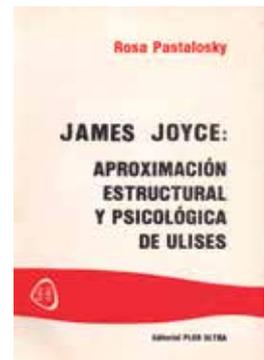
▪ Joyce, James. *Monólogo de Molly Bloom*. Buenos Aires, López Crespo Editor, 1977.



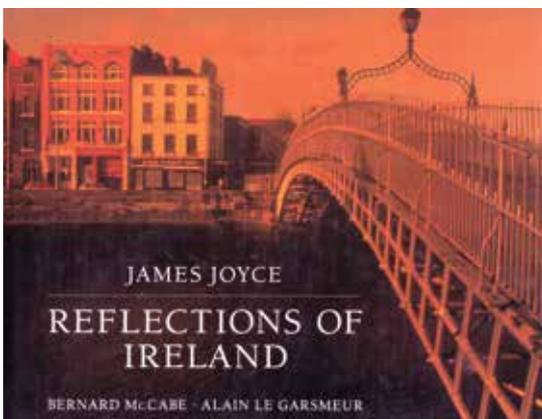
▪ AA. VV. *Joyce*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.



▪ Joyce, James. *Retrato del artista adolescente*. Puebla, Premia, 1992.



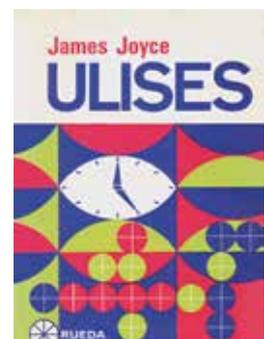
▪ Pastalosky, Rosa. *James Joyce: Aproximación estructural y psicológica de Ulises*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.



▪ McCabe, Bernard; Le Garsmeur, Alain. *James Joyce. Reflections of Ireland*. UK, s. e., 1993.



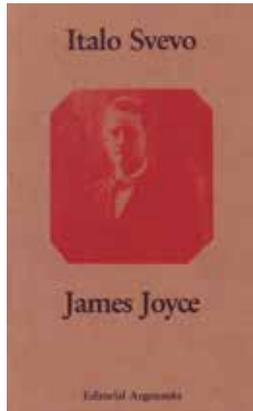
▪ Tindall, William York. *Guía para la lectura de James Joyce*. Caracas, Monte Ávila, 1971.



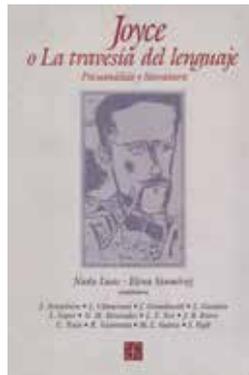
▪ Joyce, James. *Ulises*. Buenos Aires, Rueda, 1986.



▪ Revol, Enrique Luis. *La tradición imaginaria. De Joyce a Borges*. Córdoba, Teuco, 1971.



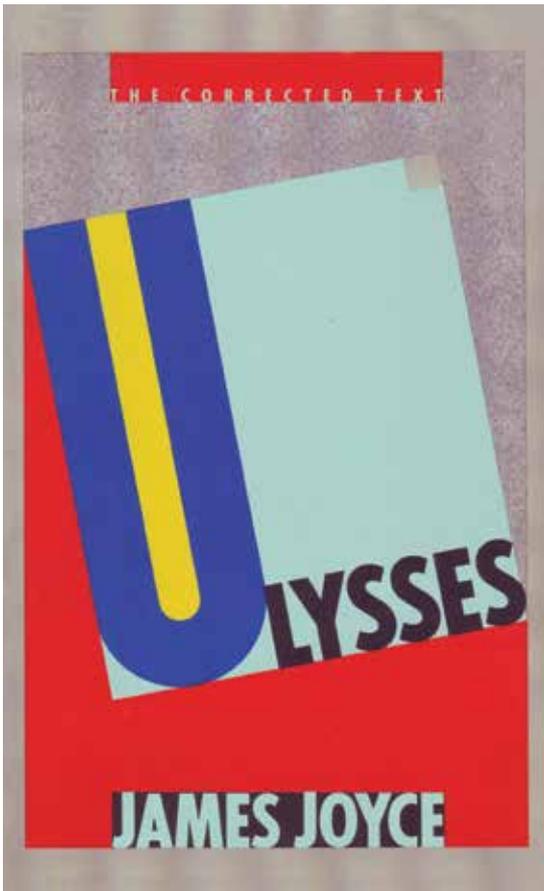
▪ Svevo, Italo. *James Joyce*. Barcelona, Argonauta, 1990.



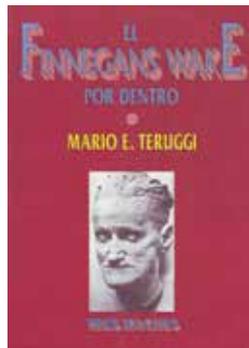
▪ Lasie, Nadia; Szumiraj, Elena (comps.). *Joyce o La travesía del lenguaje*. Buenos Aires, FCE, 1993.



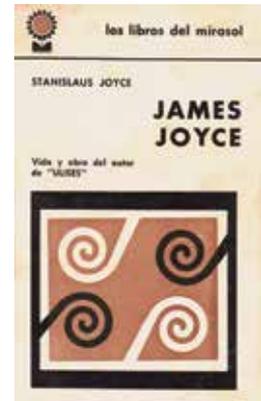
▪ Joyce, James. *Poesía completa*. Puebla, Premia, 1981.



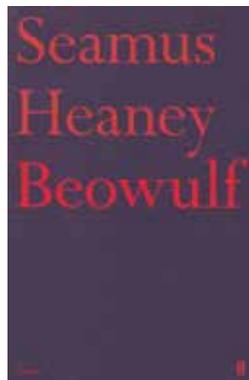
▪ Joyce, James. *Ulysses*. New York, Vintage Books, 1986.



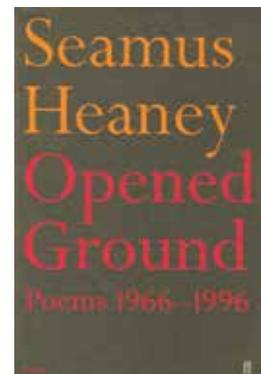
▪ Teruggi, Mario E. *El Finnegans Wake por dentro*. Buenos Aires, Tres Haches, 1995.



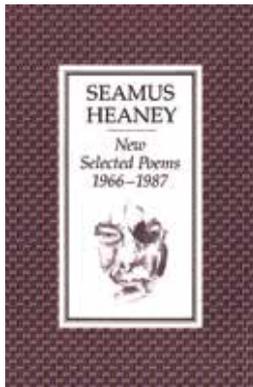
▪ Joyce, Stanislaus. *James Joyce. Vida y obra del autor de "Ulises"*. Buenos Aires, Fabril editora, 1968.



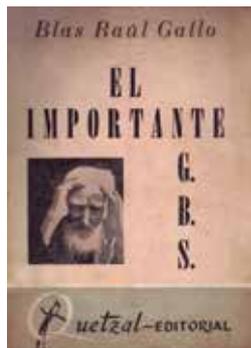
▪ Heaney, Seamus. *Beowulf*. London, Faber & Faber, 1998.



▪ Heaney, Seamus. *Opened Ground. Poems 1966-1996*. London, Faber & Faber, 1998.



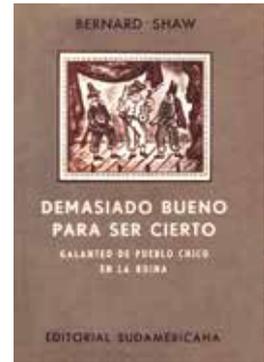
■ Heaney, Seamus. *New Selected Poems 1966-1987*. London, Faber & Faber, 1990.



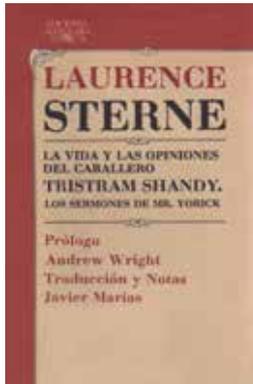
■ Gallo, Blas Raúl. *El importante G. B. S.: Ensayo crítico sobre la vida y obra de George Bernard Shaw*. Buenos Aires, Quetzal, 1956.



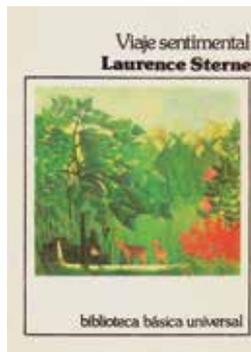
■ Shaw, George Bernard. *Guía política de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Losada, 1946.



■ Shaw, George Bernard. *Demasiado bueno para ser cierto. Galanteo de pueblo chico en la ruina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1963.



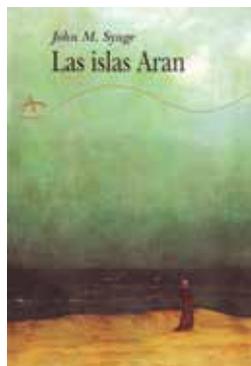
■ Sterne, Laurence. *La vida y las opiniones del caballero Tristram Shandy. Los sermones de Mr. Yorick*. Madrid, Alfaguara, 1978.



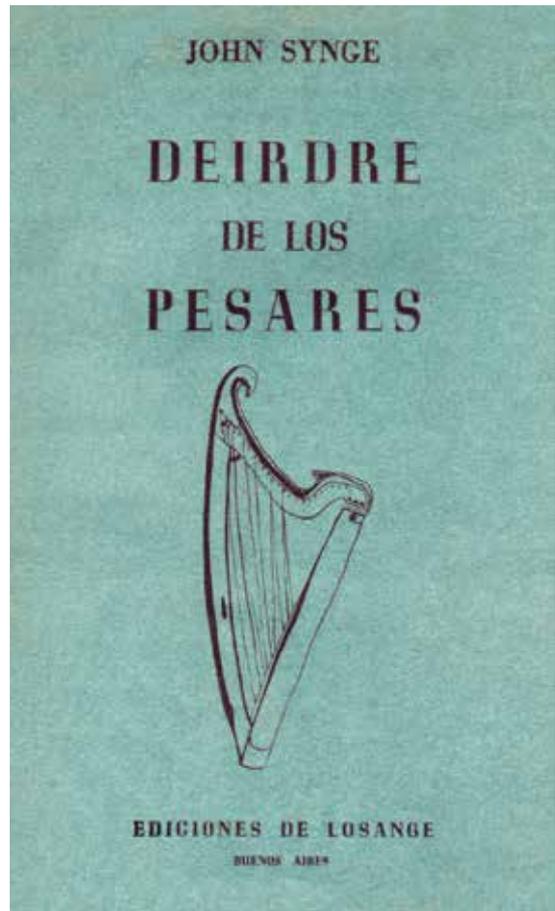
■ Sterne, Laurence. *Viaje sentimental*. Buenos Aires, CEAL, 1981.



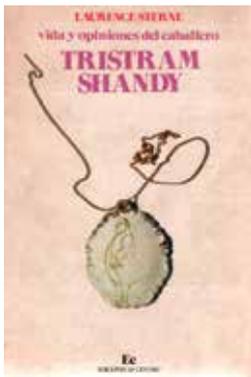
■ Synge, John. *El farsante más grande del mundo*. Buenos Aires, Ediciones del Carro de Tespis, 1959.



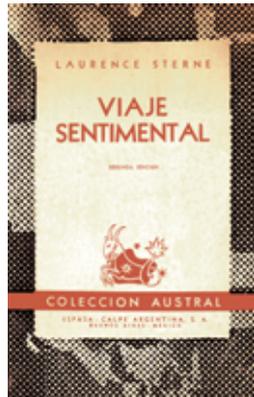
■ Synge, John M. *Las islas Aran*. Barcelona, Alba Editorial, 2000.



■ Synge, John. *Deirdre de los pesares*. Buenos Aires, Ediciones de Losange, 1954.



▪ **Sterne, Laurence.** *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy.* Madrid, Ediciones del Centro, 1975.



▪ **Sterne, Laurence.** *Viaje sentimental.* Buenos Aires, Espasa Calpe, 1948.



▪ **Yeats, William Butler.** *Dous folk-dramas.* Santiago de Compostela, Nós, 1935.



▪ **Peña, David.** *Oscar Wilde. Con un prólogo de Mariano de Vedia y Mitre.* Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina, 1922.



▪ **Wilde, Oscar.** *El abanico de Lady Windermere. Vera, ó los nihilistas. Salomé.* Buenos Aires, Schapire, 1968.



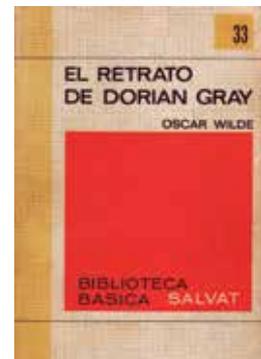
▪ **Wilde, Oscar.** *El abanico de Lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto.* Buenos Aires, Espasa Calpe, 1966.



▪ **Wilde, Oscar.** *El renacimiento del arte inglés.* Buenos Aires, Littere, 1945.



▪ **Wilde, Oscar.** *El ruiseñor y la rosa y otros cuentos de hadas.* Barcelona, José Olañeta editor, 1986.



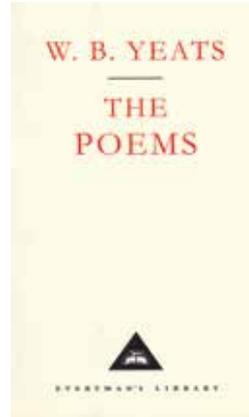
▪ **Wilde, Oscar.** *El retrato de Dorian Gray.* Navarra, Salvat, 1970.



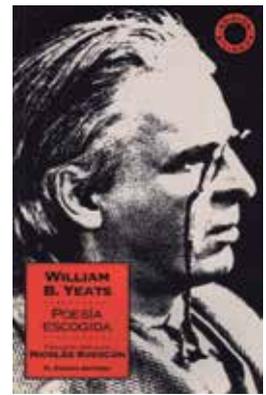
▪ AA. VV. *Los procesos de Oscar Wilde*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967.



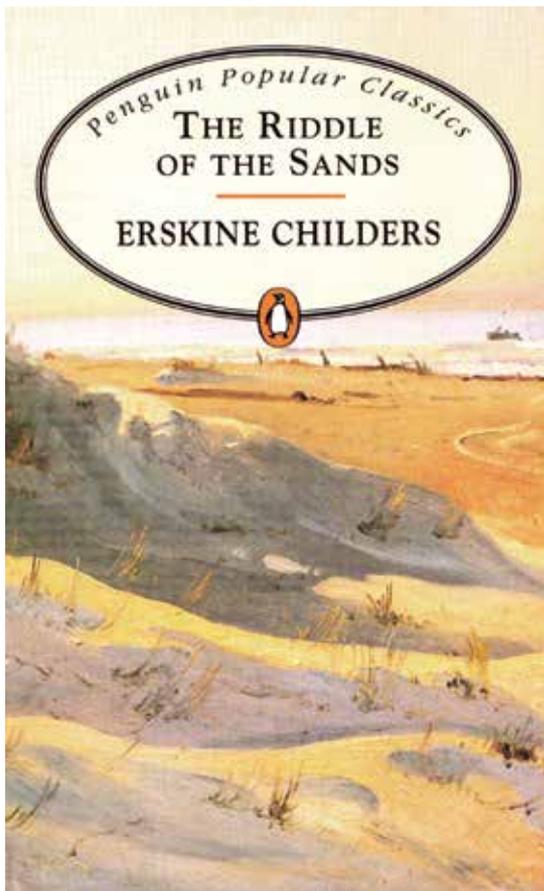
▪ Yeats, William Butler. *Poesía y teatro*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.



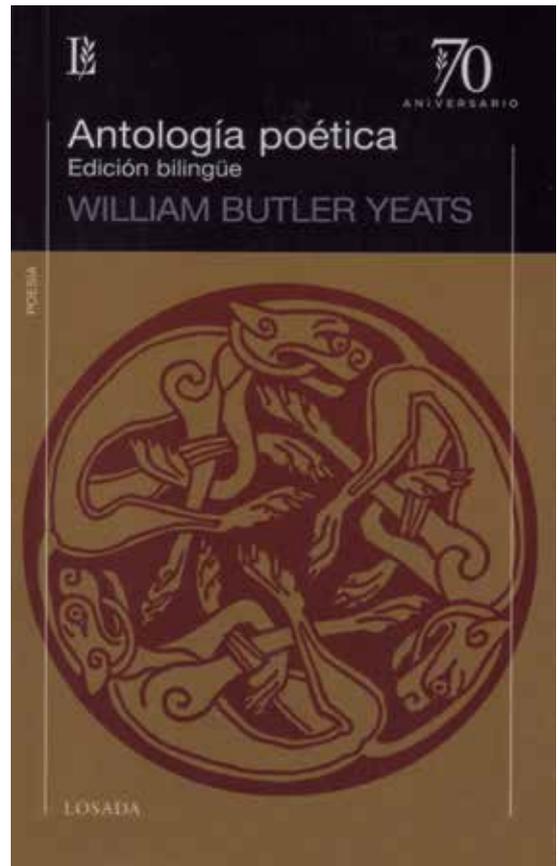
▪ Yeats, William Butler. *The Poems*. London, James Dent & Sons, 1990.



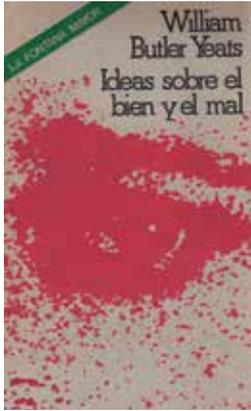
▪ Yeats, William Butler. *Poesía escogida*. Bogotá, El Áncora, 1996.



▪ Childers, Erskine. *The Riddle of the Sands*. England, Penguin books, 1995.



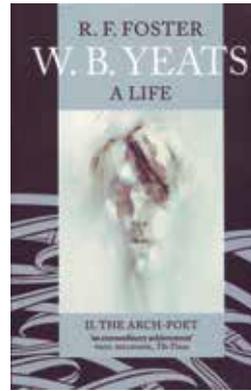
▪ Yeats, William Butler. *Antología poética: edición bilingüe*. Buenos Aires, Losada, 2010.



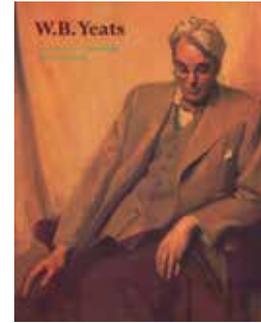
▪ Yeats, William Butler. *Ideas sobre el bien y el mal*. Madrid, Felmar, 1975.



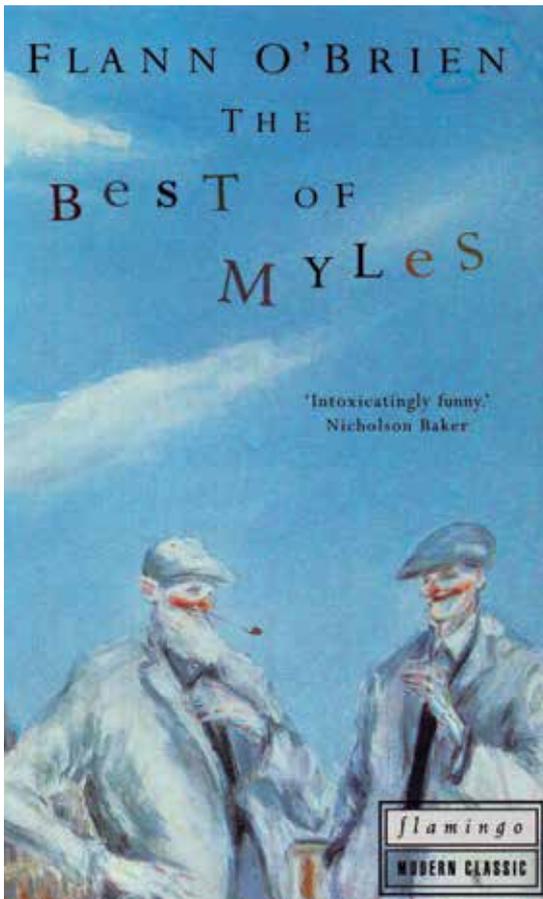
▪ Yeats, William Butler. *Autobiografías: ensueños sobre la infancia y la juventud*. Caracas, Monte Ávila, 1986.



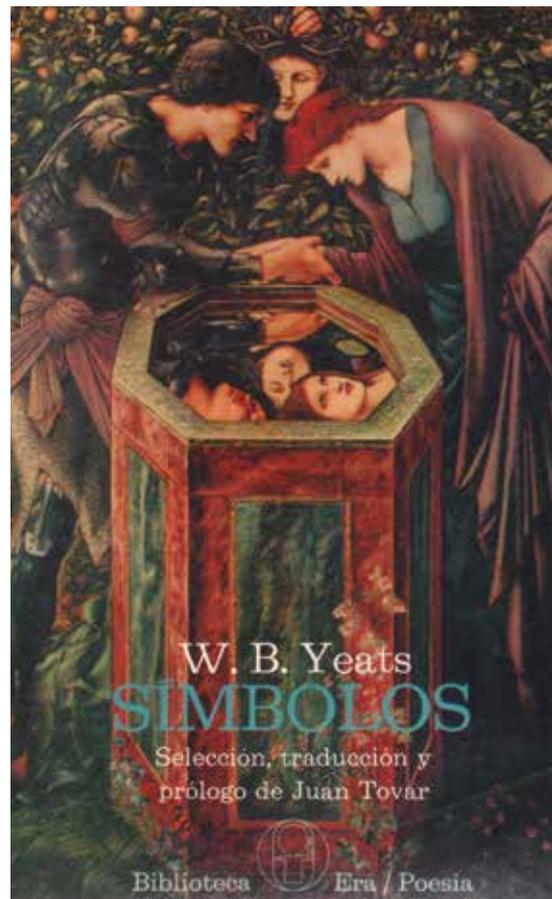
▪ Foster, R.F. *W. B. Yeats. A Life*. Oxford, Oxford University Press, 2003.



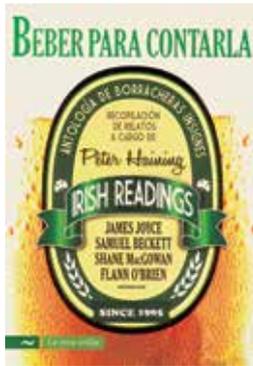
▪ Mac Liammóir, Micheál; Boland, Eavan. *W. B. Yeats*. España, Thames and Hudson, 1998.



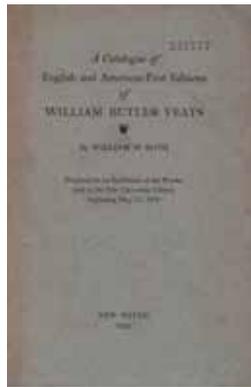
▪ O'Brien, Flann. *The Best of Myles*. London, Harper Collins, 1998.



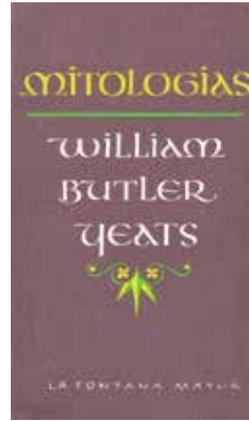
▪ Yeats, William Butler. *Símbolos*. México, Era, 1977.



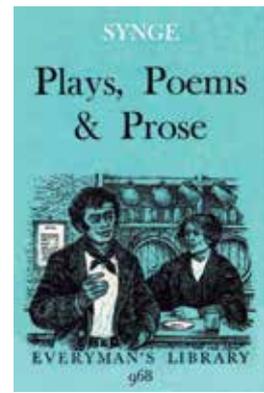
■ Haining, Peter. *Beber para contarla*. Buenos Aires, Norma, 2009.



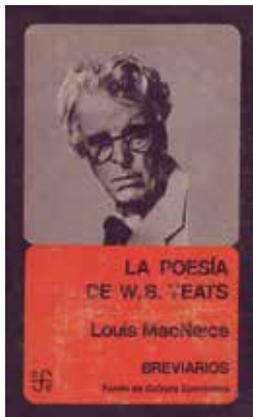
■ Yeats, William Butler. *A Catalogue of English and American First Editions*. New Haven, edición del autor, 1939.



■ Yeats, William Butler. *Mitologías*. Madrid, Ediciones Felmar, 1977.



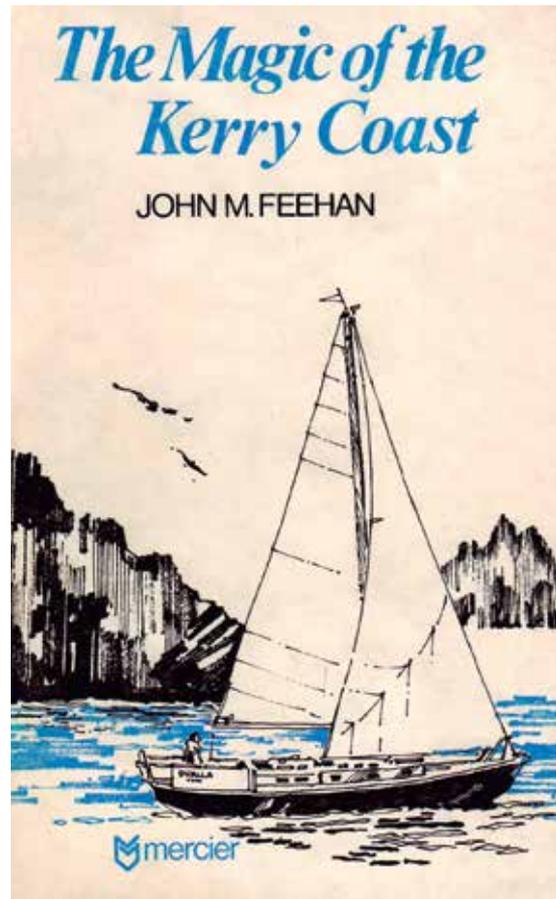
■ Synge, John. *Plays, Poems, & Prose*. London, J. M. Dent & Sons, 1961.



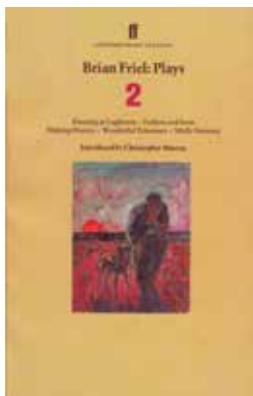
■ MacNeice, Louis. *La poesía de W. B. Yeats*. México, FCE, 1977.



■ Yeats, William Butler. *Mythologies*. London, MacMillan, 1959.



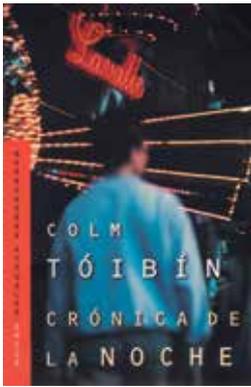
■ Feehan, John M. *The Magic of the Kerry Coast*. Cork, Mercier Press, 1980.



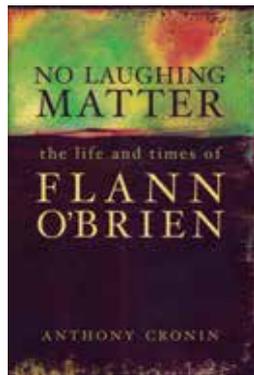
■ Friel, Brian. *Plays 2*. London, Faber & Faber, 1999.



■ O'Brien, Kate. *Teresa de Ávila*. Madrid, Vaso Roto Editores, 2015.



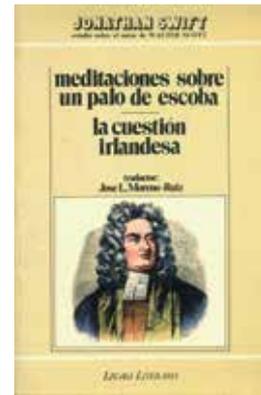
▪ **Tóibín, Colm.** *Crónica de la noche.* Buenos Aires, Emecé, 1998.



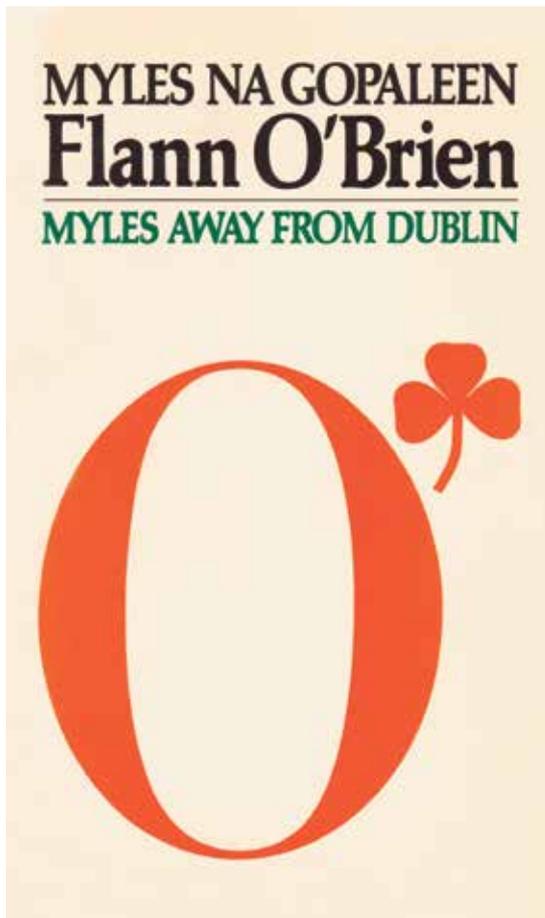
▪ **Cronin, Anthony.** *No Laughing Matter. The Life and Times of Flann O'Brien.* Dublin, New Island, 2013.



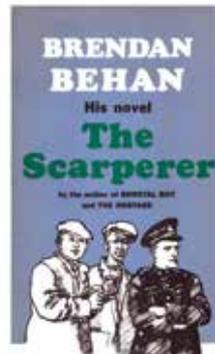
▪ **McNamee, John.** *The Trophy & New Writings.* Dublin, Printcraft, 1993.



▪ **Swift, Jonathan.** *Meditaciones sobre un palo de escoba. La cuestión irlandesa.* Madrid, Editorial Legasa, 1981.



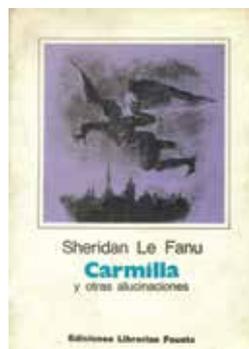
▪ **O'Brien, Flann.** *Myles Away from Dublin.* London, Granada, 1985.



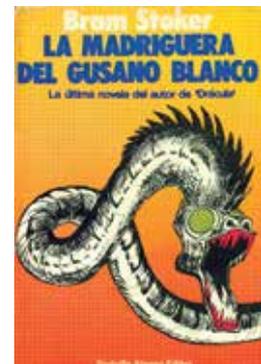
▪ **Behan, Brendan.** *The Scarperer.* EE. UU., Doubleday, 1964.



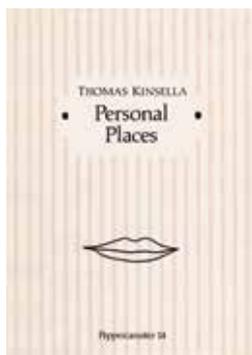
▪ **Kiernan, Sergio.** *Delirios argentinos. Las ideas más extrañas de nuestra política.* Buenos Aires, Marea, 2006.



▪ **Le Fanu, Sheridan.** *Carmilla y otras alucinaciones.* Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto, 1975.



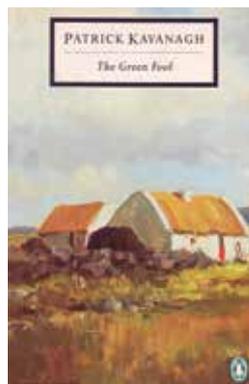
▪ **Stoker, Bram.** *La madriguera del gusano blanco.* Buenos Aires, Rodolfo Alonso Editor, 1973.



▪ **Kinsella, Thomas.** *Personal Places.* Dublin, Peppercanister, 1990.



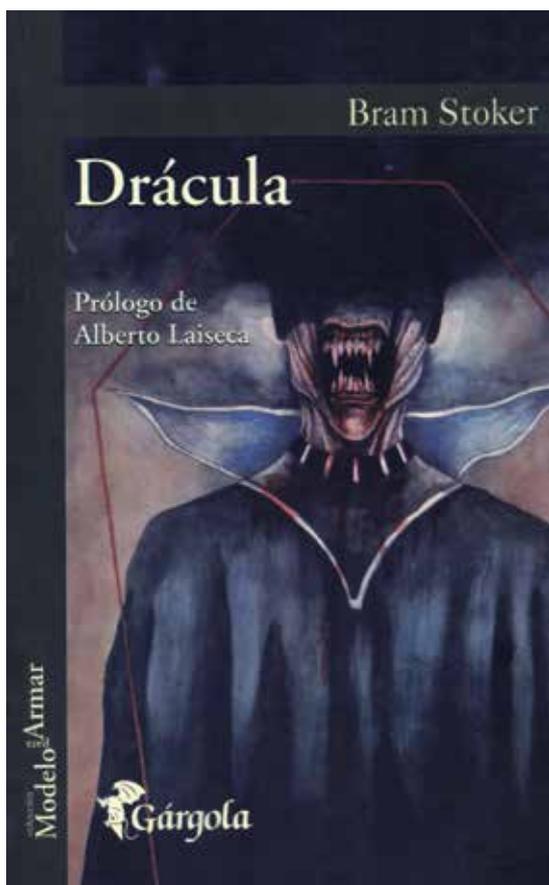
▪ **Böll, Heinrich.** *Irish Journal. A Traveller's Portrait of Ireland.* Londres, Vintage Classics, 1995.



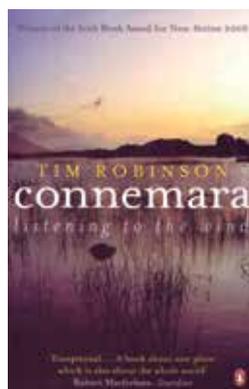
▪ **Kavanagh, Patrick.** *The Green Fool.* England, Penguin books, 1971.



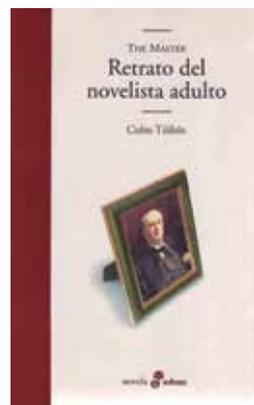
▪ **Kavanagh, Patrick.** *Collected Poems.* London, Penguin, 2004.



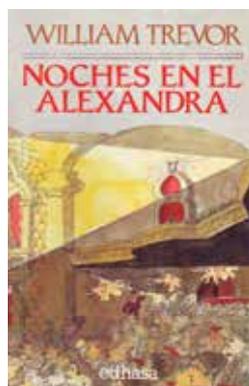
▪ **Stoker, Bram.** *Drácula.* Buenos Aires, Gárgola, 2007.



▪ **Robinson, Tim.** *Connemara. Listening to the Wind.* Ireland, Penguin, 2006.



▪ **Tóibín, Colm.** *The Master. Retrato del novelista adulto.* Buenos Aires, Edhasa, 2006.



▪ **Trevor, William.** *Noches en el Alexandra.* Barcelona, Edhasa, 1988.



▪ **Kiberd, Declan.** *La invención de Irlanda.* Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.



Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Directora
Elsa Barber

Directora Técnico Bibliotecológica
Elsa Rapetti

Director de Cultura
Ezequiel Grimson



Articulación y Política Cultural: Bárbara Maier, Guillermo David, Alejandro Virués, Magdalena Calzetta, Martina Kaplan, Bruno Basile, Manuel Valverde, Antonio Dziembrowski.

Comunicación: Ximena Talento, Laura Romero, Natalia Bellotto, Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Isabel Larrosa, Silvina Colombo, Mariano Molina, Abelardo Cabrera, Ignacio Torres, Cecilia Romana, Álvaro Espinoza. Ana Da Costa, Osvaldo Gamba, Susana Szakváry, Lucía Gómez Muñoz, Gastón Francese.

Producción: Martín Blanco, Valeria Nadra, Juliana Vegas, Pamela Miceli, Gabriela De Sa Souza, Carla García Bufón, Diana Rivas.

Área de Diseño Gráfico: Luisina Andrejerak, Valeria Gómez, Santiago Nahuel Fanego, Ximena Escudero, Daniela Carreira, Máximo Fiori, Samir Raed Ahumada, Véronique Pestoni, Juan Martín Serrovalle, Maia Kujnitzky.

Exposiciones y Visitas Guiadas: Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Andrés Girola, Gonzalo Garabedian, Alejandro Rodríguez Álvarez, Valeria Agüero, Jimena Maetta, Solange Porto, Maximiliano Canda.

Relaciones Públicas: Mariela Gómez, Nicolás D'Argenio, Ursula Aníbal, Paola Sartori, Débora Campos, Javier Mignone, Juan Manuel Argüello.

Prensa: Amelia Sara Lafferriere, Juan Martín Sigales, Nicolás Martins, Julia Narcy.

Curaduría: Guillermo David. **Asistencia y traducción:** Eugenia Santana.

Coordinación de Jornadas: Damián Vives. **Fotografía:** Ximena Duhalde.

Diseño gráfico: Máximo Fiori. **Montaje:** Solange Porto, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Susana Fitere.

Agradecemos especialmente al Sr. Embajador de la República de Irlanda en Argentina, Justin Harman, y a la Srta. Yanina Bevilacqua.

La exposición *Irlanda 1916-2016* fue proyectada durante la dirección del Dr. Horacio González.



